
John Keegan
Waffen SS
los soldados del asfalto
San Martin Historia
del Siglo de la Violencia
sm
armas
libro n.º 15

Barrie Pitt presenta la historia ilustrada del siglo de la violencia que edita San Martín

La cronología del siglo XX es un catálogo de violencia como jamás hasta ahora conociera el mundo. Dos guerras a escala mundial han señalado las cimas de la inevitable inclinación del hombre hacia la violencia; pero el período no ocupado por esas guerras no ha sido menos violento: la humanidad no ha cesado de prepararse para la violencia, de ejecutar actos violentos o de ocuparse de sus consecuencias.
Cuanto más capaz se hace la raza humana de controlar el medio que la rodea, más le empuja su ansia de autoafirmación a poner en peligro ese medio con el uso de la violencia. El instinto de luchar y destruir parece ser tan básico en la naturaleza humana como el instinto de amar y crear.

Para comprender mejor este siglo de violencia, **San Martín-Ballantine** inicia ahora la publicación de una extensa colección, la **Historia Ilustrada del Siglo de la Violencia.** En ella se integrará la historia ilustrada de la Segunda Guerra Mundial, que tan enorme éxito tiene, y que continuará ofreciendo las series ya conocidas por sus lectores. Seguirán apareciendo los libros de Batallas, Campaña y Armas de la Segunda Guerra Mundial, y se ampliarán para incluir otras batallas, campañas y armas de todo el siglo de otros períodos y diferentes países, desde Corea hasta Vietnam y desde la España de 1936 hasta las luchas revolucionarias de América del Sur. Aparecerán además series nuevas. **Personajes** presentará biografías de los hombres: unos, de reconocida grandeza; otros, de infausto recuerdo, que arrastraron a la humanidad a la violencia o que emplearon la violencia para dirigir la lucha por la paz. Ya se han publicado las biografías de **Patton, Skorzeny** y **Hitler.** Pronto les seguirán las de **Tito, Churchill,** etc.

Los libros irán, en todos los casos, profusamente ilustrados. El siglo XX ha sido la era de la cámara fotográfica, gracias a la cual han podido desarrollarse nuevas técnicas de presentación. Hemos demostrado bien el dominio de dichas técnicas con la **Historia Ilustrada de la Segunda Guerra Mundial.** Dondequiera que haya tenido lugar un hecho de violencia ha habido una cámara pronta a registrarlo. El equipo de investigadores de la colección ha recorrido los archivos públicos y las colecciones particulares de todo el mundo en busca de las mejores fotografías, para que todos los libros vayan inmejorablemente ilustrados. Los textos se deben a las plumas de los escritores y comentaristas más competentes del mundo, cada uno experto en su campo. Todos son concisos y de fácil lectura; textos e ilustraciones componen juntamente una nueva forma de presentar la información. Los libros ilustrados de San Martín son un nuevo tipo de libros para el lector moderno.

Waffen SS: Los soldados del asfalto

Waffen SS: los soldados del asfalto

John Keegan



Director Editorial: Barrie Pitt
Director Artístico: Peter Dunbar
Asesor Militar: Sir Basil Liddell Hart
Editor Gráfico: Robert Hunt

Editor: David Mason
Dibujo: Sarah Kingham
Dibujos Especiales: John Batchelor
Cartografía: Richard Natkiel
Cubierta: Denis Piper
Ayudante Investigación: Yvonne Marsh

Las fotografías de este libro fueron especialmente seleccionadas de los archivos siguientes de izquierda a derecha páginas 2-3 US National Archives; 7 Brian Davis; 8 Suddeutscher Verlag; 10-15 Ullstein; 16-17 US National Archives; 16 Ullstein;
17 Ullstein; 18-19 Sudd Verlag; 20 Ullstein; 22-27 Sudd Verlag; 29 Bundesarchiv/Sudd Verlag; 30-32 Sudd Verlag; 33 Ullstein; 35 Sudd Verlag; 36-37 Sado Opera Mundi; 38-41 Sudd Verlag; 46-47 Ullstein; 47-52 Sudd Verlag; 55 Ullstein; 56-59 US National Archives; 60 Sudd Verlag; 66-71 Brian Davis; 72 Imperial War Museum; 75 Sudd Verlag; 77 Ullstein;; 78-79 US National Archives; 80-81 Sado Opera Mundi; 82 Sudd Verlag; 83 Ullstein; 84-87 US National Archives; 88-89 Ullstein; 89 IWM; 90-92 Ullstein, 94 Ullstein/Sado Opera Mundi; 95-97 IWM; 98-99 Ullstein; 101 Sudd Verlag/Ullstein; 102 Sudd Verlag; 105-107 Ullstein; 106 Sado Opera Mundi; 108-109 US National Archives; 110 Ullstein; 112-113 Sado Opera Mundi; 114 Ullstein; 116 Sudd Verlag/Ullstein; 117 Sudd Verlag; 118 Ullstein/Sudd Verlag; 120 Sudd Verlag; 122-123 IWM; 126-128 Sudd Verlag; 129 Sado Opera Mundi; 130-131 Ullstein; 132 Sado Opera Mundi; 133 Sado Opera Mundi/Ullstein; 134-135 Ullstein; 136 IWM; 140-141 Sado Opera Mundi; 142 Ullstein; 144-145 Sudd Verlag; 146 Ullstein; 147 Brian Davis; 148-149 Ullstein; 152 Sudd Verlag; 154-155 Ullstein; cubierta Brian Davis.

Traductor: Roberto López

Primera edición publicada en Gran Bretaña por MacDonald

LIBRERIA EDITORIAL SAN MARTIN
Puerta del Sol, 6
MADRID-14

Printed in Spain - Impreso en España
por ALTAMIRA-ROTOPRESS, S. A. - Carretera Barcelona, Km. 11,200 MADRID-22
Depósito legal: M. 19.040/74
ISBN: 84-7140-077-4

Indice

Sus propios jueces

Introducción por Barrie Pitt



Durante el verano de 1940, un joven cabo que servía en un regimiento británico que llevaba el nombre de un condado se encontró con otros miles de hombres en un campo de prisioneros alemán en la Alta Silesia. Al principio, ello no le molestó tanto como cabría suponer, porque el tiempo era cálido y sus captores, engreídos por el triunfo, se hallaban dispuestos a tratar razonablemente bien a los prisioneros del Reino Unido; mas llegó el invierno, y con él una creciente ira en los pechos teutones contra los impasibles isleños del otro lado del mar del Norte que, por su obstinada estupidez en no aceptar el hecho de que habían sido batidos en justo combate con las armas alemanas, les condenaban a todos a los continuos rigores de la vida militar.

Los guardianes del campo se hicieron menos agradables, se redujo mucho la alimentación, y el cabo pronto decidió que aquella vida no le convenía. Su primera escapada duró tres días; la segunda, diez minutos; la tercera, casi una quincena. Pero en cada ocasión aprendió un poco más del arte de sobrevivir en condiciones difíciles, y su cuarta fuga, en el duro invierno de 1941, se prolongó cerca de seis semanas antes de ser visto y denunciado por dos niños pequeños de Pomerania, recapturado por un policía de chacó y uniforme verde, sometido a enérgicos y muy expertos malos tratos y arrastrado finalmente por la calle principal de una pequeña localidad hasta el cuarto de guardia de un cuartel.

Se había sentido perturbado por el trato recibido a manos de la policía, consternado al ver el emblema de la SS sobre la puerta del cuartel y en los cuellos de los suboficiales del cuarto de guardia, y aterrado por la vehemencia del torrente de denuestos que recibió el grupo al ser llevado, con un policía a cada lado, al bien instalado despacho de un joven pero, obviamente, alto jefe de la Waffen SS.

El torrente de denuestos —de los cuales el cabo sólo pudo entender una palabra de cada veinte— continuó, pero poco a poco se dio cuenta de que no era él el objetivo de los vituperios, y fueron los agentes, rígidamente firmes a su lado, quienes palidecieron.

Por último, se les permitió retirarse, visiblemente estremecidos; el joven jefe les lanzó una maldición final, se volvió hacia el cabo y le dijo en perfecto inglés:

«Debo excusarme, mi querido compañero, no sólo por el modo en que se han comportado esos patanes, sino también por mi propia falta de hospitalidad. Siéntese, por favor.»

Sacó schnapps (disculpándose de que no fuera whisky), pidió algo de comer y, con el mayor tacto, sugirió que quizá el cabo deseara tomar un baño y cambiarse de ropa. Tres días después —durante los cuales el joven británico fue tratado como huésped de honor y jamás sometido a algo que se pareciera remotamente a un interrogatorio— llegaron guardianes de su campo de prisioneros para devolverle a él, y su anfitrión le hizo objeto de una pesarosa despedida. El cabo le agradeció sus gentilezas.

«Mi querido compañero», dijo el jefe de la SS al estrecharle la lano, «si usted hubiera estado en Berlín y yo en Londres, bien podíamos haber tenido ahora papeles opuestos».

En su quinta huida, el cabo consiguió volver a su país, y, dondequiera que iba, causaba notable sorpresa por su firme defensa de la SS como una entidad militar con un elevado código de conducta y una actitud caballerosa hacia sus enemigos. Esta postura le llevó a intervenir en muchas discusiones acaloradas, mas, en tanto permaneció en Inglaterra, su convicción no varió.

Pero, en 1943, estuvo por poco tiempo en Yugoslavia, a principios de 1944 descendió en paracaídas en un lugar del Norte de Italia y se encontró en Francia no mucho después del Día D. En los tres sitios tuvo pruebas de que no todos los oficiales de la SS eran tan caballerosos como su conocido de Pomerania, y sucedió que se le presentó la ocasión de visitar Oradour. Cuando oyó hablar después de la matanza de prisioneros norteamericanos en Malmedy, ya no creyó necesariamente declarar que tales historias fueran propaganda.

Como John Keegan ha subrayado en este fascinante relato de las unidades que llevaron el doble relámpago, otros estudiosos de la SS han experimentado la misma perplejidad que el cabo. ¿Cómo unas tropas que combatieron con un valor casi sobrehumano, pudieron comportarse tan cruel e inhumanamente con los que caían en sus manos? No parece que tuvieran ese sentimiento de compañerismo por el guerrero que en ocasiones humanizó el campo de batalla, cuando estaba ocupado únicamente por fuerzas de la Wehrmacht y británicas o norteamericanas, y ciertamente actuaron con una crueldad que asombra hacia la población civil.

Al final iban a mostrar desprecio incluso por su creador, porque cuando Hitler, en uno de sus momentos más demenciales, menospreció la bravura de la Leibstandarte, los oficiales le devolvieron las condecoraciones en un orinal.

Eran, verdaderamente, sus propios jueces.

El imperio de Himmler



Al carecer de una filosofía coherente o de un programa racional, la Alemania de Hitler expresaba principalmente sus propósitos mediante consignas y símbolos. De los dos, fue el simbolismo el que actuó con mayor fuerza sobre la conciencia pública, efecto debido a la hábil elección que Hitler hizo de temas llamativamente nuevos y profundamente tradicionales para crear la imaginería de su movimiento. Su emblema personal, la esvástica, resultaba tan extraño como sorprendente para el alemán medio. Por eso lo eligió. Pero asignó otros que, a uno u otro nivel, eran hondamente familiares y queridos en las tierras alemanas. La cruz negra y plata, que recordaba las guerras prusianas de liberación y unificación contra los dos Napoleones, suscitaban también recuerdos de las cruzadas de los Caballeros Teutones frente a los paganos eslavos. La hoja de roble y el águila despertaban un eco de imperios desaparecidos: uno medieval, otro sacro y romano, y un tercero que aún suponía una vibrante memoria. Pero todos ellos dueños de territorios mucho más vastos que los de la república de Weimar; y los estandartes legionarios que ondeaban en las concentraciones del partido creaban, en diferente tono, el mismo eco imperial.

Hitler no sólo recurrió a la historia mediante el simbolismo, sino también al folklore y al mito. Las maneras campesinas que los miembros femeninos del partido imitaban aludían a una nostalgia —si bien ilegítima— de la rústica Alemania de las leyendas aldeanas, mientras la daga de ancha hoja que llevaban sus hombres hablaba de una Germania más antigua y obscura, de bosques y cazadores. Y con mayor fuerza que todo lo demás, evocando aquel mundo crepuscular de feroces dioses y héroes desesperados que tan peligrosamente obsesiona la romántica imaginación teutona, estaban las nórdicas runas de la SS.

El doble relámpago, en plata sobre fondo negro, resultaba incongruente en los cuellos de muchos que lo llevaban en el apogeo de la Alemania de Hitler: burócratas de segunda fila, especialistas agrícolas, reyes de armas, técnicos en estadística; algo menos en otros: oficiales de la policía, agentes de propaganda y contraespionaje; y nada en absoluto en algunos: guardas de los campos de concentración y ejecutores de los pelotones de exterminio. Porque, partiendo de sencillos orígenes, la SS habían llegado a ser, hacia la mitad de la Segunda Guerra Mundial, un organismo enormemente complejo. En primer lugar, ejercía la suprema autoridad sobre las fuerzas de policía alemanas —civil, criminal y secreta–, tanto en el interior de Alemania como en las zonas ocupadas. En segundo término, controlaba directamente, y casi sin trabas, el sistema de campos de concentración, que incluía centros de detención, trabajo y exterminio; en tercero, mandaba un gran ejército; en cuarto, poseía importantes propiedades manufactureras; en quinto, tenía la función de reasentar a los alemanes «raciales» que vivían fuera de las fronteras del Reich y el «adoctrinamiento étnico» del pueblo alemán; y en sexto, aunque no último —porque es imposible relacionar todas las actividades de la SS—, influía creciente y poderosamente en el partido nazi y en muchos otros sectores de la vida alemana, así como por otros no afiliados al partido, por asegurarse empleos honorarios en la SS.

Heinrich Himmler, Reichsführer de la SS.

Por tanto, el relámpago rúnico representaba mucho de lo peor de la Alemania nazi —bastante peor que algo de lo que tuvieran que decir los creadores de mitos nórdicos—; pero sería erróneo sacar la consecuencia de que, al administrar la SS el programa de represión y terror nacional-socialista, cada hombre de dicho organismo era necesariamente un agente o un cómplice de asesinatos raciales. Muchos solamente pertenecían a la Allgemeine (General) SS, rama voluntaria, aunque siempre muy exclusiva, que no realizaba otras funciones que las de proporcionar una reserva de reclutas para los órganos ejecutivos y conferir cierto prestigio interno del partido a los que lograban unirse a él. A este grupo hay que añadir los oficiales «honorarios» de la SS, variada colección de individuos a quienes Himmler deseaba favorecer y que incluía al ministro de Asuntos Exteriores, Von Ribbentrop; al jefe de la Cancillería con Hindemburg y Hitler, Meissner; al consejero económico del Führer, Keppler, y a muchos otros de ya olvidada importancia. Naturalmente, algunos tuvieron que responder a diversos delitos, pero no como miembros de la SS, sino en sus respectivos cometidos. Y también se debe excluir de la culpabilidad a gran número de los que trabajaban en una u otra rama de la burocracia de la SS. Muchas de las declaraciones más terribles hechas en Nüremberg afectaban a la tarea de obscuros funcionarios que apenas abandonaron alguna vez sus despachos porque la mayor parte de lo que se hacía en el cuartel general de la SS era pura rutina, y algunas cosas, como mucho de lo que giraba en la órbita de Himmler, simples estravagancias. «En un departamento de su servicio de información exterior, un grupo de afanosos investigadores estudiaba materias tan importantes como la masonería y la secta llamada Rosa Cruz, simbolismo de la supresión del arpa en el Ulster y el oculto significado de los ápices góticos y de las chisteras en Eton. Se envió un explorador al Tibet a descubrir vestigios de una pura raza germánica que se creía conservaba los antiguos misterios nórdicos en aquellas poco visitadas montañas, mientras, por toda Europa, se habían excavaciones en busca de reliquias de la auténtica *Kultur* germana». Habría sido difícil acusar a personas semejantes ante cualquier tribunal de crímenes de guerra, cualquiera que fuese la base de su constitución.

Sin embargo, la SS fueron encausadas en Nüremberg, en cuanto a organismo, y se emitió contra ellas un veredicto de culpabilidad; y se declaró que sus miembros, excepto aquellos que ingresaron obligatoriamente en sus filas, constituían un grupo criminal. Naturalmente, una vez que se había decidido acusar tanto a organizaciones como a individuos, el resultado difícilmente podía haber sido distinto, ya que las pruebas establecían sin lugar a dudas que sus «fines y los medios utilizados para el cumplimiento de los mismos» habían incluído la comisión de crímenes de guerra y de crímenes contra la humanidad, y prácticamente muy poco más.

El esquema de la organización de la SS en la cumbre de su poderío no parece sustentar tal punto de vista, dado que muestra doce ramas diferentes, todas ellas ejecutando funciones distintas,



Izquierda: **Himmler felicita a los campeones de esquí de la SS.** Arriba: **Himmler, el Gruppenführer Karl Wolff y dignatarios del partido en Quedlinburg, en 1938.**

varias completamente innocuas, pero todas, aparentemente, de idéntica categoría. Un esquema semejante es engañoso; deliberadamente, engañoso porque Himmler complicó a propósito la estructura interna de su imperio para que nadie —excepto él— pudiera comprender por entero sus obras. Había, en realidad, cinco ramas principales: RKFDV, RUSHA, VOMI, RSHA y WVHA, que, entre ellas, son responsables de casi todas las crueldades que Alemania cometió contra los pueblos de Europa durante los años de Hitler.

La RUSHA *(Rass - und - Siedlings Hauptamt)* había empezado, bastante inofensivamente, como sección de matrimonios de la SS, cuyo cometido consistía en verificar la ascendencia aria de las futuras esposas de sus miembros, mientras que la VOMI *(Volkdeutsche Mittelstelle)* estuvo encargada en principio de velar por el bienestar de los alemanes «raciales» establecidos en el extranjero. Sin embargo, con el crecimiento del imperio de Hitler —y del de Himmler— a partir de 1938, ambas ramas hubieron de ampliar sus operaciones, y las dos se combinaron para organizar un enorme programa de reasentamiento racial. Estas actividades, coordinadas por una tercera oficina —la RKFDV—, implicaban la deportación de cientos de miles de alemanes nominales del Este de Europa de sus residencias tradicionales, la expropiación y desplazamiento de un número igual —pero probablemente mucho mayor— de esclavos y la consignación de indeseables raciales, o de tipos que escapaban a cualquier posible clasificación, a trabajos forzados y campos de concentración o de exterminio.

La WVHA *(Wirtschaft - und - Verwaltungs Hauptamt:* Oficina Económica y Administrativa Principal) estaba encargada de los campos de concentración, y resulta innecesario extenderse sobre sus actividades porque dieron como consecuencia la muerte de todos, menos de unos pocos, de los millones de seres confiados a su custodia. De esos millones, la mayoría habían sido arrestados en principio, o puestos bajo la «tutoría protectora» de una u otra de las agencias de la RSHA *(Reichsicherheits Hauptamt:* Oficina Principal de Seguridad del Reich): la Gestapo y la *Kripo* (Policía Criminal), que actuaban conjuntamente con el SD *(Sicherheitsdienst:* Servicio de Seguridad), encargado primero de la información del partido y posteriormente de la del Estado. Estas

tres agencias no funcionaban, sin embargo, como una mera fuerza de policía. Cada una de ellas proporcionaba reclutas a los *Einsatzgruppen* (Grupos de Operaciones), los cuales, bajo el mando de elementos de la RSHA, eliminaron, generalmente mediante gases o fusilamiento, a la mayoría de las personas exterminadas durante la guerra, fuera de los campos de concentración, en la Europa oriental. La cifra asciende a cientos de miles, y muchos fueron ejecutados en un período de dieciocho meses en 1941-42. Se trataba principalmente de judíos de la clase más humilde, establecidos en los grandes guetos de Polonia oriental y Rusia occidental, adonde habían huido originalmente para escapar de las persecuciones cristianas en los siglos XVI y XVII. Aquellos judíos que vivían más ampliamente dispersos por el resto de la Europa ocupada fueron reunidos para la «solución final» por otra rama dependiente, quizá la más odiosa, de la RSHA: Amt VI, dirigida por Adolf Eichmann.

A la luz de las pruebas presentadas, la fraseología del veredicto del Tribunal de Nüremberg resultaba sorprendentemente moderada. Declara que la SS fue «utilizada para fines considerados constitucionalmente como criminales, los cuales incluían la persecución y exterminio de judíos, las brutalidades y asesinatos en los campos de concentración, los excesos en la administración de los territorios ocupados, la dirección de los programas de trabajo forzoso y los malos tratos y las muertes infligidas a los prisioneros de guerra», por todo lo cual se las condena como grupo criminal.



Himmler como jefe de la policía bávara, en 1933.

Era un juicio del que, en aquella época, pocos alemanes se mostraban dispuesto a disentir, porque «incluso en Alemania (la SS) inspiraba por lo general temor y odio». Ni en los años siguientes ha habido algo parecido en un intento continuado para rehabilitar la organización. Individualmente, los hombres de la SS todavía consideran juicioso ocultar su pasado, y desean seguir haciéndolo así en tanto el gobierno federal alemán mantenga abierta su investigación de crímenes de guerra, tanto a causa del odio como por la pena que la revelación entraña.

Sin embargo, una rama de la SS —numéricamente, con mucho la mayor— nunca se mostró dispuesta a aceptar la condena que merecía y, con el paso de los años, ha recuperado la confianza y la voz no sólo para negar el dictamen de los jueces de Nüremberg, sino incluso para hacer presión en apoyo de las demandas de sus miembros, que piden se les compense de la discriminación que han sufrido como resultado de tales sentencias. Esa rama es la Waffen (unidades armadas). Pese al hecho de que cierto número de hombres de la Waffen SS, entre ellos varios de sus jefes más prominentes, han sido juzgados individualmente, sentenciados y, en algunos casos, ejecutados a causa de crímenes de guerra cometidos dentro y fuera del campo de batalla, sus antiguos camaradas argumentan que esos actos —incluso si así se admiten— no eran en modo alguno representativos de las tareas que la SS Armada debía llevar a cabo; que, por el contrario, tales tareas tenían un carácter puramente militar; y que sólo merced a un perverso y deliberado concepto falso respecto a la estructura de la SS pueden aparecer la Waffen como relacionada con el resto de la organización. Esos hombres reconocerán que la actuación de la Gestapo y del SD empañan la reputación de todos los miembros de la SS; pero no dejarán de insistir en su buen nombre, irreflexivamente deshonrado por los burócratas que originariamente idearon la estructura (naturalmente, deberían culpar a Himmler), y después —vengativamente— por los jueces aliados.

La SS Armada no conocía nada —sigue la defensa de sus antiguos miembros— de los campos de concentración o de los pelotones de exterminio, y se habrían retirado con disgusto si lo hubieran descubierto. Aquellos hombres de la Waffen que participaron en funciones de terror y represión aparecen como intrusos —policías, protegidos políticos, criminales o voluntarios extranjeros— que no habrían sido aceptados por la organización en sus años fundacionales, y a los que jamás se debería haber permitido llevar su uniforme. Los jefes de unidades en campaña que dieron muerte a prisioneros o ejecutaron paisanos son presentados bien como inadaptados, a quienes ningún ejército podía evitar el error de reclutar en pequeño número, o como víctimas de la tremenda tensión bajo la cual operaban constantemente las unidades de la SS Armada.

En la argumentación de los excombatientes que buscan revocar el juicio de Nüremberg resulta fundamental el hecho de que la Waffen SS no era sólo una fuerza militar exclusivamente, sino una llamada a soportar las más pesadas cargas en la crisis cruciales de la guerra. Y, más aún, que combatieron sin cejar con mayor dureza y por más tiempo que otras unidades de tamaño comparable en las mismas circunstancias; que fueron, en suma, el arma *élite* de choque de la Wehrmacht. Para discutir este caso es necesario omitir de la lista de efectivos de la SS Armada un gran número, quizá la mayoría, de unidades que, en teoría, pertenecieron a ella, y excluir a más de la mitad de todos los soldados que lucieron el doble relámpago que les acreditaba como miembros de la SS. Porque la Waffen, al igual que la organización en conjunto de la que formaban parte, eran un cuerpo heterogéneo. Se ha calculado que en sus unidades figuraron elementos de más de quince nacionalidades diferentes, que dispuso de casi cuarenta divisiones en orden de combate y de que el total de hombres que pasaron por sus filas desde el principio al fin pasa del millón. Un porcentaje muy elevado de estos fueron bajas, pero un número desproporcionado cayó en un puñado de las divisiones implicadas; el resto, y la mayor parte de los hombres que pertenecieron a ellas, contribuyó poco, en consecuencia, al esfuerzo de guerra alemán y figuró con muy escasa frecuencia —si es que tuvo alguna— en los principales campos de batalla de la Segunda Guerra Mundial.

Se debe por tanto a los logros de un núcleo interior —las llamadas divisiones clásicas o de *élite* de la Waffen SS— el argumento que esgrimen los apologistas y campeones de dicha clase para demostrar su superioridad en el combate y lo irreprochable de su conducta. Y, sin discusión alguna, tales logros fueron impresionantes. El curso de media docena de grandes batallas habría sido, a no dudar, bien diferente si no hubiesen intervenido en ellas cuerpos de ejército y divisiones de la SS Armada; en ningún lugar en que estuvieron presentes, tanto si tenían una misión concreta en orden del triunfo como si no, fracasaron en llevar la intensidad de la lucha a sus más altos límites.

Que lo hicieran así se debe, según sus defensores, a dos factores: a las muy rigurosas normas de selección impuestas a los voluntarios y a que abrazaron un credo de combate especialmente exigente. La cuestión de la selección y del voluntariado es, como veremos, bastante complicada. Pero el credo de la SS, aunque más intangible, resulta también mucho más íntegro. Así se han definido sus principios: que la actitud básica de un miembro de la SS debe ser la de un combatiente por la lucha en sí; que debe ser incuestionablemente obediente y hacerse duro en las emociones; que debe sentir desprecio por todos los «inferiores raciales» y, en menor escala, por los que no pertenecen a la clase; que mantendrá los más fuertes lazos de camaradería con los incluidos en dicha clase, sobre todo con sus compañeros de armas; y que debe pensar que nada es imposible. Era, en resumen, el credo de un super-





Arriba, izquierda: **Theodor Eicke, jefe de los primeros guardianes de campos de concentración y, posteriormente, de la división** Totenkopf. Arriba, derecha: **Adolf Eichmann, experto de la SS en la «cuestión judía».** Derecha: **El mariscal von Blomberg, ministro de la Guerra, víctima principal del complot de la SS contra el Ejército, en 1938.**

hombre, y tenía hondas raíces en la mentalidad alemana. Treitschke y Nietzsche, los dos filósofos más importantes del poder del Estado en la Alemania del siglo XIX, podían haber subcrito todo —al menos en teoría— lo que los principios de la SS enseñaban y el segundo bien habría reconocido, en el soldado de dicha organización político-militar, la personificación del superhombre a quien él dio existencia literaria.

«La guerra no es sólo una necesidad práctica», escribía Treitschke, «sino también teórica, una exigencia lógica. El concepto de Estado implica el concepto de guerra, porque la esencia del Estado es el poder. Que la guerra sea alguna vez desterrada del mundo es una esperanza no sólo absurda, sino profundamente inmoral. Ello supondría la atrofia de muchas de las esenciales y sublimes fuerzas del alma humana. Un pueblo que se consagra a la quimérica esperanza de una paz perpetua termina irremediablemente por declinar en su orgulloso aislamiento». Nietzsche se hace eco de estas ideas en una exhortación aún más directa. «Amaremos la paz como medio para una nueva guerra, y la paz corta más que la larga. No os aconsejo trabajar, sino luchar. No os recomiendo la paz, sino la victoria. ¿Diremos que es la buena causa lo que santifica incluso la guerra? Yo os digo: es la buena guerra lo que santifica cualquier causa. La guerra y el valor han hecho cosas más grandes que la caridad».

Nietzsche se hallaba incluso dispuesto a justificar el comportamiento más atroz si respondía al espíritu de la filosofía que él proponía. «Los hombres fuertes, los amos, recobran la pura conciencia de una bestia de presa; monstruos llenos de gozo, pueden volver de una espantosa sucesión de asesinatos, incendios, violaciones y torturas con la misma alegría en sus corazones, el mismo contento en sus almas, que si hubieran intervenido en una broma de estudiantes. Cuando un hombre es capaz de mandar, cuando es por naturaleza un «amo», cuando es violento en actos y gestos, ¿qué importancia pueden tener los tratados para él? Para juzgar adecuadamente la moralidad, se debe reemplazar por dos conceptos tomados de la zoología: de *doma* de una bestia y la *cría* de una especie».

La exculpación de la SS Armada descansa, naturalmente, en el argumento

Arriba: **La** Stabwache **en Berlín, 1933. Abajo: El** Leibstandarte **en formación para la concentración del partido en Nuremberg, 1935.** Derecha: **El contingente de Charlotemburgo de la SS desfila por Berlín.**









Desfile del Leibstandarte **para celebrar el quinto aniversario de Adolf Hitler como Führer. Con el Canciller, Hess y Himmler.**

de que sus soldados, aunque elegidos según normas que Nietzsche habría aprobado e inspirados por la visión de guerra y de servicio al Estado y al líder marciales que el filósofo propuso, jamás descendieron al nivel real de conducta que él estaba dispuesto a justificar en los super-hombres; que la Waffen SS era, por tanto, a la vez agresiva y benigna en espíritu; y que las virtudes que personificaba, y cuyo adiestramiento tenía por objeto instilarlas, nunca fueron pervertidas. Los hombres de la antigua Waffen recurren una y otra vez a los ideales de la SS «originales» para ilustrar sus argumentos. Porque esos ideales, insisten, eran admirables y, sean cuales fueren las fechorías de las «otras» SS, el brazo militar los mantuvo vivos en las mayores y más duras batallas de la guerra.

¿Hay algo en este argumento? ¿Hubo una SS de brazos y sencillos soldados a quienes los torturadores, en uniformes robados, ensuciaron? Cambiaron el curso de la batalla en una docena de agobiados campos? ¿Mantuvieron sus divisiones todavía en alto sus colores mientras otras habían arriado los suyos? Que un ejército de la SS con varios cientos de miles de hombres existiera y luchara es un hecho histórico. Pero si fue, en cierto sentido, un ejército aparte, diferente en calidad del ejército regular, inspirado por más altos y distintos ideales, escogido de acuerdo con normas más elevadas y dispares, no son cuestiones a las que se pueda dar una respuesta breve o simple. La Waffen SS era indudablemente ella misma. Pero ¿fueron por completo lo que querían —o luego proclamaron que querían— ser? Su cultivo de la virtud de la lealtad, que ellos entendían como obediencia incuestionable, significaba también que nunca podía ser la dueña de su suerte. Si por tanto, uno trata de entender lo que era la SS Armada, debe empezar por descubrir los motivos que impulsaron a sus jefes a crearlas.

Del Putsch a la toma del poder



Los orígenes de la SS son tan oscuros como los del propio partido nazi, al que pertenecieron en espíritu tan íntimamente como el tiempo y el lugar en que ambos nacieron. El tiempo era el principio de la década de 1920; el lugar, Baviera. Y en los primeros años veinte, Baviera formaba un Estado atormentado por el reciente recuerdo y la siempre presente amenaza de la violencia. Allí había empezado la revolución de 1918, con la deposición del monarca Wittelsbach, y allí tomó la revolución su giro más violento. El régimen socialista que sucedió al último gobierno regio fue reemplazado rápidamente por una república comunista; y cuando también ésta se extinguió en un golpe del ala derecha, llevado a cabo por tropas del Ejército regular y del *Freikorps*, sus partidarios fueron ejecutados por centenares. Los que habían organizado el golpe hicieron saber claramente a los socialistas, restaurados por éste, que gobernaban sólo por tolerancia. Y esa tolerancia les fue retirada en marzo de 1920 cuando el jefe militar local, aprovechándose de la confusión sembrada por el *putsch* (alzamiento) Kapp contra el gobierno central de Berlín, les separó de sus cargos y estableció en su lugar un intransigente gobierno derechista.

En adelante, fue la derecha quien gobernó en Baviera, y lo hizo en gran parte en sus propios términos, ya que la constitución de la República de Weimar concedía considerable autonomía a los gobiernos de los estados; uno como el bávaro, heredero en cualquier caso de una fuerte tradición separatista, podía hacer casi tanto como quisiera dentro de sus fronteras. Dado que el gobierno central tenía carácter socialdemócrata y el bávaro no, los dos no se profesaban por tanto grandes simpatías, y a menudo estaban de uñas. Ni eran sólo los miembros elegidos del gobierno del estado quienes se inclinaban a la derecha. También lo hacían muchos de sus funcionarios, de los cuales quizá el más notable era Pöhner, jefe de policía en Munich y primitivo protector de Hitler; el hombre que, preguntado si no ignoraba que había bandas de asesinos políticos en Baviera, contestó: «Sí, pero no las suficientes.» Bajo el amparo de hombres como éste florecieron grupos del más extremado matiz nacionalista y separatista, que mantenían fuerzas paramilitares propias y atraían al estado a los restos de otros *Freikorps* que el curso de los acontecimientos había hecho incómodos en los demás lugares de Alemania.

La SS da guardia a Hindemburg, Hitler y Goering en la conmemoración de la batalla de Tannenberg, 1933.

Los *Freikorps* (Cuerpos de voluntarios) fueron un fenómeno que ninguna relación de la Alemania posimperial y de la subida de Hitler puede dejar de tener en cuenta. Reclutadas como unidades de urgencia entre los soldados desmovilizados que permanecían fieles al credo autoritario del antiguo Ejército, y empleadas originariamente para expulsar de sus baluartes en Berlín, Munich y otras ciudades alemanas a las tropas de los consejos revolucionarios, se convirtieron rápidamente en una segunda Reichswehr y, posteriormente, en una potencia por derecho propio. Pero esta última fase de su desarrollo se produjo cuando su utilidad real había pasado. Mientras el Ejército carecía de cohesión para habérselas con el desorden interno —como durante los años 1918-19— o de derecho a intervenir —como en la lucha entre polacos y alemanes sobre la disputa fronteriza de Silesia, en 1921—, resultaba agradable equipar, adiestrar y pagar a los *Freikorps*. Posteriormente, su continuada existencia proporcionó al Ejército, cuyos efectivos habían sido fijados entonces por los aliados en no más de cien mil hombres —todos los cuales debían ser alistados por un compromiso de doce años—, la grata seguridad de una reserva parcialmente instruida. Pero una vez que el Ejército hubo llegado a un entendimiento con la República, especialmente cuando estableció su poder —de hecho, si no de derecho— de ejercer la autoridad final en el Estado, pronto perdió la paciencia con las pretensiones de los *Freikorps* respecto a privilegios militares y a tener intervención en los asuntos nacionales.

Este cambio de opinión no es, en sentido alguno, sorprendente. Porque los miembros más fogosos de los *Freikorps* —no los muchos que habían tomado las armas para defender el orden y las propiedades durante los meses peores de la



El Freikorps **«Oberland» durante la guerra civil bávara, 1919.**

revolución, sino los pocos que rehusaron rendirlas incluso cinco años después de haber terminado la guerra— habían dejado de actuar o pensar como soldados de la clase que los generales entendían. Con carácter individual, tenían poco que recomendarles; si hubieran sido ingleses, se habrían encontrado más en su elemento en los Black and Tans*, si realmente, no hubiesen encontrado ese cuerpo demasiado suave para ellos. Ni eran ya verdaderos «combatientes de primera línea» de la clase que habían reñido luchas callejeras con los espartaquistas en el Berlín de 1918. De los individuos y de las unidades que, como las recientemente formadas *Sturmabteilungen* de Hitler, reclamaban su carácter de participantes de la tradición de los *Freikorps*, muchos, en 1923, pertenecían más por deseo que de hecho. Lo que les unía, y los que también les hacía tan repugnantes para los generales, era la bruta irracionalidad de sus actitudes. En realidad, jamás habían aceptado la derrota de Alemania en el campo de batalla, y todo lo que de ella se derivaba —la pérdida de territorio, la limitación de armamentos, la República, la propia democracia— lo rechazaban por entero. Más aún, habían sacado sus conclusiones del papel que los *Freikorps* habían jugado durante la crisis revolucionaria. Y ello fue que la fuerza no solamente era la sanción final en política, sino que no había límites a su utilidad. Así, mientras los generales habían reconocido que ni la nación ni los aliados tolerarían una Alemania remilitarizada y, si bien a disgusto, habían hecho consecuentemente la paz con la República, los *Freikorps* persistían en creer que la clase de gobierno que ellos querían —nacionalista, autoritario y revanchista— se podía establecer y mantener por la fuerza armada. Tampoco se les podía persuadir de que el Ejército no se les uniría en el caso de que los acontecimientos presentaran la oportunidad de dar un golpe.

* La llamada Policía Real Irlandesa, integrada por unos seis mil soldados británicos que fueron a Irlanda a sofocar la rebelión de la Sin Fein (sociedad política e independista del país) en 1919-21.

La mayoría del Ejército rehusaba tajantemente prestar aliento alguno a esta creencia. No así en Baviera, sin embargo. Allí no se olvidaba que el Ejército bávaro había constituido, hasta 1918, un contingente autónomo dentro de las fuerzas imperiales, y que el mando local conservaba, al igual que el gobierno de Baviera, un espíritu fuertemente independiente en sus relaciones con Berlín. En la persona del príncipe heredero Ruperto de Baviera —que no era meramente el vínculo sucesorio de un trono derribado y el poseedor de una distinguida reputación militar, sino también, a diferencia del Káiser, un residente en sus antiguas posesiones— el mando bávaro tenía un foco de recambio para sus lealtades. Era verdaderamente la continua popularidad y presencia del Príncipe lo que prestaba la mayor parte de su sustancia a la cuestión del separatismo bávaro. Pero éste no suponía el único elemento de la política bávara. El mismo Hitler, aunque todavía desconocido fuera de Baviera y uno más de los varios políticos extremistas que dirigían pequeños partidos dentro del estado, no tenía tiempo para una política que fijaba tales límites a sus ambiciones. Y aunque incluso estaba dispuesto a hacer causa común con los separatistas en cualquier movimiento encaminado a socavar la autoridad de los socialdemócratas, y sus aliados en Berlín, su dificultad estribaba en encontrar una causa en la que el gobierno local, los partidos extremistas y las organizaciones paramilitares pudieran unirse para oponerse a ellos. Sin embargo, tal oportunidad se presentó en el otoño de 1923. A principios del año, el gobierno francés, a fin de conseguir el pago de reparaciones que Berlín retrasaba, había ocupado el Ruhr; como protesta, las autoridades de Berlín iniciaron una campaña de resistencia pasiva contra sus tropas. La campaña no tuvo éxito, pero su cese, si bien restableció las normales relaciones con los aliados, provocó fuertes protestas en toda Alemania; tan fuertes fueron en Baviera que el gobierno de dicho estado dejó en suspenso la Constitución so pretexto de que, de otro modo, se producirían desórdenes abiertos, y nombró una especie de alto comisario con poderes dictatoriales.

El comisario Kahr apenas se molestó en ocultar que esperaba extender su régimen de dictadura a toda Alemania y, cuando el gobierno de Berlín reaccionó declarando el estado de excepción en el país, se negó a reconocer su efectividad. Una ruptura declarada entre ambos gobiernos se hacía así inevitable, aunque en último término fue provocada por rechazar Kahr la orden de Berlín de suspender el periódico de Hitler, el *Volkischer Beobachter*, que persistía en vilipendiar la reputación de las principales figuras del gabinete berlinés. La ruptura se ensanchó por el intento de Berlín de relevar al general von Lossow del mando bávaro, y se hizo absoluta al prestar éste juramento de fidelidad al gobierno de Baviera.

Kahr y von Lossow buscaron después el fundamento y los medios para extender el conflicto más allá de los límites de Baviera. Los medios estaban al alcance de la mano: en las fuerzas paramilitares del *Freikorps* y del partido que habían hecho su feudo de aquel estado, y a las cuales el aliado de Hitler, Röhm, había logrado unir recientemente en una *Kampfbund*. El fundamento lo proporcionó la acción de los gobiernos de los vecinos estados de Sajonia y Turingia al admitir la participación comunista. El plan de Kahr consistía en concentrar la *Kampfbund* en sus fronteras y apelar, por encima del gobierno de Berlín, a la opinión de la clase media alemana, que indudablemente apoyaría cualquier purga que dirigiera.

Sin embargo, ni Kahr ni von Lossow deseaban tratar con la *Kampfbund* a través de Hitler, de cuya persona y política desconfiaban, y mientras maniobraban para separar la organización de él, el propio gobierno de Berlín se lanzó contra los dos estados errantes. Así, Kahr no había calculado bien su golpe; sin embargo, no había juzgado mal las intenciones de su aliado temporal. Hitler seguía decidido a retar directamente la autoridad de Berlín. Por ello, la noche del 8 de noviembre, tras haber concentrado a sus *Sturmabteilungen* y a sus compañeros de la *Kampfbund* en Munich y sus alrededores, se apoderó de la *Burgersbraukeller* —en la que Kahr, con von Lossow, se dirigía a sus partidarios—, presentó a Ludendorff, el patrón más prestigioso de la extrema dere-



Arriba: **Tropas del gobierno atacan a los espartaquistas en Berlín, 1919.** Abajo: **Reocupación de Berlín por soldados gubernamentales, febrero de 1919.**





Arriba: **Lucha callejera, Berlín, 1919.** Abajo: **«Los combatiremos desde los tejados», Berlín, 1919.**



cha, y declaró la formación de un nuevo gobierno del Reich.

Estos, los momentos iniciales del *putsch* de Munich, fueron también su punto culminante. En el curso de la noche, Hitler concedió libertad a Kahr y a von Lossow, que ellos emplearon en restablecer sus relaciones con Berlín y preparar un contragolpe, mientras él se adelantaba, sólo fortuitamente, con la consolidación de su propio dominio en la ciudad. Se aseguró pocos puntos de alguna importancia —la jefatura de policía y la central de teléfonos, por ejemplo, no fueron ocupadas— y dejó que el grueso de la *Kampfbund* vivaqueara en las afueras de la urbe. A la mañana siguiente, cuando al fin reconoció que debía avanzar con toda su fuerza sobre el centro de la ciudad, von Lossow y Kahr habían destacado policías y soldados para ofrecerle resistencia. El propio Hitler se dislocó un hombro al caer, o ser empujado al suelo, a la primera descarga de la policía; sus seguidores huyeron al quedarse sin jefe, y los pequeños efectivos de la *Kampfbund* desplegados por el centro de Munich fueron dispersos o rodeados.

Hitler iba a pasar en la cárcel los trece meses siguientes, período de anhelado respiro en la política de Baviera. Las autoridades no pensaban en ponerlo en libertad. «En el momento en que se le deje libre», informaba el jefe de policía bávara, «Hitler reanudará sus actividades políticas, y se verán cumplidas las esperanzas de los nacionalistas y racistas en cuanto a que él logrará eliminar las actuales disensiones entre las unidades paramilitares». En realidad, sus temores aparecían sin motivo. Era cierto que la alianza de asociaciones patrióticas que habían marchado tras Hitler y Röhm en Munich cayó prontamente en el desorden durante su ausencia de la escena política, así como el propio y poco numeroso partido nazi. Pero él no levantó un dedo para contener aquel desorden, y se mostró realmente contento de permitir que siguiera su curso. Porque Hitler, además de temer naturalmente la aparición de un rival, no tenía interés en trabajar para mantener la unidad de un movimiento del cual no era la cabeza visible; para él, el partido no pasaba de ser el vehículo de su devoradora ambición personal. Más aún, se hallaba decidido a no recurrir nunca más a métodos tan toscos e incipientes como los que había empleado en Munich. Los acontecimientos de los días 8 y 9 de noviembre de 1923 le habían forzado a reconocer que su creencia en la benevolencia del Ejército resultaba infundada. Podía no gustarle la República, pero aún le gustaban menos sus enemigos, y los abatiría a tiros en cualquier momento y lugar en que tomaran las armas contra él, contra el brazo armado de la nación. Hitler le dijo a uno de sus compañeros de prisión en Landsberg: «Cuando reanude el trabajo activo, será necesario adoptar una nueva política. En vez de esforzarse por conquistar el poder mediante un golpe de fuerza, tendremos que taparnos la nariz y entrar en el Reichstag contra los diputados católicos y marxistas. Si ganarlos a votos lleva más tiempo que vencerlos por las armas, por lo menos los resultados estarán garantizados por su propia Constitución. Cualquier proceso legal es lento... Más pronto o más tarde tendremos mayoría, y después de eso está Alemania.»

Esta senda de legalidad, por la que Hitler estaba decidido a caminar en el futuro, no era, sin embargo, un camino por el que los grupos paramilitares se sintieran inclinados a seguirle. Como jefe de las *Sturmabteilungen*, y arquitecto de la *Kampfbund*, Röhm guardaba lealtad a la ahora anticuada visión de mantener sus tropas de asalto como una secreta Reichswehr para el día en que se unirían con el Ejército nacional a fin de derribar la República y establecer una dictadura. Los miembros subalternos de dichas organizaciones sustentaban un punto de vista más simple, pero esencialmente semejante, respecto al futuro, y su decisión de, mientras tanto, pasar el tiempo entre marchas, maniobras, jarras de cerveza y alborotos políticos llenaba de desesperación a Hitler. Sin embargo, no podía prescindir de sus servicios, en parte por que su número —que aumentó rápidamente después de que se levantara en 1926 la prohibición que pesaba sobre el movimiento— propor-



Urkunde

Auf Grund der mir von dem Reichs- und Preußischen Minister des Innern erteilten Vollmacht beurkunde ich hiermit, daß der Rittmeister Alfred Weser in Berlin

an den Kämpfen des Freikorps

Maercker u. Ehrhardt

teilgenommen hat.

Es wird ihm hiermit Dank und Anerkennung des Reichs ausgesprochen, daß er freiwillig unter Einsatz von Leib und Leben das Deutsche Reich in schwerer Zeit verteidigt und geschützt hat.

Berlin, den 23. April 1936

Der Bundesführer des Deutschen Reichskriegerbundes (Kyffhäuserbund) E.V.

S.S. Oberführer und Oberst a.D.



Urkunde Nr.

Diploma de reconocimiento nazi a un antiguo combatiente del Freikorps.

cionaba la prueba visual más impresionante de su creciente fuerza; en parte también porque el empleo de la violencia, dirigido ahora no contra la República, sino contra sus adversarios políticos —socialdemócratas y comunistas—, seguía siendo parte esencial de su estrategia. Las peleas en sus reuniones y las luchas callejeras con sus propias asociaciones de excombatientes manchaban su ejecutoria, intimidaban a sus seguidores y arrojaban una permanente sombra de duda sobre la capacidad de la República para mantener el orden público.

Sin embargo, como Hitler bien sabía, los peligros que corría al dirigir un movimiento de masas paramilitares eran inmensos. Si se desbocaba, el gobierno de Berlín podía emplear la excusa de sus desmanes y suprimir la organización nazi en su totalidad. Si tenía éxito en igualar la cohesión y disciplina del Ejército, los generales, que conocían y temían las ambiciones de Röhm, quizá insistieran en su dispersión. Y si Hitler, en su esfuerzo por encauzarle en una posición intermedia, dejaba sentir demasiado su mano en el timón, las tropas de asalto podrían volverse contra él. En realidad, no iba a poder resolver satisfactoriamente estas dificultades, por lo menos no hasta que al subir al poder pudo librarse de la necesidad del apoyo del populacho.

En los años intermedios trató con la SA mediante una serie de cambios y expedientes. Inmediatamente después de ser puesto en libertad, cuando era el último peligro el que parecía ejercer mayor presión —debido a la insistencia de Röhm en considerar el ala «militar» del movimiento en el mismo plano de igualdad que la «política»—, cortó sus relaciones con aquel hombre poco agradable y nombró a un antiguo oficial más convencional, el capitán Pfeffer, para dirigirlo. Pfeffer no resultó más flexible en su punto de vista sobre el papel de la SA y bastante menos fectivo en refrenarla, por lo que Hitler le destituyó en 1930 y persuadió a Röhm, que había emigrado a Bolivia, a volver y hacerse cargo nuevamente del mando. Röhm pronto reafirmó un firme control desde el centro. Pero fue también un instrumento decisivo en aumentar el número de sus huestes —tendencia a la que contribuyó la creciente marea de desempleados después de la depresión—, e indirectamente por tanto, en provocar el crecimiento de la lista de criminales encuentros callejeros con las organizaciones de choque comunistas.

En 1932, Hitler se vio obligado por consiguiente a consentir la publicación de un decreto gubernamental para la disolución de la SA. Aunque tal medida resultaba más bien simbólica, la aquiescencia de Hitler no parecía totalmente renuente, porque daba la medida de la esencial negligencia de la SA en cuanto a que la creciente probabilidad de una victoria nazi en las urnas la empujaba a precisamente la clase de excesos calculados para acobardar al elector indeciso. Esta arrogancia se mostraba intrínsecamente en una impaciencia en aumento en relación con el control del partido. La sección de Berlín se había levantado dos veces entre septiembre de 1930 y abril de 1931; sólo con la ayuda de la policía fue posible volver a ocupar las oficinas del partido en la ciudad. Por tanto, antes incluso de la disolución, Hitler estaba llegando a la conclusión de que la SA suponían una amenaza, no sólo a las perspectivas de su partido, sino también a su propia autoridad, y había empezado a idear los medios de contrarrestarla. Lo que necesitaba era una fuerza interior del partido, compacta, que guardara una lealtad no abjurada a su propia persona, y que no estuviera dedicada a algún vago y violento credo revolucionario. En la SS, mandada por el casi desconocido Heinrich Himmler, tenía justamente los ingredientes de una organización semejante.

La identidad específica de la SS (*SchutzStaffeln* - Escuadras de Protección) había sido lenta en concretarse. Al principio, Hitler había dependido, para su escolta personal, de un grupo llamado el *Chauffeureska:* tres o cuatro pistoleros profesionales que se turnaban como conductores de su automóvil. Entre los preparativos para el *putsch* de Munich, habían reclutado una banda de gente dura, conocida como la *Stosstruppe Hitler* (Tropa de Asalto Hitler), cuyo título se derivaba del de los grupos divisionarios de choque —una fuerza escogida— que habían encabezado las últimas y desesperadas ofensivas de Alemania



Arriba: **Röhm, jefe de las SA, y el príncipe heredero alemán.** Abajo: **Sepp Dietrich (segundo por la izquierda) con otros jefes de la SS en el aeródromo de Tempelhof.**





Arriba: **El príncipe heredero Ruperto de Baviera pasa revista al 19° Regimiento (bávaro) en Munich, diciembre de 1924.** Abajo: **Los generales Brauchitsch (a la derecha) y Fritsch en la ceremonia en que el príncipe fue nombrado coronel honorario del 12.° Regimiento de Artillería, 1938. Este fue el único gesto de restitución hecho por Hitler tras su humillación.**



en 1918. Por muy altisonante que resultara el título, el grupo desempeñó en el alzamiento un papel mucho menos distinguido que los demás, limitándose a destruir la maquinaria de la imprenta del periódico socialdemócrata local. No obstante eso, Hitler, al ser puesto en libertad, reformó y rebautizó la *Stosstruppe*, y dispuso la organización de *SchutzStaffeln* semejantes en cierto número de otras ciudades importantes en las que era probable su presencia. Su propósito consistía en servir de guardia personal, cómo y cuándo fuera necesario, por lo que sus efectivos se mantuvieron, consecuentemente, en reducidos límites —aproximadamente veinte hombres para cada grupo—, y su existencia permaneció casi ignorada. En abril de 1929 no había en total más de 280 miembros de la SS, ni plan alguno para aumentar su número. Pero en ese mismo mes Hitler nombró a Heinrich Himmler, un obscuro funcionario del partido, para asumir el mando de la organización.

Himmler continúa siendo un enigma para todos los que le conocieron; y un enigma tan profundo para los que han intentado sondear indirectamente su carácter que se le ha llamado «esfinge sin secreto». Humilde hasta el servilismo en sus relaciones con Hitler, lo fue incluso cuando, en la cumbre de su poder, en 1944 —amistoso con sus iguales, comprensivo para sus subordinados, cariñoso con los animales, nada ávido de dinero, modesto, frugal en sus costumbres, y al que se sacaba fácilmente de quicio con cualquier demostración de crueldad física—, ejecutó sus funciones de torturador y ejecutor sin ningún escrúpulo, vacilación o piedad, con clara conciencia y los ojos bien abiertos. Nada en los primeros tiempos de su vida presagiaba la monstruosa carrera que iba a forjarse; porque así lo hizo, sin coacción alguna y pese a la amargamente celosa oposición de los muchos competidores por el poder que pululaban junto al trono de Hitler. Hijo de un maestro de escuela bávaro que había destacado a medias y, según todos los indicios, cumplidor y afectuoso hijo, era ahijado de un príncipe de Baviera a quien su padre había educado, y, por tanto, no careció de ciertos privilegios desde su nacimiento. Pudo —como él afirmaba— no luchar durante el último año de la Primera Guerra Mundial; pero, con mayor probabilidad, pasó su corto período de servicio militar como cadete. Al ser desmovilizado, volvió a sus estudios, en los que no brilló, y en 1922, se graduó como químico agrícola.

No era un comienzo en la vida especialmente prometedor, su carrera no prosperaba y, al igual que otros muchos jóvenes sin talento de su época, se unió a las filas de la extrema derecha, que parecía poder llenar su honda necesidad de reconocimiento personal. Sirvió probablemente en uno de los *Freikorps* bávaros durante los meses de la revolución y, con toda seguridad, participó, como miembro de la *Reichkriegsflagge*, en el alzamiento de Munich, aventura que le costó el empleo. Ingresó en el partido nazi poco después de que pusieran en libertad a Hitler, y desde entonces se dedicó casi exclusivamente a las tareas del partido; trabajó primero como secretario de los Strasser, rivales de Hitler en la dirección nacional-socialista, y luego en calidad de ayudante de Goebbels en el servicio de propaganda. Durante este príodo contrajo matrimonio con una muchacha —vegetariana como él— y montó una granja avícola; ambas cosas iban a fracasar. Fue también entonces cuando pasó a ocupar el segundo puesto en la SS —a las que se afilió en 1925 con el número 168—, y así, en 1929, se encontró en primer lugar en la línea de sucesión cuando Hitler decidió relevar de la jefatura a Heiden, uno de sus guardaespaldas primitivos.

No está claro qué papel tenía pensado Hitler para la SS o cómo —si tal era el caso— consideraba que debería desarrollarlo. Desde el principio, parece que Himmler no abrigó duda alguna. Naturalmente, no podía prever la gama de funciones que la organización iba a desempeñar dado que la mayoría de éstas iban a venir a sus manos poco a poco; pero se hallaba decidido a que llegara a ser una fuerza decisiva en los asuntos del partido y que se formaba exclusivamente de una clase especial de alemán, una clase a la que, literalmente, él no pertenecía. Era débil, enfermizo, miope, escrupuloso y, físicamente, poco atractivo. Sus seguidores, a quienes ya veía como Caballeros de un nuevo Orden alemán, serían sin excepción, triunfalmente nórdicos, altos, rubios, robustos, de



Izquierda: **Himmler, Hitler, Goebbels y Goering de paisano, 1930.** Arriba: **Himmler y Blomberg antes del complot.**

amplio tórax, ojos de águila, resueltamente valerosos e incuestionablemente leales. El tipo que buscaba era, por supuesto, una abstracción y aunque luego se jactaría de que, para su guardia personal primitiva, no aceptó a nadie que tuviera un simple empaste dental —lo que, según él, desfiguraría la perfección física—, no pudo —y jamás lo logró— encontrar suficientes jóvenes alemanes para poblar sus sueños. Mas esos sueños y abstracciones constituían la propia vida de Himmler, porque, para él, poseían realidad. A diferencia de Hitler, que sólo vivía para el poder y no tenía tiempo —aunque sí mucha burla en privado— para la mitología racial del nazismo, Himmler se había tragado, en alguna etapa formativa de su existencia, todas las artificiosas teorías de superioridad étnica y de «sangre y suelo» lanzadas por los pensadores nazis Rosenberg y Darré; y de ellas siguió alimentándose durante el resto de su vida.

La substancia de estas teorías puede resumirse brevemente. Rosenberg creía que los pueblos germánicos encarnaban singulares cualidades de temeridad y dinamismo que les daban derecho a prevalecer sobre sus racialmente diferentes y, por ello, inferiores vecinos. Darré partía de estos supuestos para argumentar que la superioridad de los germanos tenía carácter genético, y que el «banco de genes» lo poseían los campesinos nórdicos, «cuya sangre era tan rica y fructífera como el suelo que cultivaban. Su virtud alcanzaba tal grandeza que la futura fuerza de Europa dependía de la supervivencia de su raza; por ello resultaba esencial que crecieran y se multiplicaran hasta que su rubia y brillante juventud superara en número y confundiera a los recelosos y decadentes eslavos y judíos, cuya sangre envenenaba a la estirpe humana y cuyas guaridas eran las insanas calles de las ciudades».

En resumen, el argumento de Darré propugnaba un cruzamiento controlado y, en la SS, su prosélito más importante, Himmler, había adquirido precisamente la clase de grupo testigo en el que poner

a prueba las teorías del pensador. El propio Darré fue pronto reclutado para la organización como jefe de la Oficina de Raza y Colonización, que al principio se ocupaba fundamentalmente de investigar la genealogía de los futuros miembros. Nadie podía completar su noviciado hasta probar, a plena satisfacción de la oficina de Darré, que su ascendencia, seguida hasta el año 1750, estaba libre de la menor mácula de sangre judía, eslava o, de otro modo, inferior. Si el aspirante quería casarse, su novia tenía que someterse a una investigación similar, y probar también que su familia no tenía historia clínica de enfermedades hereditarias. Los compromisos matrimoniales en la SS tendían, por tanto, a ser largos.

Una prueba de la obsesión de Himmler por la herencia fue que acogiera con especial benevolencia en las filas de su organización a representantes de la aristocracia alemana, entre los cuales la SS llegaron a gozar, en sus primeros tiempos, de una reputación como la rama más socialmente «posible» del movimiento nazi. Entre los primitivos notables que se unieron a las huestes de Himmler figuraban el príncipe de Waldeck-Pyrmont, el de Mecklemburgo, los de Lippe-Biesterfeld y Hohenzollern-Sigmaringen, y los arzobispos de Brunswick y Friburgo. Posteriormente, con la fundación en el castillo de Wewelsburg de un centro de la SS inspirado en la casa del Maestro de los Caballeros Teutones, iba a intentar transformar los altos jefes de la organización en una nueva, aunque pagana, orden de caballería. También estaba dispuesto a aceptar a antiguos oficiales de las fuerzas armadas (los reglamentos prohibían a los oficiales en activo afiliarse a organizaciones políticas), noticia que llevó a la puerta de su ganja, en 1931, al más notorio de todos sus futuros subordinados: Reinhard Heydrich. Confundiendo el anterior puesto de éste como oficial naval de cifra por un cometido de contraespionaje, Himmler designó inmediatamente a Heydrich para que se hiciera cargo de un servicio de información interior del partido, el *Sicherheitsdienst* (SD), que él pretendía establecer. El resultado de esta impulsiva decisión, basada exclusivamente en la impresión que le hizo el aspecto extraordinariamente notable de Reinhard —la quintaesencia del arianismo y un carácter fríamente cruel—, fue la creación, a su debido tiempo, del sistema de la policía secreta y las escuadras de exterminio. Eso no lo previó ciertamente Himmler; pero, al casar hombre y tarea, su instinto le sirvió esta vez pavorosamente bien.

La mayoría de los reclutas para la SS en los dos años anteriores a la toma del poder por el nacional-socialismo, no obstante, raramente alcanzaban el nivel físico que Heydrich personificaba o, por cierto, incluso el mínimo establecido por las normas de la organización; el proceso de selección resultaba inadecuado para hacer frente a la invasión de los que deseaban aprovechar la oportunidad mientras el tiempo lo permitiera. Entre enero de 1931 y enero de 1933, los efectivos de la SS pasaron de unos cuatrocientos a más de cincuenta mil hombres. Poco después, Himmler iba a empezar una labor de poda que redujo acusadamente tales cifras; expulsó a muchos por razones de falta de aptitud física o social, pero insistió como siempre en la renovada continuación de las investigaciones genealógicas, que a veces alcanzaron a miembros veteranos de la SS incluso después del comienzo de la guerra.

Esta ausencia de discriminación, curiosa en un organismo que estimaba la selección como un principio vital, quizá se explica mejor en términos de la intensa lucha por la influencia a la que Himmler, probable pero no necesariamente estimulado por Heydrich, se lanzó durante el período de «la captura del poder» a principios de 1933, lucha que —y no por última vez— iba a persuadirle de admitir cantidad a expensas de la calidad. No hay duda de que hizo un pacto con su conciencia —pacto que en esta ocasión mantuvo—, pero el compromiso resultó, sin embargo, significativo.

Súbitamente, el potencial humano se hizo importante para Himmler como medio de llegar a un fin. Aún no pertenecía al círculo íntimo de Hitler, y reconoció —tan pronto se anunciaron los resultados de las elecciones de 1933— que si alguna vez iba a tener un lugar para

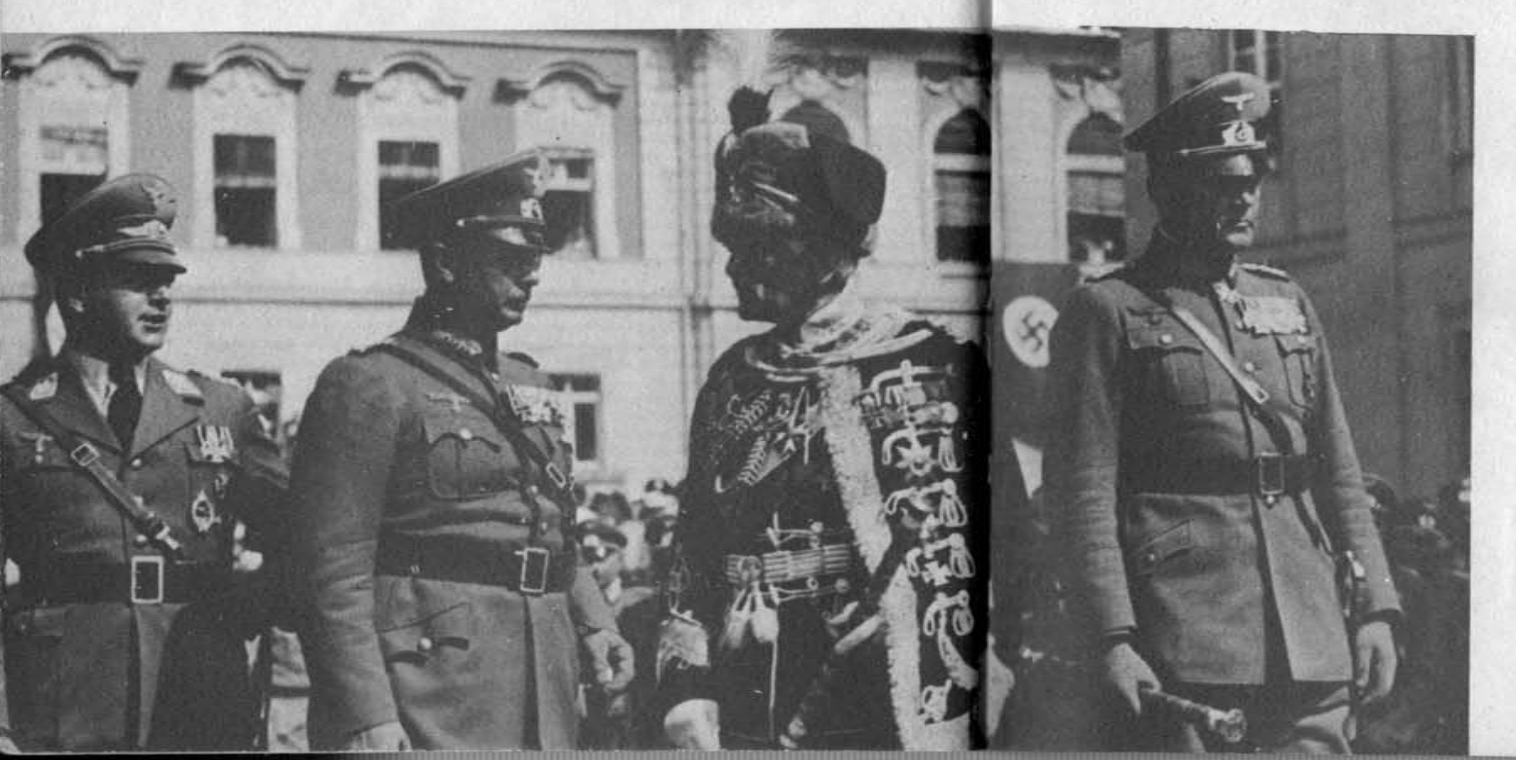


El príncipe heredero Ruperto y el príncipe Leopoldo de Baviera con uniformes de mariscales de campo.

él y su organización en el esquema nazi, tenía que asegurarse en seguida un cargo estatal desde el cual actuar. Lo que se le confió inicialmente —la jefatura de policía de Munich— ofrecía escaso campo para extender sus poderes, bastante menos indudablemente que el heredado por Goering merced a su nombramiento de ministro del Interior prusiano, lo que incluía el mando de la policía berlinesa. La fuerza auxiliar que Goering creó para ampliar el control nazi de la ciudad —principalmente por métodos de terror— comprendía diez mil hombres de la SS; y el hombre que designó para supervisarla, Daluege, era en realidad oficial de la organización. Pero le eligió sabiendo que Daluege le pertenecía a él, no a Himmler. Este y Heydrich tuvieron por tanto que iniciar una estrategia de acercamiento indirecto; ambos estaban de acuerdo en que el control de la policía debía ser su objetivo inmediato. El camino que escogieron seguir pasaba por las autoridades de seguridad política de los estados más pequeños, muchos de los cuales lograron conquistar entre abril de 1933 y abril de 1934. Allí contaba el número, porque la técnica usual de Himmler consistía en intimidar a los funcionarios locales con una demostración de fuerza en la ciudad por parte de la SS, y sacarles una invitación a asumir el control policíaco. El procedimiento era tan ilegal como sus métodos, porque la sanción final sobre los nombramientos de la policía correspondía a Frick, ministro del Interior del Reich. Sin embargo, Himmler dejaba sencillamente de consultarle, y los requerimientos de aquél llegaban siempre demasiado tarde para invertir el curso de los acontecimientos. En abril de 1933, Himmler se sintió dispuesto a reemplazar a Goering, y se entregó a la tarea de un modo que iba a hacerse familiar. Pese al explícito desagrado del ministro prusiano, Heydrich había establecido por entonces una oficina del SD en el mismo Berlín, a la que —según afirmaba— había llegado información, no descubierta por la propia policía de Goering, acerca de un complot para asesinar a éste. Confiando en ello, Himmler planteó con éxito a Hitler la necesidad de centralizar el control de las fuerzas de policía política, y fue nombrado inmediatamente para mandar la Policía Secreta de Berlín. Esta designación, junto con el cargo que ya ocupaba en Munich y los que se había procurado en los estados más pequeños, le convirtió en un hombre con el que Alemania y el partido nacionalsocialista tendrían ahora que contar.

El alcance de su organización no terminaba ahí. Poco después de haberse hecho cargo de la policía muniquesa, abrió —como muchos otros jefes locales nazis venían haciendo— su propio campo de concentración. Lo situó en Dachau —fuera pero a corta distancia de la ciudad—, y para guarnecerlo alistó un cuerpo de guardias *Totenkopf* (Calavera), reclutado entre la SS encabezado por Theodor Eicke (que posteriormente mandaría la *Totenkopfdivision* en el campo de batalla). También había encontrado el medio de establecer por primera vez una unidad armada permanente, denominada *Stabwach* (Guardia de Plana Mayor) y a las órdenes de Sepp Dietrich, uno de los primitivos bravucones de Hitler. Acuartelada primero en la Casa Parda de Munich, en marzo de 1933 fue trasladada a Berlín, donde, a petición de Hitler, se encargó del servicio de guardia interior en la Cancillería del Reich.

Contando, por tanto, con su propia unidad de información que, bajo Heydrich, ampliaba diariamente su vigilancia sobre el partido, el Estado y el pueblo; con el control de la policía política en la mayor parte de Alemania, un sistema carcelario y el núcleo de un ejército privado en las guardias *Stabwache* y *Totenkopf*, Himmler tenía a su disposición, a principios del verano de 1934, los elementos de un amplio y extra-legal servicio de represión. Además, había logrado reunirlo en el momento preciso en que Hitler se halló en la necesidad de contar con una organización semejante. Porque las relaciones del Führer con la *Sturmabteilungen* y sus jefes, tan precariamente conservadas durante siete años de espera por el poder, habían llegado al fin al punto de ruptura, y él se sentía animado a poner en ejecución la solución final del problema *Freikorps*.



De izquierda a derecha: Milch, Fritsch, von Mackensen y Blomberg en la conmemoración en Postdam del día de Federico el Grande, 1936.

La SS, la SA y el Ejército



A principios de 1934, los *Freikorps* ya no existían oficialmente; Hitler había presidido en Munich, en el décimo aniversario del *putsch*, su disolución ceremonial, ocasión que incluyó el depósito de sus banderas en la Casa Parda, y la colocación, por parte del Führer, de una corona en la tumba de sus mártires, con la inscripción: «Pese a todo, habéis vencido.»

Exteriormente, era puro teatro, de la clase en que Hitler sobresalía y que le proporcionaba honda satisfacción. Históricamente, aventuraba su pretensión a personificar las tradiciones y el espíritu de los *Freikorps*. Políticamente, nada establecía; porque, él menos que todos, podía haber dejado de advertir que la guardia de honor en la ceremonia había sido procurada por el contingente local de la *Sturmabteilungen*. Y en sus filas —como bien sabía él y su jefe, Röhm, no dejaría que Alemania lo olvidara— vivía el espíritu destructivo e irreconciliable de los *Freikorps*.



Si la toma del poder hubiera traído una reducción o, incluso, una estabilización de los efectivos de la SA, Hitler podía haber decidido —sin riesgo alguno— no hacer caso de ella como factor en los asuntos nacionales. Pero, por el contrario, la victoria provocó un súbito y espectacular crecimiento de sus afiliados, que habían pasado de trescientos mil en enero de 1933 a más de tres millones en diciembre. Este aumento, producido en función del repetino hundimiento económico cuyos contornos había ya empezado a erosionar el milagro nazi en este terreno, era, más específicamente, el resultado de dos acontecimientos: la incorporación mayoritaria que Röhm había hecho a la SA de las ligas de veteranos —el *Stahlhelm* y la *Kyffhauser Bund*— y la decisión de cientos de miles de individuos de incorporarse al movimiento nacional-socialista antes de que perdiera ímpetu. Los que lo hicieron lo suficientemente pronto y en el lugar preciso habían gozado de un período de arbitrario y desenfrenado poder; ello se debió a que se había concedido a la SA de Berlín el control de las calles y el carácter de policías «auxiliares» durante varias semanas en la primavera de 1933, lo que les sirvió para saldar antiguos agravios y llevar un satisfactorio escalofrío de terror a las confortables clases medias. Pero la retirada de tales privilegios a fines de 1933 y la saturación de sus cuadros con los oportunistas y los sin empleo habían sembrado —quizá por reacción— un amargo sentimiento de frustración en la SA. En el mensaje de Hitler se hallaba la promesa no sólo de regeneración nacional y de retribución internacional, sino de soluciones socialistas a los problemas internos de Alemania. Y así como decayó la euforia suscitada por su triunfo en las elcciones, lo mismo ocurrió con la disposi-

Frank, gobernador general de Polonia, pasa revista a una unidad de la Totenkopf **cerca de Cracovia, 1940.**

ción de sus seguidores para esperar sus recompensas con paciencia.

En resumen, el partido nazi, pese a sus alardes de indivisibilidad, se escindía rápidamente en un ala izquierda y un ala derecha, y los líderes de la primera, acuciados por las masas descontentas de la SA, habían empezado a hablar de una «segunda revolución». Sus objetivos resultaban vagos; pero, económicamente, eran lo suficientemente anticapitalistas para alarmar a aquellos poderosos intereses industriales y comerciales que Hitler cortejaba ahora con la mayor asiduidad. Más claramente declarados —y, por tanto, con un carácter más inquietante— aparecían sus objetivos militares, los cuales aireaba Röhm con creciente indiscreción. Este nunca había desmentido su ambición de ver a la SA reemplazar a la Reichswehr, de la que, en su opinión, no podía nunca depender con seguridad una sociedad verdaderamente nacional-socialista. E insistía en conducirse como el jefe del ejército popular del futuro. El impulso de esta forma de pensar y el regusto de su extravagante personalidad aparecen captados en el registro de una conversación que mantuvo con Rauschning a principios de 1934.

«Adolf es un puerco», juraba. «Se deshará de todos nosotros. Sus viejos amigos no son ahora lo bastante buenos para él. Se lleva bien con los generales de la Prusia Oriental. Son sus camaradas... Adolf sabe exactamente lo que yo quiero. Se lo he dicho muy a menudo. Nada de una segunda edición del antiguo Ejército imperial. ¿Somos revolucionarios, o no?... Si lo somos, algo nuevo debe surgir entonces de nuestro empuje, como los ejércitos de masas de la Revolución francesa. Si no lo somos, estamos perdidos. Hemos logrado presentar algo nuevo, ¿no lo ves? Una nueva disciplina. Un nuevo principio o una nueva organización. Los generales son un puñado de vejestorios. Jamás han tenido una idea nueva... Yo soy el núcleo del nuevo Ejército, ¿no te das cuenta? ¿No comprendes que lo que va a venir debe ser nuevo, fresco, sin usar? La base tiene que ser revolucionaria. Eso no se puede inflar después. Solamente una vez se alcanza la posibilidad de hacer algo nuevo y grande que contribuirá a alzar al mundo de sus goznes. Pero Hitler me entretiene con palabras bonitas... Quiere heredar un ejército todo listo y completo. Va a dejar a los «expertos» andar en él. Cuando oigo esa palabra me siento a punto de estallar. Después, hará de ellos nacional-socialistas, dice. Mas primero los deja a los generales prusianos. No sé de dónde va a sacar su espíritu revolucionario. Son los mismos viejos zoquetes, y a no dudar perderán la próxima guerra.»



Arriba: **Reinhardt Heydrich, jefe de seguridad del Reich y arquetipo de la SS.** Derecha: **Hitler, Blomberg y guardias de la organización, 1935.**

Si Röhm hubiera tenido la discreción de restringir la expresión de estallidos como éste al círculo de sus confidentes; si, sobre todo, se hubiese impuesto a sí mismo la disciplina de actuar mediante el subterfugio y la maniobra hacia sus fines —en vez de buscar su logre por la vía de la amenaza y la fanfarronada—, podía haberse acercado más a su consecución. Mas en la forma que se comportó, contentóse con pedir —y recibir— un puesto en el gabinete como ministro sin Cartera, desde el que hizo insinuaciones al Alto Mando del Ejército con vistas a conseguir su apoyo para amalgamar los dos ejércitos —el suyo y el de ellos— bajo su dirección. El Ejército, ya preocupado por lo incierto de sus relaciones con el Estado —a que había dado lugar la subida de Hitler al poder—, y en constante negociación con el Führer sobre la forma que tales relaciones deberían to-



Soldado de la SS uniformado con la guerrera y pantalón modelo M44; lleva polainas de lona con borceguíes de cuero negro. El cubrecabeza es la gorra de cuartel de la SS. En el ceñidor de cuero negro va sujeto un par de cartucheras de lona para munición del MP 40; metidas en él, dos granadas de palo.



Sargento mayor de la SS, de la Division Totenkopf, vestido con un blusón de camuflaje «otoñal»; lleva cubrecasco. Perneras del pantalón embutidas en botas de marcha. Correaje de cuero negro con cartucheras. Cantimplora colgada del cinto y herramienta de trinchera apenas visible.

mar en el futuro, se lanzaba ahora a una fiebre de desafuero y alarma ante el abierto reto a su condición: la de «único portador de las armas». El general Blomberg, ministro de la Guerra, logró parar el golpe dirigiéndose al presidente Hindemburg, quien rechazó cualquier ataque semejante contra las prerrogativas del Ejército. Pero los generales reconocieron que —al ser lo que eran las pretensiones de Röhm— ello no invalidaba en modo alguno el peligro, y redoblaron su vigilancia.

Lo que reforzó su postura frente a Hitler fue que otros sintieran miedo, simultáneamente, de la amenazadora actitud de la SS. Se sabía que las potencias occidentales desaprobaban enérgicamente el súbito aumento de efectivos de dicha organización, que implicaba el riesgo de anular las limitaciones impuestas por el Tratado de Versalles sobre el potencial humano en el terreno militar. Y cuando Anthony Eden visitó Berlín en febrero de 1934, Hitler ofreció, como principal regalo suyo a la opinión extranjera, reducir en dos tercios el número de hombres de la SA. Pero, con aliados o sin ellos, el Ejército se hallaba en una posición de mando sobre la cuestión de dichas fuerzas, ya que su buena voluntad resultaba crucial para el futuro de Hitler. Había, además, un límite en el tiempo que tenía a su disposición para ganarse la correcta disposición de los generales, límite tanto más apremiante cuanto que no se podía determinar. Y resultó ser la duración de la vida de Hindemburg. El anciano mariscal contaba ya 86 años y, en tanto fuera Presidente, el Ejército —que le había jurado fidelidad— quedaba al margen del control personal de Hitler. La muerte de Hindemburg ofrecería a aquél la oportunidad de conseguir a la par el poder final sobre el Ejército y el Estado; pero también permitiría al brazo militar la posibilidad de echar todo su peso en apoyo de algún otro candidato presidencial. Tenía, por tanto, que asegurarse la colaboración de los generales cuanto antes. Sabía que, en cierta medida, gozaba de su confianza, porque ellos se contuvieron cuando podían haberse opuesto a Hitler en su camino hacia el cargo de Canciller. También habían mostrado su deseo de participar en el espíritu del nuevo régimen haciendo concesiones tales como la adopción de la insignia del partido como elemento integrante del uniforme militar. Pero Hitler no ignoraba tampoco que, para garantizarse la Presidencia, se vería obligado a hacer concesiones por su parte, y que éstas se referían probablemente al estado legal de la SA.

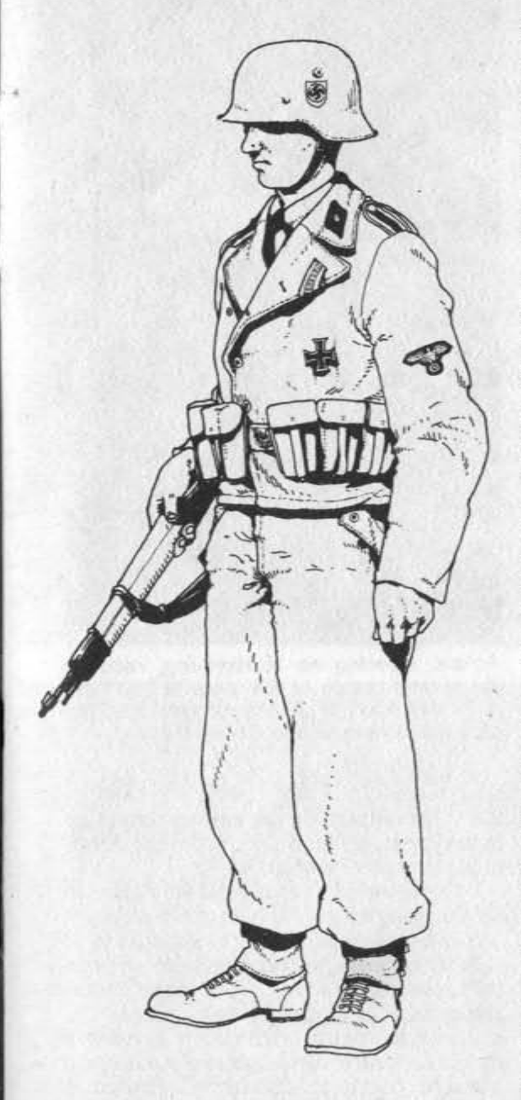
Si Hitler concluyó o no —a bordo del acorazado de bolsillo *Deutschland* durante las maniobras navales de abril en el Báltico— un pacto con Blomberg y Fritsch, comandante en jefe del Ejército, que le garantizaba su apoyo para la sucesión presidencial a cambio de la promesa del Führer de disolver la SA, es algo sobre lo que ahora no se ponen de acuerdo los historiadores. En cuanto al equilibrio, no parece probable. Se sabe, por otra parte, que los generales ejercían sobre él una incesante presión para que solucionara la cuestión, a la vez que no dejaban lugar a dudas respecto a que no le permitirían emplear sus soldados si había que pelear: hasta ese punto querían mantener su tradición de «por encima del partido». Afortunadamente para Hitler, un acusado cambio de opinión contra la SA se hacía sentir entre sus colaboradores más inmediatos. La depravación personal de Röhm, tolerada en tanto el partido estuvo en la oposición, se había hecho desagradable para muchos, ahora que el poder les pertenecía; otros, de los cuales Goering era el más importante, envidiaban y temían el peso de su camarilla. Naturalmente, Himmler consideraba a Röhm como su principal rival; y resultaba sintomático del oportunismo que caracterizaba los asuntos internos del partido, el que Goering y él, muy recientemente en desacuerdo, hubieran decidido, en la primavera de 1934, hacer causa común contra el enemigo. A esta cínica amistad aportó Goering la influencia cerca de Hitler, un servicio de información bien afinado —cuyos datos recogían entre ellos—, y cuando fallaba el acopio, recurrían a inventar informes nocivos para Röhm, que luego depositaban en los oídos del Führer. Este, siempre temeroso de un contragolpe, escuchaba de buena gana, aunque no diera inmediatamente crédito a las noticias que recibía. A primeros de junio, mantuvo una larga entrevista privada con Röhm, presumiblemente en una última tentativa



Segundo teniente de la SS tocado con la antigua gorra de campaña y vestido con el blusón de camuflaje «herbáceo» recogido por el cinturón y llevado sobre la casaca de diario. Pantalones de montar con botas altas de oficial. Unos prismáticos le cuelgan del cuello, y empuña un subfusil MP 40.



Capitán de la SS de la División Panzer Leibstandarte Adolf Hitler, **condecorado con la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro. (Condecoración de cuello.) Uniforme negro de carrista con pantalones recogidos en el tobillo y borceguíes negros de cuero. Se cubre con un gorro de campaña de oficial. Lleva porta mapas y pistolera.**



Sargento de la SS. Uniforme gris de campaña para personal de artillería autopropulsada. Casco de acero y polainas de lona. Borceguíes. Luce la Cruz de Hierro de 1.ª clase y la cinta de 2.ª clase.

de apartarle de su compromiso con la «Segunda Revolución», y se despidió de él en términos lo bastante amistosos para poder ordenar —aparentemente sin temor a una reacción— que en la SA disfrutaría de permiso durante el mes de julio. No está claro si había decidido ya atacar a los jefes de la organización mientras sus hombres se hallaban dispersos, pero es seguro que Goering y Himmler redoblaron sus esfuerzos, durante las tres semanas siguientes, para convencerle del peligro en que estaba.

Su sensación de inseguridad se avivó aún más a causa de un discurso de von Papen, el político nacionalista que Hindemburg le había impuesto como vigilante vicecanciller; en el discurso, pronunciado el 17 de junio, se atacaba al régimen en términos directos. Aunque le provocara un ataque de ira, aquellas palabras sirvieron también para advertirle que el tiempo se acababa. El mismo mensaje le llevó Goebbels —el último aliado que le quedaba a Röhm en el seno del partido—, que había decidido ahora cambiar su fidelidad, y que añadía a los de los otros sus propios informes acerca de que el jefe de la SA no era digno de confianza. Fue él quien «fabricó» la noticia de que las fuerzas de la organización en Berlín habían recibido órdenes de reintegrarse a sus puestos el 29 de junio; esta mentira iba a resultar decisiva. Hitler, que llevaba quince días desgarrado por la indecisión, determinó entonces pasar a la acción. Goering y Himmler le señalaron cómo y contra quién actuar; ambos habían pasado varias semanas haciendo planes para la purga, eligiendo a los que serían ejecutados, siguiendo la pista de sus movimientos y designando a sus verdugos.

El total de muertes causadas durante la sangrienta purga del 30 de junio (la Noche de los Cuchillos Largos, como pronto fue conocida en el extranjero, aunque los asesinatos se prolongaron dos días) nunca ha sido calculado con exactitud. El propio Hitler, al justificar sus actos, tres semanas después, ante el Reichstag, admitió 58; una cifra más probable es la de cuatrocientas; algunos la elevan a dos mil. Cualquiera que fuere el número de víctimas, no sólo incluía aquéllos a los que Hitler tenía sus razones, buenas o malas, para temer, como Röhm y Strasser, su viejo ri-

val, sino también a muchos de los enemigos particulares de Goering y Himmler, y, por lo menos, a uno completamente inocente: un crítico musical de Hamburgo que tenía el mismo nombre que el jefe local de la SA. También perdieron la vida dos generales: Schleicher, el excanciller que, por error de cálculo, había ayudado a Hitler en su camino hacia el poder; y Bredow, su ayudante militar. Estos asesinatos no complacieron al Alto Mando, que, si bien sintió escaso pesar por la muerte de Schleicher, consideraba que tal suerte establecía un peligroso precedente. En general, sin embargo, los resultados de la purga convenían tanto al Ejército que, aunque sus jefes —casi con toda seguridad— no fueron cómplices de los conspiradores, todavía flota la sospecha de que lo fuesen.

Para el Ejército, resultó especialmente satisfactorio que el programa de ejecuciones al por mayor hubiera sido llevado a cabo sin implicar a ninguno de sus hombres. Las fuerzas locales de policía o, más frecuentemente, las unidades de la SS habían nutrido los pelotones de fusilamiento; y, tras cierta alarma inicial, la masa de la SA aceptó el ataque contra sus jefes con notable docilidad. Las investigaciones practicadas después revelaron, para complacencia del Ejército, cuán grande fue el peligro de guerra civil que se había evitado al país; porque se habían retirado de los centros de la SA más de 177.000 fusiles, casi el doble de los que se guardaban en las maestranzas militares. Una vez más, por tanto, el estamento armado parecía haber empleado el truco que había dado resultado durante los años de la República de Weimar: el de retener el poder final en el Estado sin intervenir directamente en sus asuntos. Es indicio de su alivio el que Blomberg expresara la gratitud del Ejército a Hitler, en una orden del día de 1º de julio concebida en estos excesivos términos: «El Führer ha atacado y eliminado personalmente a los amotinados y traidores con marcial decisión y valor ejemplar. La Wehrmacht, cómo única portadora de las armas en el interior del Reich, permanece ajena a los conflictos políticos internos, pero promete nuevamente su devoción y fidelidad. El Führer nos pide que establezcamos relaciones cordiales con la nueva SA. Gozosamente nos esforzaremos en hacerlo así, en la creencia de que servimos a un ideal común.»





Arriba: **Goering en Nuremberg, rodeado de elementos de la SA y de la SS, 1938. A la derecha: Brauchitsch, jefe del Ejército, pasa revista a la SA de Berlín, 1939.**



La «nueva SA» resultó ser una sombra de su antiguo yo. Vetada para siempre cualquier perspectiva de suplantar al Ejército oficial, pronto degeneró en poco más que una asociación de viejos camaradas nazis, a la que, todo lo más, se llamaba únicamente para cubrir la carrera en actos más o menos ceremoniales. Su número también disminuyó pronto a medida que el milagro económico-socialista hallaba trabajo para los millones que habían engrosado las filas de la organización durante 1933. Así, como el Ejército había confiado —y trabajado para ello—, el más inmediato de los peligros suscitados por el salto de Hitler al poder se disipó de un solo golpe.

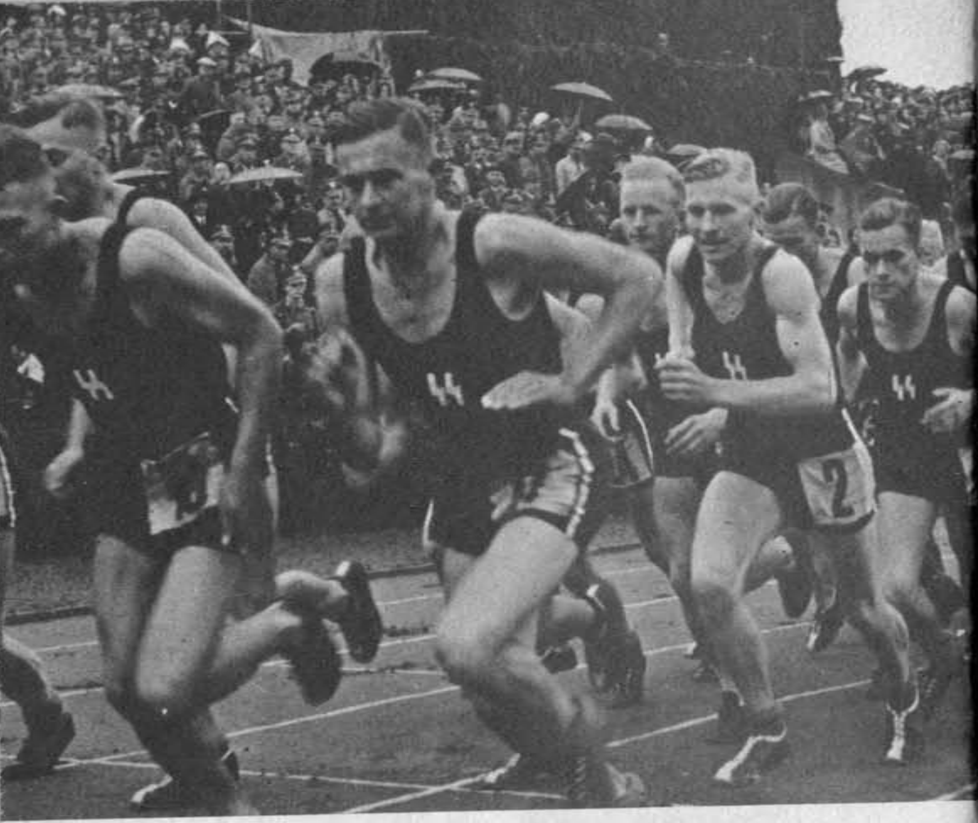
Pero el Führer tenía ahora libertad para reclamar su parte de aquel trato;

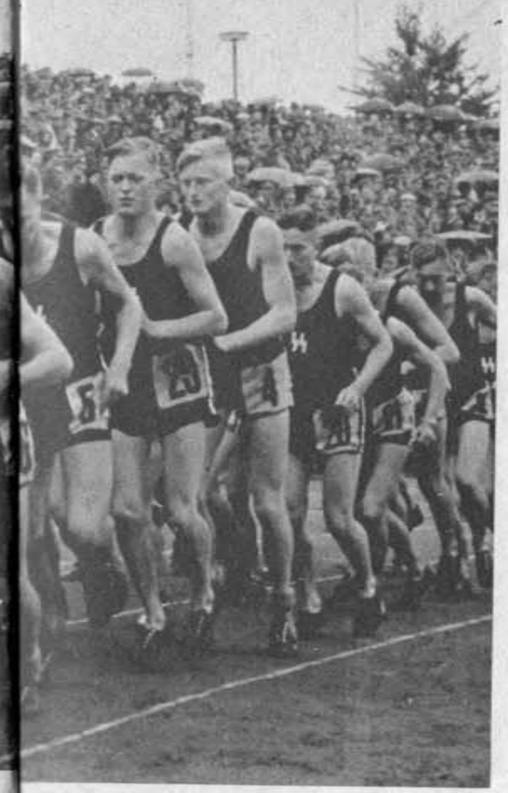


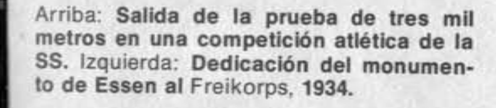
y, el 1º de agosto, murió el presidente Hindemburg. El mismo día, sin referencia a nadie pero en la creencia de que el Ejército cumpliría su no escrito acuerdo —y decidido a no darles tiempo para pensarlo dos veces—, Hitler anunció la fusión de los cargos de presidente y de canciller. El 2 de agosto aceptó los juramentos de fidelidad, incondicionales y personales, de los jefes de las fuerzas armadas, y dispuso que todo el Ejército alemán hiciera lo mismo con arreglo a idéntica fórmula. Ellos eran ahora sus hombres; pero él —los líderes militares se consolaban creyéndolo— seguía siendo su cliente.

Lo que los generales no habían tenido en cuenta —y aún no reconocían— era la aparición, en la SS, de un nuevo y, potencialmente, mucho más peligroso rival que la SA. Que estuviesen mejor mandadas y organizadas ya resultaba bastante peligroso; que el Ejército las hubiera dejado, en efecto, reñir una guerra civil en miniatura, un tanto en provecho propio, era desastroso, ya que abolía su celosamente guardado derecho a ser «el único portador de las armas» y su genuino principio de permanecer por encima del partido. No obstante, los signos de la creciente amenaza estaban allí, si ellos se hubieran molestado en buscarlos. Hitler había ya escogido para distinguirla a la unidad favorita de Himmler, la *Stabwache*, mediante la concesión del título *Leibstandarte Adolf Hitler* en la concentración de Munich, de septiembre de 1933. En noviembre, sus miembros le habían hecho un juramento aún más obligatorio que el impuesto a la Wehrmacht después de la muerte de Hindemburg. (Decía así: «Yo te juro, Adolf Hitler, como Führer y Canciller del Reich, lealtad y valor. Te prometo, y a los que designes para madarme, obediencia hasta la muerte. Que Dios me ayude»). Así, Hitler había establecido ya un cuerpo de hombres armados responsables ante él solo —decisión totalmente anticonstitucional—, y sin despertar un murmullo de protesta por parte de los generales. En la secuela de la purga, avanzó este tratamiento especial al anunciar, el 26 de julio, que «en consideración al muy

Ejercicio de instrucción del Leibstandarte, **1938.**







Arriba: **Salida de la prueba de tres mil metros en una competición atlética de la SS.** Izquierda: **Dedicación del monumento de Essen al** Freikorps, **1934.**



meritorio servicio de la SS, especialmente en relación con los acontecimientos del 30 de junio de 1934, les elevo a la categoría de organización independiente dentro del Partido Nacional Socialista de Trabajadores».

De este modo se consumó la primera de las ambiciones de Himmler. Ahora era líder por derecho propio. Pero faltaba por determinar exactamente a qué se aplicaba el liderazgo. Como jefe no oficial (pronto lo sería oficialmente) de la policía nazi, tenía poder, y poder de crecientes dimensiones; mas eso no satisfacía su vehemente deseo de categoría. Para su muy germánica mente, la categoría iba unida al empleo militar. Hitler era ahora comandante en jefe titular; Goering, general. Himmler deseaba el mando de tropas realmente suyas. Y no meramente de una fuerza simbólica. Por impresionante que fuera el porte del *Leibstandarte*, sus efectivos no excedían los de un regimiento a fines de 1934, y resultaba poco político hablar de la *Totenkopfverbände*. Por ello, Himmler empezó a instar a Hitler respecto a la necesidad de aumentar esta fuerza particularmente digna de confianza; Hitler no se mostraba remiso a tomar en consideración tales apremios, en vista de sus continuadas sospechas acerca de la lealtad fundamental del general. Reconocía, por otra parte, que el medio más seguro para perturbar esa lealtad era recrear el espectro de una alternativa: un ejército del partido. La solución a que finalmente llegó demostraba su pavorosa habilidad para jugar con la codicia de los hombres a expensas de su prudencia; porque vinculó la expansión de la SS a otro mucho más extensa del Ejército en conjunto. Al anunciar el plan de restablecer el servicio militar obligatorio en marzo de 1935, daba cuenta de su intención de formar una unidad de la SS de tamaño divisionario, que sería conocida como la *Verfugunstruppe* (Fuerza de Reserva).

La creación de la *Verfugunstruppe* marca la institución de una diferenciación oficial entre la SS militarizadas y el resto de la organización. Porque aunque el fin de la nueva fuerza quedaba un tanto obscuro —su costo, por ejemplo, se iba a cargar al presupuesto de la policía del Reich, aunque no iba a desempeñar funciones regulares de tal naturaleza—, resultaba claro que sería distinto en carácter del de otro cuerpo armado de la SS: la *Totenkopfverbände*. Continuaban encargados de la dirección y custodia de los campos de concentración, y no se les pedía que aportaran reclutas para la *Verfugunstruppe*. En vez de ello, sus nuevas unidades se formaban reuniendo los aislados batallones de la SS, descendientes de las «Escuadras de Fines Políticos» establecidas en las principales ciudades alemanas durante el comienzo de 1933, en dos regimientos *(Standarten): Deutschland*, acantonado en Munich, y *Germania*, en Hamburgo. El tercer regimiento (todos tenían tres batallones) llevaba el nombre de *Leibstandarte*, de guarnición, como antes, en Berlín. A pesar de su in-



corporación a la *Verfugunstruppe*, conservaba cierta autonomía, consecuencia de la antigua amistad de su jefe, Sepp Dietrich, con Hitler. Además, había sido ascendido a general de división el día de la purga sangrienta, por lo que tenía mayor graduación que su superior nominal, Paul Hausser.

Hausser, designado por Himmler para el mando de la *Verfugunstruppe*, hacía buen juego con su cargo. Uno de los pocos exaltos jefes militares que se había unido a la SS (volvió del Ejército en 1932 como teniente general), sustentaba firmes puntos de vista sobre la aplicabilidad de las «virtudes castrenses» a los movimientos políticos, y había sido una elección natural para dirigir el primer centro de instrucción de cadetes de la SS *(Junkerschule)* establecido por Himmler en Bad Tolz, Baviera, en 1935. Allí y en la escuela de Brunswick, que dirigió después, los futuros oficiales de la rama armada de la organización seguían un curso de mando que quizá fuera el más riguroso y completo jamás ideado. Después del toque de diana, a las seis, seguía una hora de ejercicios físicos, un desayuno a base de gachas y agua mineral (marcas ambas propiedad de la SS) y una mañana dedicada a instrucción de armas. Tres veces por semana, los cadetes recibían «educación ideológica», primero por parte de instructores nombrados especialmente y, después, cuando parecían estar formando lo que Himmler denominaba «categoría de comisario», por oficiales de la compañía. Los textos que se utilizaban con mayor frecuencia eran *Mito del Siglo Veinte,* de Rosenberg, y *Sangre y Suelo,* de Darré. La tarde se pasaba en formaciones o en el campo de deportes, ya que se valoraban mucho los triunfos atléticos. Por cierto que, a este respecto, la SS venían a parecerse mucho más a los británicos que al Ejército alemán: las victorias deportivas constituían un fuerte lazo entre oficiales y soldados. En una etapa posterior de su adistramiento, los cadetes participaban en maniobras con fuego real —notable innovación— e incluso, según se dice, se sometían a pruebas de nervios tan fantásticas como la de sostener en equilibrio una granada de mano —a la que se había quitado la aguja— sobre el casco y quedarse firmes esperando la explosión. Sea cual fuere la verdad de esta historia, el curso formaba indudablemente jefes jóvenes, endurecidos y consagrados a su idea. Si estos tenían la misma calidad absoluta que los procedentes de las escuelas de cadetes del Ejército es ya más dudoso. Himmler acentuaba tanto la selección física, racial y política que los requisitos educativos mínimos tuvieron que ser reducidos drásticamente para asegurarse un número adecuado de aspirantes. Antes de 1938, alrededor del cuarenta por ciento de los principiantes no tenían, en consecuencia, más que estudios primarios. Por añadidura, los empleos medios y superiores iban frecuentemente a parar al tipo de «antiguo luchador», formado por miembros retirados del Ejército regular que solamente poseían capacidad profesional. Posteriormente, sin embargo, los rigores de la guerra iban a llevar al frente a una generación de jóvenes coroneles y generales de la SS cuyas dotes de mando fueron quizá únicas en el Ejército alemán.

Goering y Himmler en un intercambio insincero en Nuremberg, 1937.

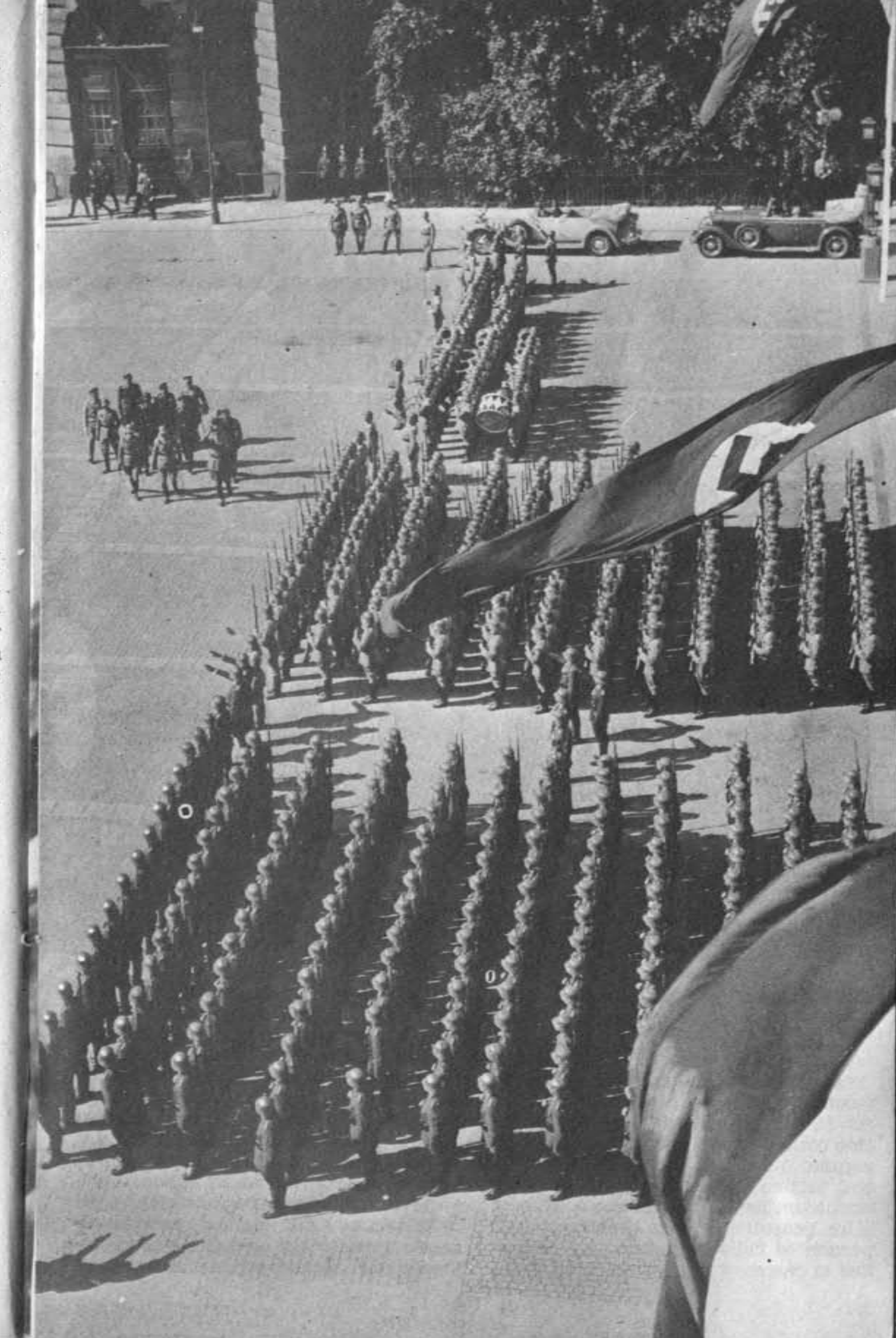
El que una fuerza todavía dependiente del Ministerio del Interior en cuanto a fondos necesitara instrucción tan intensiva para la guerra era una cuestión que ni Hitler ni Himmler tuvieron a bien contestar sinceramente antes de 1938. En privado, sin embargo, ambos declaraban que su tarea principal consistía en actuar como el fiador del régimen, como había hecho en 1934. Naturalmente, Himmler se irritaba por estas limitaciones al papel de sus unidades. Con más discreción de la que había tenido Röhm, hablaba ya de la necesidad de reemplazar el Ejército tradicionalista por una fuerza más comprometida políticamente. Pero, como él bien sabía, este programa (que jamás iba a cumplir) ni siquiera podía ser objeto de la menor alusión mientras el Ejército conservara el grado de autonomía que había sido su mitad del trato convenido respecto a la Presidencia. Hasta que se rompió su independencia, por tanto, la Fuerza de Reserva debía seguir siendo una mera policía armada, exteriormente castrense, pero sin funciones verdaderamente militares y carente de la oportunidad de realzar su eficacia bélica.

Pero, en enero de 1938, se presentó súbitamente la oportunidad de romper la independencia del Ejército. Blomberg, el ministro de la Guerra, se había vuelto a casar recientemente, y Heydrich pudo descubrir que la nueva esposa del general tenía antecedentes como prostituta. Blomberg se vio obligado a pedir el retiro, dejando vacante el puesto que confería autoridad directa sobre la Wehrmacht. Su sucesor natural era el comandante en jefe del Ejército, general von Fritsch; pero también contra él había preparado un informe el SD de Heydrich. Se halló a un informante que estaba dispuesto a acusarle de prácticas homosexuales; y, aunque luego reconoció haber confundido al general con un capitán retirado del mismo nombre, Hitler ya había colocado a Fritsch en situación de licencia ilimitada. Antes de que el Ejército actuara para asegurar la vuelta del general al servicio activo, el Führer anunció que pensaba suprimir el Ministerio de la Guerra, cuyos poderes pasarían a un Mando de Defensa conjunta (OKW), del cual asumiría la jefatura. Cada una de las fuerzas armadas quedaría a las órdenes de sus propios oficiales generales; Fritsch sería reemplazado por el general Brauchitsch, pero Hitler —ahora comandante en jefe ejecutivo a la vez que titular— podía nombrar a sus sucesores e intervenir directamente en los asuntos del servicio.

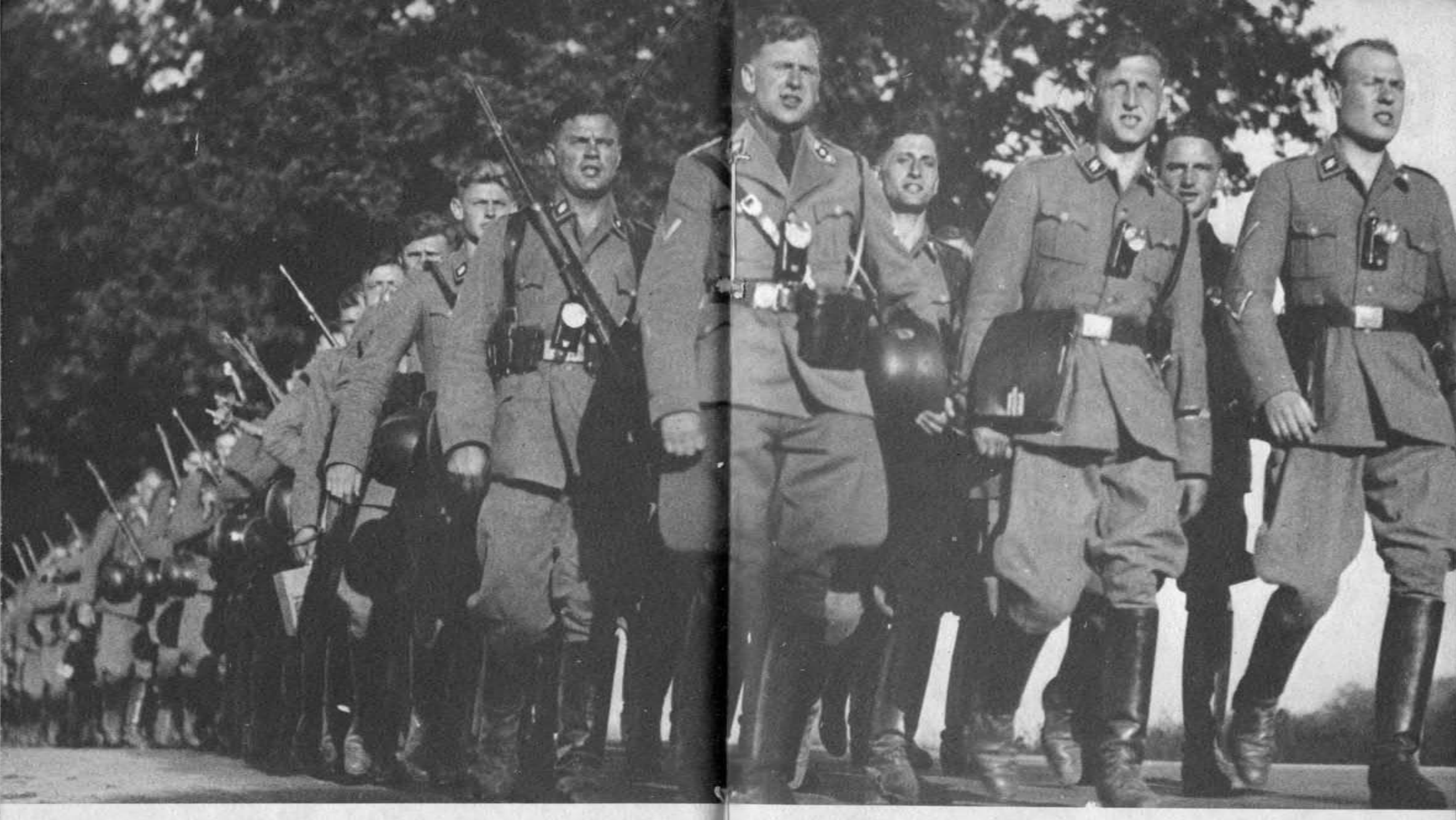
Uno de los primeros medios que eligió para hacerlo fue abordar la cuestión de la SS armada. Esta había participado por entonces en las dos operaciones militares incruentas con las que Hitler había iniciado su programa de engrandecimiento territorial: la reocupación de Renania y el *Anschluus* con Austria. En la primera de ellas, el *Leibstandarte* había sido realmente la primera unidad que entró en la zona desmilitarizada. La *Verfugunstruppe* también aumentó sus efectivos: la SS clandestina austríaca había pasado a formar, después de la anexión, un cuarto *Standarte, der Führer*, destacado en Viena y Klagenfurt. En agosto de 1938, Hitler decidió, por tanto, especificar con detalle cuáles iban a ser sus futuras funciones y qué forma tomarían sus relaciones con la Wehrmacht.

El documento —clasificado como alto secreto— en el que así lo hacía, volvía a afirmar que la SS eran una organización política que, para fines normales, no necesitaba estar armada. Sin embargo —y esto anunciaba una importante desviación política—, las *Verfugunstruppe*, *Junkerschule* y *Totenkopfverbände* iban a ser armadas, instruidas y organizadas como unidades militares «para tareas especiales de política interna o empleadas con el Ejército en tiempo de guerra». En caso de conflicto, tales unidades quedarían bajo el control táctico del jefe militar local. No obstante esto, el Reichsführer de la SS seguiría siendo responsable de su reclutamiento, administración interna y control en época de paz, así como también si la SS Armada prestaban servicio en tiempo de guerra dentro de las fronteras del Reich. La autoridad final sobre su despliegue iba a corresponder, por supuesto, a Hitler.

Dicho documento se refería también a lo que, para el Ejército, constituía el asunto más delicado de todos: ¿en qué unidades de la SS serviría el alistamiento en las mismas para cumplir la obligación de prestar servicio militar? Hitler decretó que sólo tendría validez en la *Verfugunstruppe,* cuyas condiciones de servicio eran tan rigurosas que el llamamiento del Ejército en cuanto a las disponibilidades de potencial humano apenas iban a verse afectadas. Los oficiales firmaban un compromiso de veinticinco años; los suboficiales, de doce, y los soldados, de cuatro. El alistamiento en la *Totenkopfverbände* —integrada entonces por doce batallones— no eximiría de prestar servicio militar, aunque, en guerra, los batallones serían movilizados como una fuerza especial de policía a las órdenes del Reichsführer de la SS, siendo reemplazados en los campos de concentración por reservistas de más edad pertenecientes a la rama general de la organización. Para señalar el destino de la SS Armada a deberes militares en campaña, se iba a adoptar el uniforme gris del Ejército, si bien reteniendo sus peculiares distintivos de empleo y la insignia de las runas en el cuello, así como el color negro para el traje de gala.



Parada de fuerzas del Ejército, de la SS y de la SA, 1933.



El Leibstandarte **en columna de marcha, 1936.**

Este decreto del Führer, concediendo —como lo hacía— a la SS un puesto en las fuerzas movilizadas, parece haber sido recibido por el Ejército sin objeción alguna; quizá por los derechos de control táctico y supervisión del adiestramiento en tiempo de paz que aseguraba a los generales, y, más probablemente, porque se hallaban totalmente dedicados al rearme y expansión de la Wehrmacht. Cualquiera que fuese la causa, el hecho es que, en el año que precedió al estallido de la guerra, poco se oyó de diferencias serias entre los dos. En verdad, el nuevo comandante en jefe del Ejército, general von Brauchitsch, ordenó, en junio de 1939, que se procurara desarrollar «una relación mutua de confianza y camaradería... que es requisito previo para el compañerismo en el combate», y que se debía invitar a las unidades de la SS locales a participar en períodos de instrucción, cursos, pruebas deportivas y reuniones sociales patrocinadas por el Ejército. Por entonces, como consecuencia de las operaciones de la *Verfugunstruppe* en la anexión del Territorio checo de los Sudetes, de su creciente eficacia militar y de un simulacro de combate muy realista que llevó a cabo ante el propio Hitler, había accedido a autorizar su transformación en una división completa de campaña. Todo lo que se necesitaba para terminar su cuadro organizativo era un *Standarte* de artillería, que se formó rápidamente, y algunas pequeñas unidades auxiliares. Por tanto, cuando la movilización de septiembre de 1939, la *Verfugunstruppe* representaba ya el núcleo de una fuerza militar importante, cuyo desarrollo dependería principalmente de su comportamiento en el campo de batalla.

Guerra relámpago en el Oeste

La campaña contra Polonia no constituyó una prueba cabal de la capacidad de la Wehrmacht ni de la preparación de la *Verfugunstruppe* para la guerra. Inferior en número y escaso de equipo, el Ejército polaco fue arrollado en dieciocho días de una lucha rápida y fluida en la que su patriotismo y arrojo contó poco ante los carros de combate y aviones de Hitler.

Inevitablemente, el reducido tamaño del contingente de la SS le privaba de jugar un papel prominente en las operaciones alemanas, y su contribución iba a ser tanto más pasada por alto cuanto que ni siquiera se le permitió combatir como una división. El *Standarte Deutschland*, el de artillería y el batallón acorazado de reconocimiento integraron una brigada con unidades del Ejército; el *Standarte Germania* fue agregado al Catorce Ejército en la Prusia Oriental, y el *Leibstandarte* se desplegó separadamente en Silesia. El *Standarte Der Führer*, que pertenecía al *Leibstandarte*, no participó. Ninguno de los que intervinieron tuvo una actuación destacada, y sus bajas no guardaron proporción con sus conquistas. Desde el punto de vista del Ejército, todo se

Soldados de la SS en Grecia, 1941. Los uniformes de camuflaje moteado eran peculiares de la Waffen SS.





Arriba: **Hitler pasa revista al** Leibstandarte, **abril de 1940.** Abajo: **Himmler, Sepp Dietrich y Peiper inspeccionan la misma unidad en la presentación del estandarte personal de Hitler al regimiento, septiembre de 1940.**



debió a sus poco hábiles mandos; para Himmler, se trataba de un fracaso militar en cuanto a proporcionar el adecuado apoyo de fuego.

Cualquiera que fuese el peso de los argumentos del Ejército, Himmler obtuvo permiso de Hitler, inmediatamente después de terminada la campaña, para aumentar el número de divisiones de la SS de uno a tres, a cuya formación dedicó muchos de sus esfuerzos durante los meses de la *Sitzkrieg* (guerra de sitio). Iban a ser meses difíciles porque encontró muchas restricciones en su libertad para reclutar, impuestas unas por su propio y estricto código de selección, y consecuencia la mayoría de la intervención del Ejército, que en las leyes de reclutamiento del Reich tenía un arma poderosa para frustrar sus esfuerzos. Estas leyes establecían que ningún alemán con espíritu militar podía ingresar en las fuerzas armadas hasta que el encargado del registro militar local le autorizara a ello, proceso que se regía por un sistema de adjudicación respecto a las demandas de las tres ramas: Ejército, Marina y Fuerza Aérea. La proporción de reclutas que cada una de ellas recibía, correspondía a grandes rasgos a la razón 66:9:25, sin hacer ninguna provisión especial para la SS. Si bien ésta quedaba libre, por tanto, de pedir voluntarios, no podían darles seguridades —incluso si los aspirantes cumplían los requisitos— de conseguir finalmente una plaza. Ello dependería de la buena voluntad de la Wehrmacht, que sometía a la SS a un estricto racionamiento: no más reclutas de los necesarios para nutrir los prescritos efectivos divisionarios. El anuncio de la formación de sus dos nuevas divisiones obtuvo del Ejército una aprobación de mala gana para la cesión de la necesaria cuota de voluntarios procedentes de la reserva común; pero los bisoños muchachos de dieciocho a veinte años de nada servían a un hombre con prisas, como Himmler. Precisaba inmediatamente hombres adiestrados si sus nuevas divisiones iban a participar en una campaña que, con toda certeza, no se demoraría más allá de la primavera.

La solución que se le ocurrió constituye una clara demostración de su habilidad para manejar la maquinaria administrativa, y de su disposición para llegar a un compromiso con su conciencia. Nada inclinado a rechazar la marea de adolescentes aportada por una campaña de reclutamiento a escala nacional, formó para cada división un cuadro de reemplazo que los acogería hasta que recibieran instrucción. Mientras tanto, para rellenar el esqueleto de sus nuevas divisiones, decidió la incorpración general de unidades de la *Totenkopfverbände* y de la policía civil alemana. La de las primeras, integradas por individuos que, naturalmente, no eran estrictamente soldados, resultó posible gracias a las fisuras legales del decreto del Führer de 1938. Estas le permitían llamar a hombres de más edad, al estallar la guerra, para reemplazar a las unidades permanentes de guardianes de campos de concentración. Tales fuerzas, en especial los *Totenkopfstandarten* 1, 2 y 3, pasaron a nutrir la segunda de sus nuevas divisiones (conocida en adelante como *Totenkopf*), siendo substituidas por unidades de voluntarios recién creadas. De ahí que estableciera una reserva común para sus divisiones de campaña, reserva sobre la cual la Wehrmacht no podía ejercer ningún control. La formación de la tercera división se logró merced a su decisión de suspender en su caso el principio de voluntariedad. Así fue que algunos miles de agentes de policía se encontraron uniformados de gris y enfrentados a un programa de instrucción que, para muchos de ellos, resultaba excesivo habida cuenta de su edad. Como consecuencia, esta división, Polizei, no pasó de ser durante mucho tiempo, algo parecido a una unidad de segunda fila.

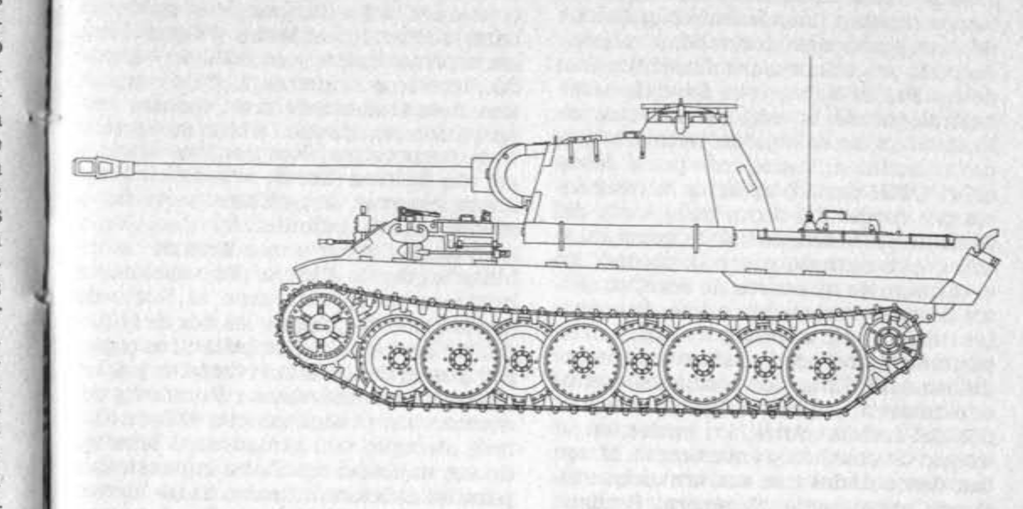
Con Polonia conquistada y Eslovaquia sojuzgada, una tercera solución al problema del potencial humano —y una que, a la larga, iba a concretarse como la más efectiva— se le ofreció a Himmler y a su jefe de reclutamiento, Gottlob Berger. Consistía ésta en alistar voluntarios de entre los *Volksdeutsche* polacos y eslovacos, miembros de comunidades de habla alemana en otros países que los nazis decidieron considerar como ciudadanos del Gran Reich, y cuya existencia justificaba, en su opinión, la expansión de las fronteras de Alemania para incluir sus tierras natales. La historia de los *Volksdeutsche* bajo el dominio nacional-socialista iba a ser tan desgraciada como la de casi

cualquier otro de los pueblos de Europa, tratados, como lo fueron, cual peones de la política racial nazi; pero, en 1940, el programa de desplazamiento y de nueva instalación que tuvieron que sufrir no había comenzado aún en serio. Bajo la tutela alemana, su futuro parecía brillante, y sus jóvenes se ofrecieron entusiásticamente como voluntarios para la SS. Fueron aceptados con no menor regocijo porque, por muy alemanes que los jefes nazis insistieran que eran, el Estado alemán todavía no los juzgaba así y, por consiguiente, no tenía miedo de reclutados para la Wehrmacht. Como resultado, la SS era libre de incorporar a sus filas tantos como pudieran encontrar, sin interferencia alguna del Ejército. Su número resultaba aún insuficiente para proporcionar contingentes adecuados, pero el principio parecía prometedor.

Himmler tuvo éxito en otra tentativa para la intervención de la empresa individual en el campo militar: negociación directa con las fábricas de armas para equipar a sus nuevas unidades. Tan pronto como sus gestiones cerca del ministro de Armamento, Fritz Todt, fueron detectadas por el Ejército (el trato iba a implicar la entrega de armas y municiones a cambio del transporte de veinte mil trabajadores polacos), éste intervino para impedirlo. Hitler tuvo que admitir que los contratos debían concluirse por vía oficial; como consecuencia, la SS volvía a depender de la generosidad de la Wehrmacht. Como ésta se veía apremiada a abastecer a sus nuevas fuerzas, la generosidad actuó un tanto a regañadientes. Aunque, en la primavera de 1940, se equipó y motorizó totalmente a la *Verfugungsdivision* con lo mejor de las armas alemanas, y el *Leibstandarte* lo fue en demasía, las *Tontenkopf* y *Polizei* tuvieron que arreglarse con material checo requisado. Para la primera, éste incluía por lo menos una dotación completa de vehículos de motor, lo que la situaba entre el puñado de divisiones totalmente móviles de las fuerzas armadas alemanas. La segunda quedó como una unidad de marcha, cuyo transporte y artillería, al igual que el del grueso de la Wehrmacht, se movía por tracción animal.

El último, pero en muchos aspectos, el acontecimiento más importante experimentado por la SS armada durante los meses de preparación entre las batallas de Polonia y Francia, fue uno de organización. Sus jefes no habían regateado esfuerzos para que la categoría y composición de sus fuerzas quedaran establecidas sobre bases más firmes, y, en marzo de 1940, lograron mucho de lo que querían. Hitler accedió entonces a que el servicio en la *Totenkopfverbände* contara a efectos de prestación de los deberes militares, lo que permitiría un importante aumento en la reserva de refuerzos de Himmler para las divisiones operativas. Anunció también el Führer que estas dos ramas de la SS armada, junto con las escuelas de cadetes, la reserva divisionaria, las unidades de instrucción y las secciones administrativas directamente afectadas llevaría colectivamente el título de Waffen SS. Fue, naturalmente, bajo este nombre como la SS armada iba a ser conocida, y temida durante la Segunda Guerra Mundial.

La campaña en la que por primera vez dejarían su marca estaba próxima. Tras repetidos aplazamientos, causados por el temor de los generales alemanes a enredarse en una guerra de desgaste y, posteriormente, por su fracaso en la presentación de un plan de operaciones convincentes, el ataque contra Francia y los Países Bajos se hallaba, en abril de 1940, en sus etapas finales de preparación. Se trataría de una profunda penetración de blindados por el frente aliado —en el punto en que la línea Maginot se extinguía al Sur del bosque de las Ardenas—, conectada con una ofensiva de diversión hacia Holanda y Bélgica. El objetivo era alcanzar el mar a mitad de camino entre Calais y El Havre, cortando así en dos a los ejércitos aliados, para destruir después cada uno por separado. Al Grupo de Ejército A, llamado a realizar la acometida central, se le había destinado, por tanto el grueso de las diez divisiones acorazadas de Alemania. El papel del Grupo de Ejército B en Holanda y Bélgica era, sin embargo, crítico, porque de su capacidad para atraer hacia el Norte a lo más escogido de las fuerzas móviles francesas y británicas dependería el éxito de la penetración del grupo blindado por el centro. Por ello se le habían asignado tres divisiones acorazadas y cierto número del puñado de unidades motorizadas alemanas, incluidos los *Leibstandarte* y *Der Führer* de la *Verfugunsdivision*. Los otros dos *Standarten* quedarían en la reserva del Grupo de Ejército. La *Totenkopf* figuraba en la reserva del Alto Mando del Ejército (OKH), en el Rhin; y la *Polizei* había sido destinada, para funciones de guarnición, al Grupo de Ejército C, que se iba a pasar la mayor parte de la campaña mirando malignamente a la línea Maginot.



PzKpfw (Panther)

Concebido como antídoto del T34 ruso, el Panther montaba un cañón de 75 mm. de tubo largo, y tenía una elevada velocidad a campo a través. Peso: **50 tons.** Autonomía: **100 kilómetros.** Dotación: **5 hombres.**

Los *Leibstandarte* y *Der Führer*, por otra parte, conquistaron los laureles a la salva inicial. Al primero le había sido confiado un papel principal en el plan para asegurarse los vados mediante un golpe de mano al reducto central holandés, formado por las líneas de los canales y ríos en torno a las cinco ciudades principales de Amsterdam, Rotterdam, Utrech, Leyden y La Haya. Los puentes iban a ser conquistados por paracaidistas e infantería motorizadas desplegadas, antes de la hora H, inmediatamente enfrente de los puestos fronterizos holandeses. En el curso de la acción, tras un avance relámpago hasta el río Ijssel, el *Leibstandarte* no consiguió impedir que una fuerza de cobertura excepcionalmente alerta volara los esenciales arcos del puente. Sin embargo, pudo encontrar otro punto de cruce en Zutphen, y hacer otros setenta kilómetros antes de que cayera la noche del 10 de mayo. La distancia total cubierta por el regimiento en este primer día de campaña fue de 215 kilómetros, uno de los avances más notablemente disputados de la guerra y una aterradora advertencia de lo que una unidad completamente motorizada podía hacer contra un enemigo puramente estático.

Der Führer, vanguardia de la *Verfugunsdivision*, también se aseguró unos cuantos vados sobre el Ijssel el 10 de mayo y, en los días siguientes, se reunió con su unidad matriz y participó duramente en la batalla para la conquista del reducto nacional holandés. La mitad de la división se halló empeñada en un combate con el ala izquierda del Primer Ejército francés, que había avanzado por el Sur de Holanda; la otra mitad,

con el *Leibstandarte*, continuó su progresión hacia Rotterdam. Los franceses fueron rápida y limpiamente expulsados de sus posiciones destacadas, y poco después se retiraron permanentemente de los Países Bajos; pero los defensores holandeses de la barrera acuática de Rotterdam no se dejaron intimidar con tanta facilidad. Impaciente por el retraso, el OKH decidió aplastar la resistencia por medio del terror y, la tarde del 14 de mayo, desencadenó un bombardeo aéreo concentrado sobre la ciudad. En el término de un cuarto de hora, su centro había sido reducido a unas humeantes ruinas, y las tropas que defendían su perímetro ofrecieron rendirse casi inmediatamente. Entre los alemanes que se adelantaron a recibirla figuraban soldados del *Leibstandarte*, los cuales, en su exceso de emoción y entusiasmo, fueron tan descuidados con sus armas que hirieron gravemente al general Student, jefe de las fuerzas aerotransportadas alemanas.

Las unidades de la Waffen SS que habían combatido en Holanda recibieron entonces órdenes para trasladarse al Sur, hacia Francia, donde la penetración alemana desde las Ardenas amenazaba ya, como estaba planeado, cortar en dos a las fuerzas aliadas. La *Totenkopf*, hasta entonces en la reserva del OKH, se hallaba en marcha. El 19 de mayo, dicha división llegó a Cambrai para unir sus efectivos con los de la 7.ª División Acorazada. Esta, al mando de Rommel, había realizado asombrosos progresos desde que cruzó el Mosa una semana antes; pero, como todas las divisiones blindadas de la vanguardia, necesitaba ahora con urgencia apoyo de infantería para limpiar focos de resistencia y ocupar el terreno, tareas para las que, constitucionalmente, no resultaba apropiada. Durante los dos días siguientes, la *Totenkopf* se desangró en una serie de operaciones de limpieza, y el 21 de mayo, un día después de que los blindados de cabeza hubieran llegado al canal de la Mancha cerca de Abbeville, formó en columna de marcha con la 7.ª Acorazada para avanzar sobre Arras.

Justo al Sur de dicha ciudad, la tarde del 21 de mayo, Rommel y Eicke, el jefe de campo de concentración que mandaba la *Totenkopf*, recibieron una dura lección sobre los peligros del exceso de confianza. Durante algunos días, al Alto Mando aliado le había parecido evidente que los largos flancos de la punta de lanza alemana resultaban vulnerables a los contraataques, y se estaban haciendo frenéticos esfuerzos a fin de reunir una fuerza adecuada para montar una operación semejante. Debido a su primitivo compromiso de seguir una estrategia de defensa lineal, era difícil traer ahora reservas disponibles, pero, finalmente, dos batallones del Real Regimiento de Carros y una brigada de infantería de la Fuerza Expedicionaria británica se concentraron al Norte de Arras. Poco después de las dos de la tarde, los primeros carros británicos cogieron por el flanco a la infantería y a los regimientos blindados de Rommel y comenzaron a castigarles con enorme dureza. Aunque mal armados, el blindaje de sus unidades resultaba impenetrable para los cañones anticarro de las fuerzas acorazadas y de infantería alemanas; sólo cuando los artilleros antiaéreos de la 7.ª División Panzer, utilizando por primera vez en este papel sus piezas de 88 mm., organizaron una línea de contención en campo abierto, al Sur de Arras, se logró detener la acometida británica. La *Totenkopf* intervino sólo tangencialmente en esta acción, pero participó en cierta manera de la conmoción que atribuló a Rommel, el cual informó que había sido atacado por cinco divisiones acorazadas británicas. Detenidas en su ruta, las dos divisiones fueron poco después desviadas sobre un eje más septentrional, al haber decidido el OKH y Hitler que la amenaza a los flancos del saliente blindado debía ser conjurada mediante un ataque directo a las líneas británicas al Sur de Dunkerque.

Tanto la *Totenkopf* como la *Verfugunsdivision*, al igual que el *Leibstandarte*, iban a encargarse de esta operación, que, mirada desde cualquier ángulo, las haría enfrentarse con una tarea de auténtica prueba. Porque aunque Dunkerque se considera como un «milagro», un vistazo al mapa demuestra rápidamente cuán idealmente adecuado para la defensa era el perímetro exterior que los británicos habían escogido para sostenerse. En el sector que iban a atacar las dos divisiones de la SS, dos barreras acuáticas —el canal La Bassée y la parte alta del río Lys— interponían serios obstáculos, y ninguna de las dos lograron salvar las divisiones sin sufrir importantes pérdidas. El *Standarte Deutschland*, mandado por Felix Steiner, atacando solo y sin apoyo a través del Lys, rechazó un decidido contraataque británico de blindados desde la cabeza de puente avanzada que ocupaba, y perdió casi una compañía entera en la acción. Se salvó de mayor daño gracias a la inesperada llegada de una unidad anticarro de la *Totenkopf*, que, como división, no había conseguido mantener el ritmo que marcaba la *Verfugunsdivision*.

Ello se debió principalmente al celo con que la infantería de la 2.ª División británica había cumplido sus órdenes de mantenerse hasta el fin en torno a Béthune. Uno de los batallones encargado de la defensa, el 2.º del Real de Norfolk, combatió todo el día en un grupo de edificios rurales y de labor alrededor de un lugar llamado Le Paradis, pero al verse reducido a última hora de la tarde a menos de una compañía y quedarse prácticamente sin municiones, decidió rendirse. Su bandera blanca fue reconocida por el 2.º Regimiento de la *Totenkopf*, y los supervivientes, 98 en total —incluidos muchos heridos—, tuvieron que ponerse en marcha. Pocos minutos después eran alineados en un prado cercano a una granja inmediata y, a la orden de un jefe de compañía, Fritz Knochlein, fueron ametrallados. Algún que otro superviviente a la ráfaga fue rematado a bayonetazos o a tiros de pistola.

Sin embargo, dos de ellos habían sido pasados por alto, y aquella noche, en medio de una tormenta de agua, se alejaron a rastras para descansar. Tras ser atendidos por paisanos franceses, fueron descubiertos finalmente por una unidad del Ejército, llevados a un hospital e internados. Al ser repatriados, ninguno de ellos dos pudo convencer al principio a las autoridades militares británicas de que ellos eran realmente los supervivientes de una matanza, y hasta 1948 no compareció ante la justicia el autor del crimen. Su proceder había causado considerable malestar en la división en aquellos días, y originado una encuesta oficial, pero el asunto se tapó y olvidó después, principalmente por la negativa de la SS a admitir la competencia de la Wehrmacht para investigarlo. No obstante, el fiscal militar británico reunió suficientes pruebas documentales y testificales para basar su acusación contra Knochlein, el cual fue ahorcado en Hamburgo, en octubre de 1948. En los años de la guerra, había sido condecorado con la Cruz de Hierro y la Cruz de Caballero, y ascendido a teniente coronel.

La matanza de Le Paradis constituyó un inquietante presagio de la clase de trato que los prisioneros sin protección podían esperar de manos de la Waffen SS, pero no de cada uno de sus hombres, sino de las del tipo no común que Knochlein representaba. Porque él pertenecía a esa clase poco privilegiada de jóvenes alemanes cuyas vidas había rehecho la organización. Obligado a abandonar el instituto cuando su padre perdió el empleo, había trabajado como chico de recados, agente de seguros y empleado administrativo hasta que, en 1934, fue aceptado en una de las primeras unidades *Verfugung*. Elegido entonces para la escuela de cadetes de Brunswick, volvió después como jefe de pelotón al *Standarte Deutschland*. En 1940, había sido trasladado como jefe de compañía al destacamento base del regimiento, situado en el centro del complejo del campo de concentración de Dachau. Dado el número de individuos que compartieron este esquema de instrucción, quizá se considere sorprendente que Le Paradis sea un incidente aislado. Sin embargo, la campaña fue corta, y el respeto por las leyes de guerra aún era fuerte del lado alemán. En las más brutales y menos estrechamente vigiladas condiciones de la lucha en Rusia, los Knochlein iban a actuar por su propia cuenta.

La Waffen SS tuvo sólo una pequeña participación en el asalto final para reducir el perímetro de Dunkerque, porque, principalmente, Hitler estaba entonces deseoso de conservar sus unidades móviles para la segunda fase de la Batalla de Francia, la cual no estaba él convencido de que transcurriera tan fácilmente como la primera. En tal apreciación, el Führer no tenía, por supuesto, razón: la pugna se convirtió rápidamente, una vez rota la línea del Somme, en una temeraria persecución de las destrozadas y desatirculadas fuerzas francesas que quedaban. En dicha per-



secucion, todos los contingentes de la SS Armada se lanzaron al avance; el *Leibstandarte* penetró mucho más al Sur que ninguna otra unidad alemana antes del anuncio del armisticio. Incluso la *Polizei*, pariente pobre de la rama armada de la organización, logró participar en la batalla en esa fase, si bien en un punto en que las dificultades del terreno en la Argonne, y la alta calidad de los defensores franceses —que pertenecían a la guarnición de la línea Maginot—, le negaron cualquier posibilidad de destacar.

Ningún brillo glorioso arrojaron, sin embargo, sobre la Waffen SS como conjunto los informes del Ejército desde el frente, los cuales se abstenían escrupulosamente de referirse a su existencia. Nó obstante, dichas fuerzas se encontraron generalmente donde la lucha era más intensa, e hicieron tanto como su limitado tamaño les permitió en cuanto al logro de la victoria alemana. Naturalmente, sus hazañas se debieron en parte al hecho de que todas sus unidades, aparte de la *Polizei*, tenían, en su calidad de móviles, que seguir la estela de

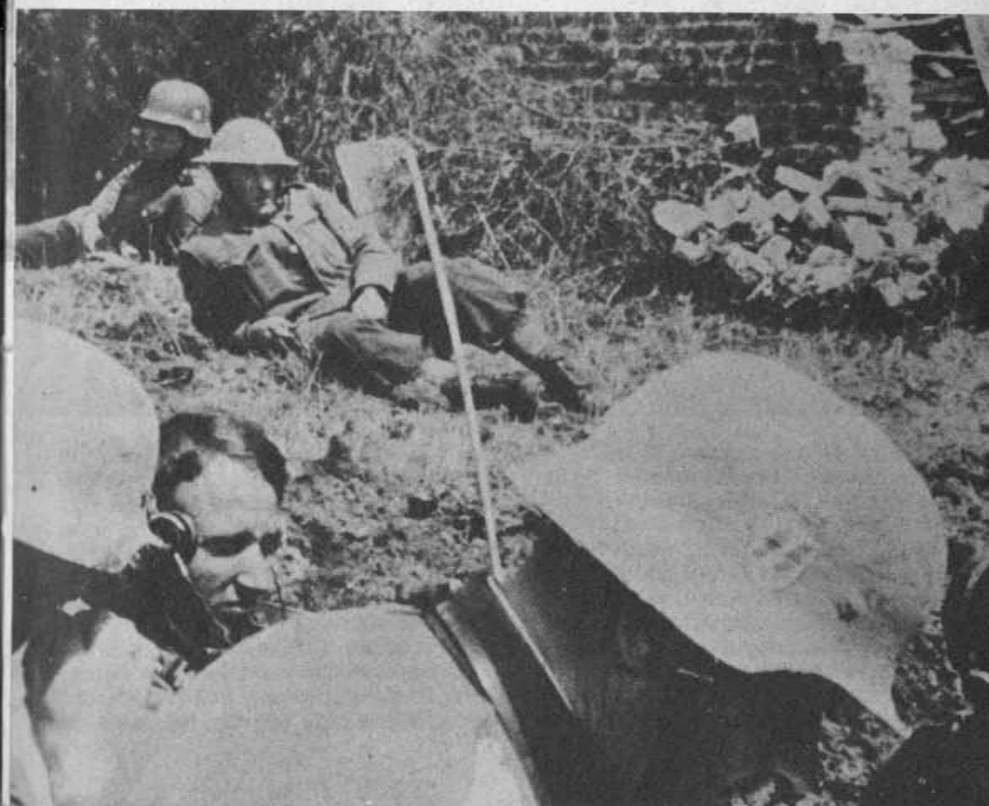
Francia, 1940. Arriba: **Soldados de una unidad de morteros del** Standarte Germania. Abajo: **Grupo de plana mayor de una compañía de la SS, con un prisionero británico.**

los carros; y en parte también a las sobresalientes condiciones físicas de sus soldados y a su notable espíritu castrense. El propio Hitler se complació en reconocer su aportación y concedió liberalmente condecoraciones a los jefes de la Waffen SS; más satisfactorio aún desde el punto de vista de Himmler, en agosto autorizó la formación de una nueva división, cuarta de las creadas desde septiembre de 1939.

Sin embargo, al igual que en la primavera, la autorización por sí sola no bastaba para materializar esas tropas. Los jóvenes reclutas a quienes el OKH permitía presentarse como voluntarios para la SS Armada se necesitaban como reserva de las divisiones en campaña; y el personal de los *Totenkopfstandarten* había sido destinado por Himmler a otros fines: formar nuevas y no autorizadas unidades de combate y proporcionarle una policía armada para sus designios particulares. Si no estaba dispuesto a utilizar aquella reserva humana, tendría que encontrar voluntarios en alguna otra fuente. En este aspecto la ideología sugirió una solución. La SS en general, y Himmler en particular, servían más estrechamente que la mayoría de los nazis al ideal «nórdico» —el de la super-raza rubia—, y, merced a las conquistas de Dinamarca, Noruega, Holanda y Bélgica por la Wehrmacht, una gran parte de su tierra natal se hallaba bajo el dominio alemán. También se hallaba, como las zonas de asentamiento de los *Volksdeutsche* de Polonia y Checoslovaquia, al alcance de los centros de reclutamiento de la SS, y continuaba fuera de la jurisdicción de las leyes del Reich en este terreno. Por tanto, en teoría, en muchos miles de jóvenes racialmente aceptables se convertían en posibles reclutas, si se les podía persuadir a que se presentaran voluntarios.

Como los alemanes habían descubierto rápidamente, existía en realidad una disposición muy extendida a hacerlo en las tierras conquistadas, donde partidos de estilo nazi —en Noruega, el *Nasjonal Samling* de Quisling; en Holanda, el *Nacional - Socialistiche* de Mussert; en Bélgica, los rexistas de Degrelle— habían conseguido numerosos afiliados antes de la guerra. Entre sus secciones juveniles, los agentes de Gottlob Berger ya habían encontrado voluntarios suficientes para la recluta de dos regimientos: *Nordland*, integrado por daneses y noruegos, y *Westland*, compuesto de holandeses y belgas de habla flamenca. Para diciembre, y bajo la dirección de oficiales y suboficiales alemanes, habían alcanzado un grado de instrucción bastante elevado para integrar la nueva división, para la cual Himmler escogió el romántico título de *Wiking*. Su tercer regimiento se consiguió con el traslado del *Standarte Germania* desde la *Verfugunsdivision*. Felix Steiner, ex coronel de la *Deutschland* y condecorado en Francia con la Cruz de Caballero, fue designado para el mando de la división con el empleo de general.

Himmler emprendió al mismo tiempo





Servidores de una MG-34 del Standarte Deutschland **montada al amparo de un dique en Holanda, mayo de 1940.**

una reorganización de sus unidades de la Waffen SS en conjunto, encaminada como siempre a aumentar el número disponible para prestar servicio en campaña. La *Verfugunsdivision* recibió otro de los *Totenkopfstandarten* a cambio del *Germania*, y fue rebautizada como *Das Reich*. Otros dos regimientos de la *Totenkopf* formaron una brigada conocida como *Kampfgruppe Nord* (que más tarde se convertiría en división), y un tercero, con el nuevo nombre de Regimiento de Infantería número 9 de la SS, quedó bajo el control del Ejército y destinado al Norte de Noruega en régimen de guarnición. Con esto, aún quedaban a disposición de Himmler otros cinco *Totenkopfstardanten* y dos regimientos de caballería de la SS, con los cuales formó dos brigadas. Estas, si bien pertrechadas para el combate, permanecían bajo su dirección personal.

Por tanto, en la primavera de 1941, los efectivos de la Waffen SS se componían de cuatro divisiones (*Das Reich, Totenkopf, Polizei* y *Wiking*), dos brigadas (*Leibstandarte Adolf Hitler* y *Nord*) y un regimiento de infantería, si bien estos contingentes sólo se habían logrado mediante apresuradas medidas. El anhelo de Himmler por ampliar su fuerza de operaciones es comprensible a la luz de su conocimiento de los planes de Hitler para la invasión de Rusia. La orden preliminar para Barbarroja (Directriz del Führer número 21) había sido publicada en diciembre de 1940, y, desde el principio, Himmler había visto que la próxima campaña ofrecía a sus soldados —de cuya pureza ideológica hablaba aún más, en sus conversaciones con el Canciller, que de su eficacia militar— la oportunidad de probar su peculiar utili-



Soldado de la SS con una ametralladora ligera, en Holanda, 1940.

dad en una lucha entre sistemas políticos opuestos y entre razas superiores e inferiores. Gran parte de sus argumentos, al pedir a Hitler una mayor participación en el potencial humano de la juventud alemana, se referían a que la Waffen SS y sus jefes, a diferencia de la Wehrmacht y sus generales, estaban psicológicamente preparados para una guerra en la que no se daría cuartel.

En la primavera de 1941, por consiguiente, la SS motorizadas fueron trasladadas hacia el Este, junto con el grueso del Ejército alemán, a fin de tomar posiciones en las fronteras de Rusia. Sin embargo, antes de que pudieran ocuparlas, un brote de actividad antinazi en los Balcanes, junto con una serie de reveses infligidos por las fuerzas griegas a los italianos, que las habían atacado insensatamente, impuso un traslado de tropas hacia el Sur, y el consiguiente aplazamiento del proyectado comienzo de la Barbarroja. La campaña que sobrevino exigió poco de la habilidad de la Waffen SS, y causó reducidas bajas, pero proporcionó valiosa experiencia de la realidad de la lucha a las unidades más bisoñas. Para el Canciller, aunque la confrontación sólo había durado tres semanas, supuso un grave y quizá decisivo retraso de la fecha de ataque que había fijado para la operación. Señalada originalmente para el 15 de mayo, la Barbarroja no se iba a desencadenar hasta el 22 de junio de 1941.

Cruzada en el Este



La miseria de la victoria. Soldados de la SS en Rusia, 1941.

Se ha puesto de moda dudar de si la decisión de Hitler de atacar a Rusia era resultado de un plan trazado tiempo atrás, ya que algunos historiadores arguyen que las alusiones del Führer al *Lebensraum* (espacio vital) y al destino de Alemania de dominar a las razas inferiores de las tierras eslavas tenían un propósito puramente emotivo. Según su punto de vista, la decisión de Hitler estaba dictada por cálculos a corto plazo, y el hecho de que hubiera hablado —frecuentemente y durante muchos años— de la «próxima lucha con el bolchevismo» no significaba otra cosa que su bien conocido gusto por la retórica escalofriante.

Bien pudo ser así. Pero cualesquiera que fuesen las reservas internas que Hitler hiciese, el efecto de sus discursos y de sus escritos sobre su cautivo auditorio de alemanes —muchos de los cuales deseaban indudablemente oír exactamente esa clase de mensaje— tenía que ser inflamatorio. Y no sólo fue el hombre medio sobre el que Hitler ejerció su hechizo antibolchevique. Muchas de las grandes figuras del movimiento estaban entregadas a la idea del *Lebensraum;* algunos, como Rosenberg, habían edificado sus carreras sobre ella; otros, como Himmler, no pedían nada mejor que la oportunidad de poner la idea en acción.

El antibolchevismo y la doctrina de la superioridad racial habían sido, desde el principio, parte integrante del adistramiento de todos los hombres de la SS; y los seleccionados para las academias de cadetes recibieron dosis particularmente elevadas. Ninguno predicaba el mensaje mejor que el propio Himmler. El sabor de sus pensamientos sobre el tema se comunica perfectamente en un discurso que dirigió a los refuerzos para la *Kampfgruppe Nord,* en el primer mes de la campaña de Rusia.

«A vosotros, hombres de la SS, no necesito deciros mucho. Durante años —por más de una década— nosotros, los viejos nacional - socialistas, hemos luchado en Alemania contra el bolchevismo, contra el comunismo. Hoy podemos asegurar una cosa: lo que predijimos en nuestra batalla política no era exagerado ni en una frase, ni en una sola palabra. Por el contrario, resultaba demasiado suave y débil porque, en aquel tiempo, aún no teníamos la penetración que ahora poseemos. Es una gran bendición celestial que, por primera vez en un milenio, el destino nos haya dado este Führer. Es un golpe de suerte que el Führer, a su vez, decidiera, en el momento justo, trastornar los planes de Rusia, impidiendo así un ataque ruso. Esta es una batalla ideológica y una lucha de razas. En esta lucha se alza el nacional socialismo: una ideología basada en el valor de nuestra sangre germánica y nórdica. Y hay un mundo como nosotros lo hemos concebido: hermoso, decente, socialmente equitativo, que quizá en unos pocos casos soporta aún el peso de las limitaciones, pero que, en conjunto, es un mundo feliz y bello, pleno de cultura; así es nuestra Alemania. Al otro lado existe una población de 180 millones de seres, una mezcla de razas cuyos verdaderos nombres son impronunciables y cuyo físico es tal que uno puede abatirlos sin sentir piedad o compasión. Veréis por vosotros mismos esos animales que torturan y maltratan a cada prisionero de nuestro lado, a cada herido con el que se encuentran, y que no se comportan con ellos del modo que lo harían los verdaderos soldados. Estos seres han sido fundidos por los judíos en una religión, una ideología que se llama bolchevismo, con una tarea: ahora tenemos Rusia, la mitad de Asia, una parte de Europa; ahora someteremos a Alemania y al mundo entero.

«Cuando vosotros, soldados, lucháis en el frente del Este, continuáis la misma lucha, contra la misma infrahumanidad, contra las mismas razas inferiores, que una vez surgió bajo el nombre de hunos; otra vez —hace mil años, en el tiempo del rey Enrique y de Otón I— con el de magiares; una tercera, con el de tártaros; y, todavía otra más, con el de Gengis Khan y los mongoles. Hoy se presentan como rusos bajo las banderas políticas del bolchevismo.»

Obvio es decir que las opiniones históricas de Himmler eran tan extravagantes como las que sustentaba respecto a la dieta, la medicina o la biología. Pero aunque los juicios sobre el valor nutritivo de la harina de avena cruda, si bien excéntricos, pueden hacer poco daño in-

cluso a los que observan, la tergiversación histórica, si se airea con suficiente insistencia y energía por hombres representativos, puede ser fatal. Y existen pocas dudas de que muchas víctimas de la guerra de Rusia —no de las operaciones de exterminio, sino de la lucha y su secuela— debieron su muerte al adoctrinamiento que sus enemigos —entre los que la Waffen SS iban pronto a destacar— habían recibido antes y siguieron recibiendo a lo largo de la guerra. Porque Himmler y sus agentes tuvieron gran éxito al convencer a muchos combatientes, quizá a la mayoría de los de la SS Armada, de que sus adversarios eran realmente infrahumanos, que el asesinato de cualquier número de ellos suponía muy poco, y que, dado que sus jefes deseaban nada menos que la extinción de Alemania y de su pueblo, la lucha debía ser de aniquilación.

En las vastas zonas de retaguardia del frente oriental, que tan rápidamente cayeron ante el empuje alemán y, con igual celeridad, fueron transferidas á la autoridad de Himmler (como jefe de la policía alemana), la tarea de aniquilamiento —principalmente de judíos pero, también, de algunos elementos considerados hostiles a Alemania— se emprendió rápida y metódicamente, y sin piedad. En el frente, por otra parte, la conducta de los combatientes, al estar, en cualquier caso, sus energías empeñadas al máximo en el cumplimiento de sus deberes militares de cada día, quedaba, comparativamente, al margen de la comisión de atrocidades, o así se ha dicho siempre después. (Muchos miles de prisioneros ejecutados gritarían desde sus tumbas que no siempre fue ese el caso). Pero, entre el frente y la zona «asegurada» en las fronteras del Reich, se extendía una enorme faja de territorio, en parte bajo jurisdicción militar directa, en parte bajo la de los comisarios alemanes, en la que Himmler iba a proseguir una sostenida campaña contra los partisanos que inmediatamente cobraron vida allí. En el proceso iban a morir muchos miles de inocentes, bien mediante represalias o como «sospechosos» aprehendidos en batidas por todo el campo: quince mil «guerrilleros», por ejemplo, eliminados en una acción en torno al lago Pelik, en agosto de 1943, solamente arrojaron 1.100 fusiles como botín. Dicho grupo cayó ante las armas de los criminales alistados en la brigada de Dirlewanger, una banda de la que se evadiría hasta el menos remilgado. Sin embargo, muchas víctimas lo fueron a sangre fría por los hombres de las unidades de primera línea destacados temporalmente para combatir a los partisanos, o dedicados a tareas de exterminio mientras descansaban.

La ferocidad con que por lo menos algunos de la SS estaban dispuestos a actuar en las zonas de retaguardia del frente ruso había sido señalada desde el principio por su implacable comportamiento en el combate. A este respecto, aunque la reputación de las divisiones de Himmler ya era, por supuesto, alta antes del 22 de junio de 1941, su fama no aparecía entonces muy extendida; a finales del año, ningún soldado del Ejército alemán podía dejar de saberlo.

La Waffen SS debían esta súbita publicidad a varios factores: al hecho de que casi todas sus divisiones eran motorizadas y, por tanto, luchaban siempre con las unidades de cabeza; a sus notables cualidades combativas, y a la distribución de sus fuerzas entre los tres grupos de ejércitos de Hitler, lo que suponía una contribución a las operaciones a través de todo el frente.

El plan de Hitler para la invasión prevenía un avance en tres direcciones divergentes: hacia Leningrado en el Norte, por el Grupo de Ejército C; hacia Moscú en el centro, por el B, y hacia Kiev y Ucrania en el Sur, por el A. Estos eran los objetos territoriales. Pero también exigía —y esperaba— la destrucción del Ejército Rojo en el camino. La Wehrmacht no sólo tenía, por tanto, que ganar terreno, sino también rodear y destruir a las fuerzas que obstruían su trayectoria. La táctica de la invasión implicaba la concentración de las divisiones motorizadas y blindadas en grupos compactos que avanzarían a la mayor velocidad posible, dejando atrás centros de resistencia y tropas enemigas no participantes en la acción que serían dominados por las columnas de infantería, de más lento desplazamiento.

Dado que los alemanes solamente desplegaron diecinueve divisiones panzer y doce motorizadas, las cinco de la Waffen SS iban a desempeñar un papel fuera de toda proporción respecto a su



Arriba: **Artilleros antiaéreos de la SS escudriñan el cielo soviético: 1941.** Abajo izquierda: **Artilleros de piezas anticarro de la SS traban combate con carros rusos junto a un bosque, agosto de 1941.** Abajo derecha: **En la ruta de Napoleón a Moscú, agosto de 1941.**





número. La *Leibstandarte* y la *Wiking* quedaron incorporadas al Grupo de Ejército A; la *Das Reich*, al B; las *Totenkopf* y *Polizei*, al C. Estas últimas jugarían, comparativamente, la parte menos destacada en las batallas del verano y del otoño, empezando como fuerzas de reserva y pasando varios meses, en las fases posteriores, rodeadas en la bolsa de Demiansk, cerca de Leningrado. La *Das Reich*, comprometida en el centro, donde se iba a realizar el asalto decisivo con el grueso de los blindados (diez de las diecinueve divisiones), alcanzó, por otra parte, una notable marca de éxitos. En agosto, participó en la gran batalla de embolsamiento de Smolensko; luego en la de Kiev, en el frente Sur, y por último fue trasladada al frente de Moscú para la batalla de invierno ante la ciudad, habiendo figurado en el grupo acorazado de Guderian durante todas las operaciones. La *Leibstandarte* y la *Wiking* se desplegaron desde el comienzo sobre el eje de Kiev. La primera integraba la punta de lanza que alcanzó la costa del mar Negro en agosto, y, para noviembre, había llegado hasta Rostov, en el Don.

Por dramáticos que fueran los acontecimientos de estos cinco meses de lucha, el resultado no aportó los frutos que Hitler había esperado. Hasta qué punto ello se debió a su propia indecisión y a errores de cálculo es algo que sigue siendo materia de controversia; pero, dado que era él quien ejercía la mayor influencia sobre la estrategia alemana, se le debe adjudicar la responsabilidad en gran medida. La zona principal de la polémica se refiere a su decisión de distraer el grueso de las fuerzas acorazadas del grupo de ejército central al del sur (decisión que suponía el traslado de la *Das Reich* a la batalla de Kiev), en agosto, y su posterior y tardía apreciación de la importancia de Moscú, lo que condujo a volver a enviar los blindados al centro. Los generales, en particular el carrista Guderian, discutieron con él en vano que una amenaza a Moscú, el centro de comunicaciones de Rusia occidental, forzaría a los rusos a reñir allí una batalla decisiva, en la que una victoria alemana, de la cual estaba seguro, les daría la posesión de toda la Rusia Blanca y de Ucrania. Hitler declaró, sin embargo, que no se hallaba convencido de que se pudiera garantizar que una batalla por Moscú rindiera tales resultados, y ordenó que los territorios que ambicionaba se conquistaran por asalto directo. Para cuando sus ejércitos estuvieron en camino de hacerlo, y las fuerzas acorazadas en sus nuevos despliegues, la temporada bélica se acercaba a su fin. La Batalla de Moscú, en cuyos suburbios penetraron patrullas del Grupo de Ejército B el 4 de diciembre, iba por tanto a reñirse en la nieve.

Pero, por otra parte, no en los términos de la Wehrmacht. Con líneas de abastecimiento excesivamente largas y sin equipos adecuados para la guerra de invierno, la divisiones blindadas y de infantería alemanas irrumpieron en las defensas fijas de Moscú mientras la contra oleada de una ofensiva rusa, montada por endurecidas divisiones siberianas del Ejército de Extremo Oriente, se deslizaba y rompía contra sus flancos. Y no sólo en el frente de Moscú demostraron los rusos que, a pesar de sus pérdidas de millones de hombres, todavía conservaban la capacidad de atacar. A finales de noviembre reconquistaron Rostov (en una acción que diezmó a la *Leibstandarte*) y parecieron dispuestos a recuperar, en gran escala, el terreno perdido en Ucrania. Estos amplios reveses provocaron el pánico en el alto mando del Ejército alemán. Aparentemente enfrentados por masas de autómatas que surgían armados hasta los dientes de la helada estepa, los generales de Hitler pedían unánimemente la retirada; retirada a una línea más corta y, sobre todo, retirada a una zona en la que todavía hubiera casas en pie en las que sus ateridos soldados pudieran pasar el invierno.

Hitler, cuyo conocimiento de la historia era deshilvanado pero, en algunos puntos, certero, no quiso saber nada de ello. La retirada, insistía con razón, completaría a no dudar la destrucción de la Wehrmacht; ésta debía mantener sus posiciones. Las unidades que fueran desbordadas serían suprimidas; las brechas se podían taponar con elementos de las reservas, y en la campaña invernal que este decreto del Führer originó, muchos contingentes se perdieron sin dejar rastro. Pero la mayoría aguantó, y nadie con mayor tenacidad que la Waffen SS. Al llegar la primavera, su supe-



Arriba: **Voluntarios letones de la Waffen SS son condecorados con la Cruz de Hierro de 2.ª clase.** Abajo: **Una patrulla de reconocimiento de la SS se reagrupa tras el cruce de un río.**



rioridad se afianzó firmemente en el pensamiento de Hitler, al igual que las vagas nociones de un nuevo plan para su empleo.

«Reforzar el éxito» es un buen principio, tanto organizativo como táctico, y el plan que Hitler acariciaba para las divisiones de Himmler equivalía justamente a eso. Decidió por ello retirarlas cuándo y cómo fuese posible, trasladarlas a un teatro de operaciones más tranquilo y equiparlas como fuerzas de «granaderos blindados». Era éste un nuevo concepto militar alemán o, más bien, la ampliación de otro ya bien contrastado. Se reconocía desde tiempo atrás que la infantería móvil constituía un complemento esencial de las divisiones acorazadas; pero también se había hecho más y más evidente que las columnas en camiones carecían del golpe contundente y de la capacidad «todo terreno» para mantenerse suficientemente cerca de los carros de combate. Se tomó, por consiguiente, la decisión de equipar a todas las divisiones motorizadas con transportes de personal —orugas y semiorugas— y proveerlas, siempre que fuera posible, de un batallón de carros o de caza carros. El aumento de potencia consiguiente, tanto en el ataque como en la defensa, resultó notable; Hitler estaba seguro de que el efecto se haría aún más acusado cuando se pusiera equipo de esta clase en manos de sus fuerzas de *élite*.

Por tanto, durante el verano y el otoño de 1942, las *Leibstandarte*, *Das Reich* y *Tontenkopf* fueron, una por una, retiradas a Francia. De hecho, cada una de ellas había recibido ya su batallón de carros, al igual que la *Wiking*, aunque, en la práctica, esta última hubo de adaptarse a su nuevo papel en el campo de batalla. Y ese papel era particularmente exigente para dicha división porque, como parte de las fuerzas acorazadas de Kleist, iba a abrirse camino con el grupo de ejército meridional —milagrosamente revivificado tras la odisea invernal— hacia el istmo, rico en petróleo, del Cáucaso, entre los mares Negro y Caspio. Tal hazaña, en la que la *Wiking* figuró continuamente en primera línea, estaba, naturalmente, relacionada con el gran avance de fines del verano de 1942 hasta el Volga, en Stalingrado, y su resultado irreparablemente vinculado al flujo y reflujo de la lucha por dicha ciudad.

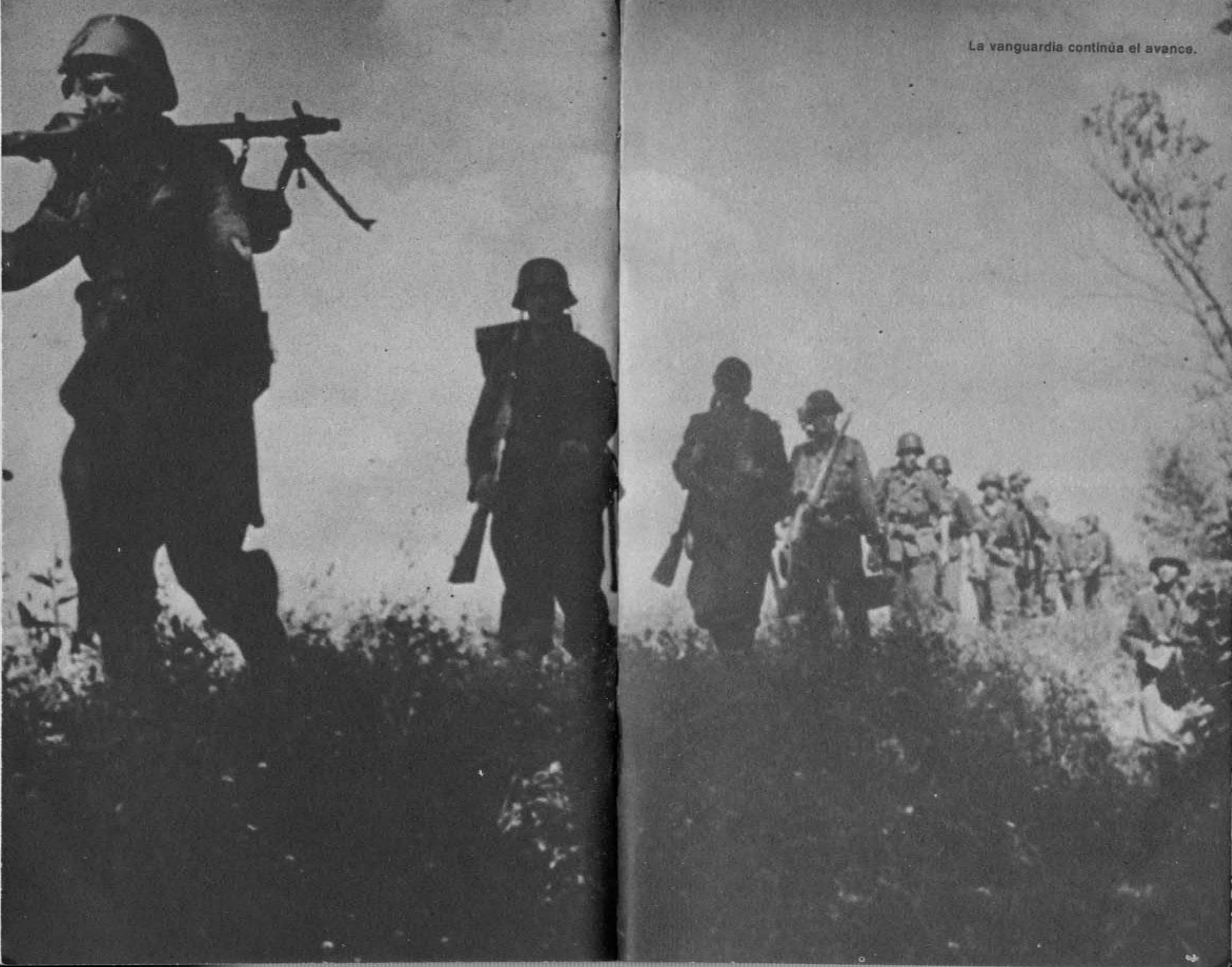
Stalingrado no iba a ser, afortunadamente para la reputación de las divisiones de la Waffen SS, su batalla. Para cuando ésta se hallaba plenamente trabada, sólo tres unidades de ese porte de la organización: *Winking*, *Polizei* y *Nord* —la última destacada en el frente finlandés como parte del Veinte Ejército de Montaña— seguían en el Este. Por otra parte, la recuperación desde Stalingrado iba a implicar a las modificadas *Leibstandarte*, *Totenkopf* y *Das Reich* en lo que quizá fue su operación más notable.

El doble envolvimiento de Stalingrado, que dio origen al entierro del Sexto Ejército en noviembre, había llevado el frente ruso, en febrero de 1943, más allá del Donetz, unos 320 kilómetros al Oeste de la línea mantenida por los alemanes en la pleamar de su ofensiva de 1942. El empuje soviético había perdido su ímpetu para entonces, pero en el lado alemán nadie era tan loco para pensar que el enemigo no reanudaría el ataque tan pronto como pudiera. Cómo contener esta ofensiva se había convertido, por tanto, en la decisión más apremiante del momento.

Y era una que Hitler no afrontaría, porque aunque había ejecido la función de comandante en jefe del Ejército desde principios de 1942, su confianza en la bondad de su propio juicio quedó un tanto menoscabada por los resultados de Stalingrado. Por ello, el mando efectivo fue devuelto al general von Manstein, jefe del Grupo de Ejército del Sur en el crítico frente. Su solución, determinada por el convencimiento de que los numéricamente inferiores alemanes sólo podían luchar en igualdad de condiciones con los rusos explotando su superioridad en las operaciones móviles, consistía en abandonar el principio de «defensa inflexible» y emprender un contraataque blindado destinado a converger sobre el saliente ruso en Jarkof desde



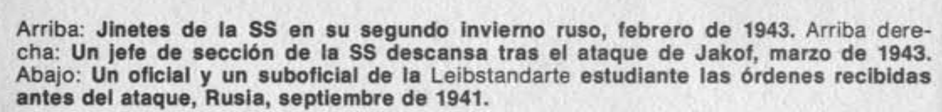
Un soldado de la SS hace caso omiso de la información local, Rusia, 1941.



La vanguardia continúa el avance.







Arriba: **Jinetes de la SS en su segundo invierno ruso, febrero de 1943.** Arriba derecha: **Un jefe de sección de la SS descansa tras el ataque de Jakof, marzo de 1943.** Abajo: **Un oficial y un suboficial de la** Leibstandarte **estudiante las órdenes recibidas antes del ataque, Rusia, septiembre de 1941.**

tres direcciones distintas. Para hacerlo pidió, y se le concedió, una masa de doce divisiones acorazadas: la más potente fuerza de carros hasta entonces reunida en una guerra.

Tres de éstas, las tres divisiones «clásicas» de la SS —como se las había llamado—: *Leibstandarte, Totenkiof* y *Das Reich,* formaron una de las dos puntas de la pinza con la que Von Manstein proyectaba morder el saliente ruso en torno a Jarkof, al que el ímpetu de su embestida desde Stalingrado los había llevado. Las *Leibstandarte* y *Das Reich* habían sido duramente castigadas en las defensas de Jarkof, en el mes de febrero, y la *Totenkopf* perdió a su jefe —el detestado Eicke del primer campo de concentración al día siguiente de su llegada de Francia, con carácter de refuerzo, el 28 de febrero. Sin embargo, las tres —que ahora formaban el primer cuerpo de ejército de la SS bajo el mando de Hausser, jefe original de la *Verfugunsdivision—* integraban un conjunto formidable, equipado con bastantes más carros que la división acorazada típica del Ejército, incluso algunas compañías de los nuevos Tiger. Atacando hacia el sudeste el 23 de febrero, concluyeron cinco días de dura lucha mediante un enlace con el Cuarto Ejército Panzer el 28 de febrero; luego, girando al norte, la fuerza combinada se dirigió al cerco de Jarkof, que, tras una desesperada defensa, los rusos abandonaron el 14 de marzo. Al hacerlo, los soviéticos cedieron una faja de terreno de más de ochenta kilómetros de fondo, y dejaron en el campo de batalla seiscientos carros y unos veinte mil muertos. Pero en el mismo período, el cuerpo de ejército acorazado de la SS sufrió casi doce mil bajas.





No obstante, se había materializado en una fuerza de choque de letal capacidad, y fue, por tanto, el modelo para la próxima serie de operaciones que el Estado Mayor General del Ejército tenía que proyectar en la primavera de 1943. ¿Iban a ser tales operaciones ofensivas o defensivas? Muchos factores indicaban que defensivas.

Alemania —de eso no cabía duda— se debilitaba como potencia militar. Se perdió el Norte de Africa, los Balcanes se habían convertido en una llaga supurante y los ataques aéreos al territorio alemán iban cobrando potencia. Los ejércitos rusos eran más fuertes que nunca, y estaban mejor armados, mientras que las divisiones alemanas experimentaban un neto declive en efectivos y medios de combate. Así, de cuatro batallones de carros con una dotación de ochenta unidades cada uno en 1942, las divisiones acorazadas habían sido reducidas, a mediado de 1943, a dos batallones de cincuenta carros, con un tercer

Arriba: **Policías de seguridad de la SS hacen salir a los rusos de un pajar, 1941.** Derecha: **Ejecución sumarísima; el soldado de la SS que aparece en el centro acaba de disparar a un cautivo.**

batallón de cazacarros. Los propios carros mejoraron, ciertamente, de calidad: los vulnerables PzKpfw I y II fueron reemplazados por las PzKpfw III y IV, mientras que el Tiger (si bien en limitado número) y los primeros Panther estaban empezando a aparecer recién salidos de las fábricas. No obstante, se pedía demasiado de muy poco, y había argumentos de peso, propuestos con vehemencia por ciertos veteranos generales alemanes, en pro de economizar los blindados como una fuerza móvil de reserva y reñir, entre tanto, una guerra estrictamente defensiva en el Este.

Sin embargo, Zeitzler, jefe ahora del Estado Mayor General del Ejército, no quería oír tales argumentos. Más bien, argüía, la progresiva decadencia de Alemania sólo se podía detener mediante una acción de choque destinada a hacer perder el equilibrio a los ejércitos soviéticos antes de que su recuperación progresara aún más. El punto que eligió para este asalto era el saliente de Kursk, sobre el campo de batalla de Jarkof, cuyos flancos invitaban a la clase de ataque de pinza que había rendido tan enormes masas de prisioneros en las acciones del verano de 1941. Von Manstein se mostraba escéptico; Guderian, abiertamente hostil; Hitler vacilaba, aún no recobrada su confianza desde el desastre de Stalingrado. En cualquier caso, no estaba decidido a arriesgar nada hasta que se dispusiera de suficiente número de Tigers y Panthers para equipar la reserva acorazada.

En julio, tras varios aplazamientos, se sintió lo bastante seguro para dar su asentimiento al plan. Este implicaba la concentración de dos «cuñas blindadas» contra el saliente de Kursk; una se dirigía al Sur y la otra al Norte, hasta encontrarse. Con mucho, el más potente era el grupo meridional, que desplegó nueve divisiones en un frente de menos de cincuenta kilómetros. Seis pertenecían al Ejército; las tres restantes, las «clásicas» del Cuerpo de Ejército Acorazado de la SS. Todas iban a adoptar la misma táctica, en la que el extremo de la cuña estaba integrado por los carros más pesados —en este caso los Tigers—, y los bordes de la punta de flecha por los más ligeros Pzkpfw IV y los Panthers. La infantería, como ahora resultaba habitual, quedaba un tanto desvaída sobre el terreno, ya que las divisiones de línea ordinarias se hallaban reducidas a un papel estático, y los granaderos blindados, como se denominaba a los infantes de las divisiones móviles, tenían, por consiguiente, exceso de trabajo.

Es dudoso pensar si una fuerza mejor equilibrada habría supuesto mucha diferencia para el resultado. La «Operación Ciudadela» era una batalla predestinada —como incluso Hitler había sospechado— a la ruina, porque las posiciones rusas se habían establecido en una profundidad sin precedente. Consistían en tres zonas principales, cada una de hasta cinco líneas de trincheras y con puestos auxiliares en retaguardia; los aproches estaban minados con una densidad de dos mil artefactos por kilómetro cuadrado y cubiertos por el fuego de veinte mil piezas artilleras. Seis mil de





Puesto de socorro regimental de la SS, Rusia, 1941.

éstas eran cañones anticarro de 76 milímetros, dispuestos en baterías bajo control unificado, y apoyadas por grupos bien ocultos de infantes cazacarros. En resumen, la posición general resultaba casi inexpugnable.

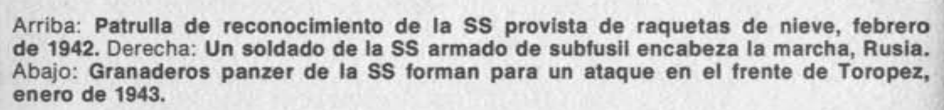
El día 5 de julio de 1943, los panzer se lanzaron contra ella, esperanzadamente inspirados por una orden del día del Führer. «Soldados del Reich», decía, «hoy vais a participar en una ofensiva de tal importancia que todo el futuro de la guerra puede depender de su resultado. Más que ninguna otra cosa, vuestra victoria demostrará al mundo entero que la resistencia al poderío del Ejército alemán es inútil». Vano aliento; casi desde los primeros momentos del ataque, la batalla se torció para los alemanes en el flanco Norte. Las divisiones panzer de Model, equipadas con un modelo de Tiger que no montaba ametralladoras, perdieron rápidamente sus carros más ligeros en el perímetro ruso, y vieron cómo sus pesados eran cazados por los pelotones anticarro soviéticos. En el flanco Sur, los Tigers de von Manstein quedaron también aislados de sus unidades de acompañamiento, pero por lo menos pudieron defenderse hasta que la infantería les despejó el camino. Sin embargo, en los días siguientes, lo más duro de la lucha cayó de manera creciente sobre las menguadas formaciones de carros, que sólo con las mayores dificultades lograron profundizar las bolsas que habían abierto. El Cuerpo de Ejército de la SS se halló en un aprieto especialmente desesperado, con sus tres divisiones sin poder establecer contacto a través de las brechas separadas que habían hecho.

El 12 de julio, habiendo avanzado sólo quince kilómetros a costa de la pérdida de 1.400 carros, Hoth, jefe del cuarto Ejército Panzer, decidió un último intento hacia la brecha. Reunió los seiscientos carros que quedaban de los dos cuerpos de ejército y de la SS y les ordenó irrumpir —cualquiera que fuese el peligro para sus flancos— en terreno abierto. A mediodía, se hallaban combatiendo con un ejército ruso de refresco. Ocho horas más tarde fueron batidos. El nuevo equipo soviético de no pregonada potencia y, sobre todo, la enorme superioridad numérica rusa los habían expulsado del campo. Al día siguiente, Hitler suspendió la batalla.

Esta «cabalgada de la muerte de los panzer», si no había perdido a Hitler una guerra ya inútil, le privó efectivamente de cualquier libertad de acción en el futuro. El millar largo de carros irrevocablemente malgastados había constituido su última gran reserva estratégica. Sin ella, tendría a partir de entonces que luchar cuándo y dónde el enemigo lo dictara, sin contar en lo sucesivo con los medios precisos para tomar iniciativas propias.

Claro que esto no equivale a decir que no necesitaría en el futuro una fuerza acorazada de choque; en realidad, le haría más falta que nunca a fin de tapar las brechas que indudablemente surgirían en sus superestiradas líneas, y para montar contraataques locales. Era en esta clase de operaciones, que exigían no perder la calma y mostrar verdadero valor cuando el frente se desplomaba, donde las divisiones de la Waffen SS se habían distinguido particularmente antes, y fue, por tanto, completamente lógico que Hitler decidiera, en consecuencia, aumentar su número en mayor escala durante 1943. En diciembre de 1942, había autorizado la recluta de dos nuevas divisiones de granaderos blindados, la 9.ª *Hohenstaufen* (llamada así por la familia de los primeros emperadores alemanes) y la 10.ª *Frundsberg* (que llevaba el nombre del fundador de los lansquenetes del siglo XVI, de los cuales —según le gustaba pensar a Himmler— la Waffen SS eran herederos espirituales). En junio, Hitler había aceptado el ofrecimiento de Axmann, jefe de las juventudes del Reich, de crear una divi-





Arriba: **Patrulla de reconocimiento de la SS provista de raquetas de nieve, febrero de 1942.** Derecha: **Un soldado de la SS armado de subfusil encabeza la marcha, Rusia.** Abajo: **Granaderos panzer de la SS forman para un ataque en el frente de Toropez, enero de 1943.**





Ingenieros de combate de la SS en Rusia, abril de 1944.

sión con miembros de la Juventud Hitleriana, que fue la 12.ª *Hitler Jugend;* la edad media de los voluntarios era de diecisiete años. Y, en octubre, ordenó la formación de dos nuevas divisiones de granaderos blindados: la 16.ª *Reichsführer SS* y la 17.ª *Götz von Berlichingen* (nombre de un aventurero barón alemán de la Edad Media). Al mismo tiempo, las mejores divisiones de la Waffen SS fueron reorganizadas como unidades acorazadas: 1.ª *Leibstandarte,* 2.ª *Totenkopf,* 3.ª *Das Reich,* 5.ª *Wiking* y las nuevas 9.ª, 10.ª y 12.ª. Estas siete divisiones suponían casi una cuarta parte de los efectivos blindados alemanes (treinta divisiones), proporción que iba a mantenerse e incluso a aumentar a medida que la guerra se alargaba.

El incremento de las fuerzas de la SS Armada no se correspondió con una aportación proporcional de voluntarios para nutrir las nuevas unidades. Sin embargo, Himmler había ahora fortalecido grandemente su posición al tratar con el Ejército de los alistamientos y, para la formación de las *Hohenstauffen* y *Frundsberg,* se limitó simplemente a reclutar los hombres que necesitaba de la reserva, en total entre el setenta y el ochenta por ciento de los efectivos divisionarios. De manera creciente, y a pesar de su proclamada insitencia en el principio de la voluntariedad, se iba a ver obligado a hacer lo mismo en el futuro, tanto para poner en pie de guerra nuevas unidades como para cubrir bajas en las antiguas. No obstante, ninguna de sus creaciones siguientes serían alemanas en el sentido en que lo había sido la *Leibstandarte;* y ninguna, por supuesto, volvería a elevarse jamás a la excelencia física de su material.

De hecho, ya bastante antes del programa de expansión de 1943, Himmler se había visto obligado a autorizar la admisión de gran número de individuos no alemanes en la Waffen SS; con entusiasmo en el caso de los «germánicos» de Escandinavia y los Países Bajos; pero sólo con una gran dosis de autojustificación respecto a las indefendibles razas no nórdicas. Fue, sin embargo, de estas dos fuentes de reclutamiento de las que obtuvo principalmente sus soldados a partir de 1943, con el resultado de que la SS Armada, concebida como una *élite* voluntaria alemana, se iba a transformar progresivamente en una masa de reclutas que nada tenían de nórdicos.

Las legiones extranjeras



El entusiasmo de Himmler por una SS extranjera existía desde mucho tiempo atrás. Pero, en su origen, era también un entusiasmo de tipo estrictamente parcial y de gusto fuertemente romántico. Los voluntarios de otros países a quienes deseaba alistar pertenecían a puras razas nórdicas, y la causa que anhelaba abrazaran no correspondía a las de sus tierras natales, sino a su turbio y peligroso idealismo de «raza, sangre y suelo». «Debemos atraer a nosotros», decía a los oficiales de la *Leibstandarte* en septiembre de 1940, «a toda la sangre nórdica del mundo, privando de ella a nuestros enemigos para que nunca vuelva a combatirnos la sangre nórdica o germánica». Más tarde iba a hablar de incorporar a los «millones de alemanes que vivían en América». En realidád, había autorizado el reclutamiento de voluntarios extranjeros en fecha tan temprana como la de 1938, y entre el centenar de aspirantes que fueron aceptados hacia 1940 figuraban cinco norteamericanos. La mayoría, sin embargo, eran suizos alemanes, aunque ninguna de estas nacionalidades estuvo representada una vez que la guerra empezó.

Naturalmente, fue en este punto cuando la tolerante actitud de Himmler hacia el reclutamiento extranjero se transformó en un entusiasmo activo. La cicatera cesión por parte del Ejército de voluntarios nativos alemanes de la reserva común obligó a la SS a buscar reclutas por todas partes para las nuevas divisiones operativas, y los *Volksdeutsche* de los vecinos orientales de Alemania proporcionaron la fuente más obvia. La campaña bálcanica de 1941 abrió nuevos recursos, porque Rumania, Hungría y Yugoslavia albergaban grandes comunidades de alemanes raciales, a cuyos jóvenes el alistamiento en la SS ofrecía la salida más inmediata a mucho resentimiento reprimido como consecuencia de su situación minoritaria. Lejos de ser ascendidos a empleos de autoridad sobre sus compatriotas eslavos, sin embargo, estos primeros reclutas *Volksdeutsche* se hallaron encuadrados en la SS como soldados rasos en unidades combatientes ordinarias, y destinados en corto plazo a participar en operaciones contra Rusia.

Dado que los *Volkdeutsche* difícilmente podían reclamar la dignidad de alemanes mientras repudiaran cualquier obligación hacia la madre patria, era poco lo que podían hacer para objetar —ni, por supuesto, muchos deseaban hacerlo en el período 1940-41—, si bien posteriormente, en el curso de la guerra, su disposición para el voluntariado disminuyó notablemente. Sin embargo, resultó diferente con el otro grupo «racialmente aceptable» de voluntarios extranjeros en potencia: los «germánicos» de Escandinavia y los Países Bajos. Himmler reconoció desde el principio que tendría que prometerles unidades propias si se les iba a persuadir a alistarse, en parte por las dificultades idiomáticas, y en parte también porque habría que demostrarles cierto respeto por su condición nacional independiente. De ahí la creación de los dos primeros *Standarten* extranjeros, *Westland* y *Nordland,* formados, respectivamente, por holandeses y belgas flamenco hablantes y daneses y noruegos, en junio y abril de 1940. Incluso así, los reclutas se presentaban con tanta lentitud que había que llenar los cuadros con alemanes; y cuando se decidió organizar una división con estos dos regimientos, el tercero fue el *Germania* completo, destacado de la división *Das Reich.* Al principio de la guerra con Rusia, menos de una tercera parte de la *Wiking* estaba integrada por «germánicos».

Esto no resultaba sorprendente porque, incluso aceptando la existencia de partidos estilo nazi en varios de los países conquistadores de Europa cuyos seguidores se mostraban dispuestos a simpatizar con el mensaje nacional socialista de una lucha racial común —y también que, en conjunto, iban a encontrar bandera—, el tabú contra prestar servicio en las filas del enemigo es muy fuerte en las naciones más o menos soberanas. Romper ese tabú lleva consigo la mácula de traición y separa al individuo, a veces de manera irrevocable, de su familia y amigos.

Aquellos alemanes más directamente relacionados con el asunto, funcionarios de la SS principalmente, pronto reconocieron que el método más prometedor para conseguir material humano «germánico» residía en el ofrecimiento de reclutar legiones nacionales independientes bajo el mando de sus propios oficiales. La ocupación había privado de su carrera a muchos militares profesionales y, aunque, en la mayoría de los ca-

Un batallón de voluntarios daneses marcha hacia Alemania, 1941.





Arriba izquierda: **Capitán Per Sörensen, jefe de la 1.ª Compañía, Batallón de Voluntarios daneses.** Arriba derecha: **Ametrallador cosaco de las unidades de voluntarios integradas posteriormente en la Waffen SS.** Derecha: **Hindúes con el uniforme de la Legión India.**

sos, los lazos patrióticos resultaban demasiado fuertes para permitirles colaborar, unos pocos tenían simpatías suficientemente pronazis para integrar un núcleo en torno al cual pudieran formarse tales legiones; sobre todo, ellos serían los más fáciles de atraer y de prevalecer sobre los reclutas. En mayo de 1941 se formó un prototipo de legión con un grupo de finlandeses deseosos de tomar venganza de Rusia por la paz que les fue impuesta en 1940; su dureza y habilidad implicaba un buen augurio para la creación de otras. Muy poco después del comienzo de la Operación Barbarroja, Hitler dio su consentimiento al proyecto.

Sin embargo, Himmler se mostró remiso al principio a aceptar en la SS a otras unidades no pertenecientes al «tronco consanguíneo», y así, aunque accedió a que los reclutas escandinavos y de los Países Bajos sólo necesitaban cumplir normas de aptitud física de la Wehrmacht, no de la Waffen SS, señaló que no concedería la condición de elementos de la organización a franceses o españoles. Por ello se dispuso que las legiones galas serían formadas, instruidas y dirigidas por el Ejército, y que la SS solamente tendrían responsabilidad respecto a las holandesas, danesa, noruega, belgo-flamenca y sueca. La última, después de que uno de sus oficiales fue tratado malamente por sus superiores alemanes, se disolvió rápidamente; pero las otras cuatro, denominadas *Freiwilligen Legion Niederlande, Danemark, Norwegen* y *Flandern,* cobraron forma en julio de 1941. El personal para las legiones holandesa y belga se consiguió en parte mediante una unidad mixta experimental *Freiwillingenstandarte Nordwest,* que se había creado bajo los auspicios de los partidos pronazis de los dos países en abril de 1941; para la danesa, con soldados desmovilizados del Ejército de dicho país, y de forma simi-

lar en cuanto a la noruega. Se recurrió, sin embargo, a algunos trucos y a una pequeña coacción, e incluso así los efectivos de las legiones oscilaron bastante por debajo del mínimo necesario para su eficiencia en combate. Resultaba difícil encontrar oficiales y, cuando se hallaban, a menudo se quejaban, muy comprensiblemente, de que sus superiores alemanes les trataran a distancia. Aquellas unidades que carecían de oficialidad propia, especialmente la *Flandern*, objetaban también enérgicamente el brutal trato que prodigaban los instructores alemanes. Por todo ello, las legiones realizaron lentos progresos en cuanto a completar su preparación para el combate. A principios de 1942, sólo dos, la holandesa y la belga, habían entrado en acción, ambas en el estático frente de Leningrado. Sus efectivos ascendían a 2.500 y 900 hombres. Las *Norwegen* y *Danemark* comprendían cada una entre 1.100 y 1.200 soldados, pero las dos se vieron acosadas por problemas internos. En especial, los daneses se hallaban divididos en grupos pro y antinazi, a los que posteriormente pertenecían el jefe y el segundo jefe de la unidad. Hasta que, en febrero, hubo un relevo en el mando no se serenó la legión lo suficiente para ser enviada al frente oriental, donde fue incorporada a la *Totenkopf*. Poco antes de esto, los noruegos habían sido destinados al frente de Leningrado.

Las cuatro legiones pasaron el año de 1942 en diversas acciones contra el Ejército Rojo. Sin embargo, a finales de aquel año, el mando de la SS decidió que el experimento de la alianza nórdica constituía un fracaso. El batallón finlandés, el más antiguo de las unidades voluntarias, había actuado bien separadamente, como lo iba a hacer hasta ser retirado para la defensa de su país en 1943; pero entonces sólo los fineses tenían un motivo real para su lucha. Para ellos, los rusos eran antiguos opresores y recientes agresores. Los europeos occidentales no poseían tales razones en cuanto a alistarse en la Waffen SS, y su mensaje de antibolchevismo y hermandad racial, aliado a un llamamiento a su espíritu aventurero, resultaba inadecuado para conseguir reclutas en número suficiente.

Por tanto, en marzo de 1943 se decidió reunir todas las unidades europeas occidentales del Ejército y de la Waffen SS a fin de racionalizar el suministro de potencial humano. Las legiones danesa, noruega y holandesa fueron agrupadas para formar la división de granaderos blindados *Nordland*, si bien sus filas fueron rellenadas con un gran número de alemanes nativos. La unidad de belgas flamencos, *Flandern*, se disolvió, aunque, finalmente, muchos de sus soldados volvieron a encontrarse en una nueva formación, la *Sturmbrigade Langemarck*, que iba a ser elevada a la categoría de división —si bien nunca alcanzó su potencial numérico— hacia el final de la guerra.

Al mismo tiempo, las unidades extranjeras del Ejército alemán fueron colocadas bajo la égida de la SS. Políticamente, la más importante de ellas era la *Legion Voluntaire Française*, formada originariamente por fascistas galos como la Legión Francesa Antibolchevique, en julio de 1941, y patrocinada más tarde —si bien con poco entusiasmo— por el gobierno de Vichy como su equivalente de la División Azul española. Esta legión francesa y la valona, reclutada por los rexistas de Degrelle en la Bélgica francófona, se convirtieron en *Freiwilligen Standarten* de la SS, y posteriormente, como la *Langemarck*, divisiones titulares: 28.ª *Wallonien* y 33.ª *Charlemagne*. Pero es dudoso que cualquiera de estas unidades excediera alguna vez en mucho de los efectivos de un regimiento, es decir, unos tres mil hombres. En el caso de las dos divisiones italianas que aparecen en los archivos de la SS, 24.ª y 29.ª, se duda incluso de que alcanzaran la condicióóon de fuerzas de combate, siendo probablemente confinadas a ciertas operaciones anti-partisanos en la parte Norte de Italia.

Además de las unidades de primera línea de la SS de composición europea occidental —de las cuales la *Wiking* fue siempre la más prestigiosa— se crearon también cierto número de unidades de segunda clase o de guarnición, como la división *Landstorm-Nederland*, cuyo pa-



Oficiales de la división de montaña de yugoeslavos musulmanes. Se tocan con fez y calzan botas de escalar.



Izquierda: **Un voluntario para la Legión danesa es entrevistado en Copenhague, 1941.** Arriba: **Voluntarios flamencos prestan juramento de fidelidad al Führer, junio de 1942.**

pel parece haber sido el de una milicia doméstica nazi para Holanda. Asimismo se formaron varios regimientos independientes de holandeses, bajo el mando de oficiales alemanes, que fueron destacados al frente ruso. De un modo u otro, Holanda aportó la mayor cuota de voluntarios para el movimiento: un total de cincuenta mil en los cinco años de la guerra. Bélgica, cuarenta mil: flamencos y valones en igual proporción. Francia, veinte mil, y Dinamarca y Noruega seis mil cada una. La mayoría de éstos se incorporó hacia el final del conflicto, anacronismo explicable si se tiene en cuenta el temor al castigo que muchos jóvenes colaboracionistas debieron haber empezado a sentir a medida que se acercaba el comienzo de la derrota. Naturalmente, todos fueron destinados al frente ruso, y muchos murieron en acción; algunos cayeron, finalmente, peleando en la defensa de las ruinas de la Cancillería del Reich, en mayo de 1945.

Su número no incluía, por supuesto, a los voluntarios del Cuerpo Libre Británico, el más pequeño de los contingentes extranjeros independientes; tan pequeño que, en realidad, a veces se ha dudado de que existiera. Ciertamente que existió, y sus miembros llevaban la bandera del Reino Unido como insignia de manga, pero no pasaron de unos cincuenta, todos ellos prisioneros de guerra renegados. Para Himmler, su importancia era puramente de naturaleza propagandística. Casi lo mismo puede decirse de la Legión India, reclutada también entre los prisioneros capturados en el desierto, y organizada por el extraordinario Subhas Chandra Bose, rival derechista de Ganhdi para la jefatura del movimiento de independencia indio. Llegó a alcanzar unos efectivos de dos mil hombres, pero nunca entró en acción. Dada la suerte de su mucho más creíble organización gemela, el Ejército Nacional Indio, que Bose formó para los japoneses con prisioneros hechos en el

sudeste asiático, la suya fue quizá la misma. El propio Hitler no se hacía ilusiones respecto a la *Legion Indien*, a la que calificaba de «broma». Al decir que los indios sólo resultaban aptos «para hacer girar ruedas de oración» *, sin embargo, daba meramente salida a sus prejuicios raciales. La situación de los hindúes tenía caracteres trágicos. Excelentes soldados —cuando les mandaban oficiales de su raza o británicos que conocían sus tierras y hablaban su lengua—, se sentían completamente desorientados por la captura. Tras haber sucumbido a los engaños de los agentes reclutadores de Himmler, se encontraron en manos de extraños y antipáticos jefes, y luego se afligieron aún más por el sentimiento de culpabilidad derivado de haber roto su juramento de lealtad, al que concedían particular importancia. Con gran sensatez, el gobierno británico se abstuvo, cuando terminó la guerra, de presentar cargos contra ellos en términos apremiantes, excepto en el caso de los líderes más destacados de la organización.

Igualmente trágica, en escala mucho mayor, fue la condición de los *Volksdeutsche* que Himmler empezó a alistar en gran número —primero como voluntarios y luego obligatoriamente— a partir de 1942. Sus circunstancias han sido ya esbozadas. Tratados en otros tiempos como colonos privilegiados por uno u otro de los cuatro grandes imperios —ruso, austríaco, prusiano o turco— que que se habían dividido la Europa oriental, se encontraron reducidos, después de 1918, al estado de minorías aisladas. Ninguna podía quejarse objetivamente de trato duro por parte de los nuevos gobiernos, y las comunidades más pequeñas y dispersas —cuyo sentido de identidad con Alemania era el más débil— se habrían indudablemente asimilado con éxito a su debido tiempo. Pero la subida de Hitler al poder lo impidió. Su promesa de un «Gran Reich» mantuvo vivo el sentimiento de parentesco de los alemanes raciales, alimentó los temores de los estados eslavos y volvió a prender la desconfianza y la aversión de sus mayorías nativas por las minorías ajenas. Además, muchas de estas minorías eran considerables. En la zona alta de Checoslovaquia vivían 250.000 alemanes; en Hungría, 500.000; en Rumania, 800.000; en Yugoslavia, Albania y Bulgaria, 750.000; en los estados bálticos y en la propia Rusia, 250.000; en total, unos dos millones y medio de ciudadanos extranjeros, «alemanes por raza y cultura» como les llamaban los especialistas de Himmler, habían sido puestos, para mediados de 1942, bajo directa administración alemana. Muchos de ellos fueron insensatamente arrancados de sus hogares para ser reasentados en zonas, elegidas por los técnicos, concordantes con los planes de Himmler para la futura geografía política de Europa. En el proceso, gran número de esos «raciales» se convirtieron en personas desplazadas, tan tristes y frustradas como cualquiera que se pudiera encontrar vagando por las carreteras del Este o pudriéndose en sus campos de concentración durante aquellos años; mas con la importante diferencia de que sus jóvenes podían, mediante el simple acto de presentarse voluntarios, tener acceso a las armas. No es, pues, extraño que numerosos individuos en esas condiciones se unieran, consecuentemente a la Waffen SS.

Durante el período 1941-43, muchos lo hicieron; en 1942 hubo voluntarios suficientes para formar toda una nueva división: la 7.ª *Prinz Eugen*. Proyectada como unidad de montaña, iba a participar desde el principio en la que quizá fue la más feroz de todas las campañas reñidas en Europa en el curso de la Segunda Guerra Mundial: la que tuvo lugar entre los alemanes y sus satélites y los partisanos yugoslavos. Además de la división, Himmler reclutó muchos hombres de más edad de las comunidades alemanas en los Balcanes para las fuerzas de policía locales destinadas a la lucha contra las guerrillas, y posteriormente formó una de las últimas divisiones adecuadamente equipadas, la 18.ª de granaderos blindados *Horst Wessel*, de una nueva leva de adolescentes.

Sin embargo, en 1943, el entusiasmo inicial de los *Volksdeutscher* por la SS Armada había disminuido, probablemente como consecuencia de lo que en la práctica significaban, como desgraciadamente experimentaron, las visio-

* Cilindro con plegarias escritas que gira sobre un eje, utilizado principalmente por los budistas. N. del T.



Arriba: **Hitler y Quisling.** Abajo: **Mussert, líder nazi holandés, con Himmler y Seyss-Inquart en Munich, 1941.**





Arriba: **Himmler y Quisling pasan revista al** Standarte **de la SS** Nordland. Abajo: **Artur Axmann, jefe de la Juventud Hitleriana, condecora a jóvenes soldados de la división** Hitler Jugend, **septiembre de 1944.**



nes políticas alemanas de «Gran Reich». A pesar de ello, Himmler, completamente decidido a pesar de la renuencia de aquellos individuos a alistarse o a su propia y repetida insistencia en el principio de la voluntariedad, instituyó un programa de reclutamiento forzoso en todas las tierras balcánicas, y de ese modo pudo disponer de casi todos los alemanes raciales con aptitud física y en edad militar. Con ello se aumentó la proporción de miembros de la SS nacidos en el extranjero a más de la cuarta parte de sus efectivos totales para 1943. Posteriormente continuaría dicha tendencia.

Un factor importante que contribuyó a la misma fue la disposición mostrada por varios pueblos de los territorios conquistados del Este para proporcionar contingentes. Los más destacados fueron los de las repúblicas bálticas: lituanos, letones y estonios, quienes, a diferencia de los miembros de las comunidades alemanas en otros países, no podían aspirar a ser aceptados como alemanes y, a diferencia también de escandinavos y flamencos, no habían sido considerados previamente como pertenecientes al «tronco consanguíneo». Sin embargo, ellos tenían buenas razones para hacer causa común con Hitler, la más importante de las cuales era la historia del trato recibido a manos de los rusos. Largo tiempo sometidos a los zares, sus territorios habían sido declarados independientes por mandato aliado en 1919, pero en 1940 fueron invadidos por el Ejército Rojo y reincorporados a Rusia. Así, con un alcance todavía mayor que el de los ucranianos, habían recibido a los alemanes como liberadores y colaborado espontáneamente con ellos.

Hubo personalidades alemanas dispuestas a argumentar que Alemania podía haber explotado esta situación en provecho propio; que si se hubiera concedido cierto grado de autonomía a las descontentas minorías del Este, el Ejército alemán se habría beneficiado así de la emergencia de fuerzas aliadas de considerable importancia y dedicadas a la causa común, y, la industria de guerra, de la decidida cooperación de sus economías nacionales. Hitler no quiso saber nada de ello, y la esclarecedora política de los «expertos en cuestiones orientales» se derrumbó en consecuencia. A nivel local, sin embargo, las fuerzas armadas alemanas hicieron uso, desde el principio de la campaña, de voluntarios nativos, tanto en unidades de trabajo como en contigentes anti-guerrilla, y la eficacia —y a veces la ferocidad— de los elementos bálticos despertó la atención, finalmente la de Himmler. Sus jefes de los pelotones de exterminio habían descubierto que entre sus ejecutores más entusiastas figuraban voluntarios letones y estonios, mientras que los altos mandos de la policía de la SS informaban favorablemente respecto a las unidades de seguridad interna procedentes de la misma fuente. Impresionado, durante una visita de inspección, por el aspecto germánico de algunos de aquellos hombres, Himmler decidió llevar adelante la formación de unidades de campaña de la Waffen SS integradas por letones y estonios, aunque no por lituanos, cuyo ferviente catolicismo les descalificaba a sus ojos.

Las primeras que se crearon a principios de 1943 estaban organizadas, como los grupos originales de la Europa occidental, como legiones a nivel regimental, y posteriormente de brigada. Casi inmediatamente después se decidió convertirlas en divisiones, ya que cualquier contingente de menor entidad se consideraba inadecuado para la lucha en el frente oriental, cuya escala se conocía demasiado. Por tanto, las divisiones 15.ª de Letonia y 20.ª de Estonia fueron añadidas a los efectivos de la Waffen SS, y al año siguiente la 19.ª letona (N.º 2).

Sin embargo, en esta etapa había empezado a afirmarse la misma pauta de respuesta popular ya experimentada por los agentes de reclutamiento de la SS Armada en las comunidades germanas foráneas. El flujo inicial de reclutas, capaz de proporcionar el núcleo de una estructura militar autosuficiente, había disminuido a una insignificancia, por lo que la expansión y el reemplazo sólo se podían mantener recurriendo a la recluta forzosa. Una vez más, esta decadencia se debió a la desilusión, aunque provocada en este caso por factores diferentes. Los dirigentes políticos estonios y letones habían creído que al alentar a sus jóvenes para que se presentaran voluntarios, proporcionando así una garantía de sus intenciones de cooperar en

los planes de Alemania para el Este y apoyar su esfuerzo de guerra, recibirían seguridades alemanas en relación con un futuro privilegiado para sus pueblos. En 1944 ninguna persona de relevancia había dado tales seguridades, y las pruebas materiales indicaban inequívocamente que Hitler pensaba tratar a las repúblicas bálticas apenas un poco mejor —si es que llegaba a eso— que a cualquier otra porción de sus conquistas orientales. Sin embargo, por entonces era demasiado tarde para que los bálticos se retiraran de las posiciones que habían tomado. La reocupación rusa, ahora inminente, prometía ser bastante peor que la indiferencia alemana hacia sus naturales aspiraciones y, por ello, estas tres divisiones de la Waffen SS se dispusieron a combatir hasta el fin. Dos de ellas participaron en la gradual retirada de la Wehrmacht hacia la madre patria, y la tercera formó en las filas del grupo de ejércitos de Schörner, que el Ejército Rojo acorraló durante los nueve últimos meses de la guerra en la bolsa letona de Curlandia. Todas experimentaron graves bajas en la contienda, y sus supervivientes fueron sometidos a trabajos forzados en campos de concentración rusos.

Por heterogéneas que fueran, estas unidades extranjeras de la Waffen SS creadas antes de 1943 estaban todas compuestas de individuos a quienes se podían encontrar algún lugar en el esquema de Himmler respecto a las categorías raciales aceptables. Cierto era que muchos de aquéllos procedían de la recluta forzosa, prueba de que se había visto obligado a abolir uno de sus dos principales fundamentos en orden a nutrir la clase rectora del movimiento; pero el segundo, que insistía en la exclusión de todo tronco racial no ario, permanecía —al menos teóricamente— intacto. Sin embargo, en la primavera de aquel año tomó una decisión crucial. Tan devoradora se había hecho su ambición de mandar un ejército autónomo, tan apremiantes resultaban las tareas que como máxima autoridad policíaca tenía que desempeñar y tan escasos de hombres se hallaban sus subordinados, que autorizó el alistamiento, para realizar operaciones contra los partisanos en Yugoslavia, de una división eslava. Esta iba a componerse de esa extraña minoría de musulmanes servios —descendientes de aquellos montañeses cristianos que los turcos convirtieron a la fuerza al islamismo en la Edad Media— que vivía en el antiguo protectorado austríaco de Bosnia - Herzegovina.

Mas si el principio racial iba a ser vulnerado, había buenas razones para escoger a los bosnios al hacerlo. La guerra con los partisanos servios de Tito cobraba entonces formidables dimensiones, y Himmler compartía con el Ejército mucha de la responsabilidad de reñirla. Los alemanes raciales del país podían ser reclutados para suministrar algo del potencial humano necesario, pero en modo alguno todo. Los bosnios, cuyo odio a los cristianos servios era hondo y mutuo, ofrecían un obvio suplemento. Habían sido excelentes soldados en el antiguo ejército imperial de Austria, y ahora se mostraban más que dispuestos a caer sobre los hombres de Tito, sus tradicionales enemigos religiosos, cualquiera que fuese la profesión de comunismo que hicieran. Por tanto, en febrero de 1943 se anunció la formación de una división de montaña bosnio - herzegovina de la SS y se implantó un intenso programa de reclutamiento. En septiembre, la división recibía instrucción en Francia, y a principios de 1944 regresó a Yugoslavia para realizar operaciones contra los partisanos.

Para su nueva fuerza, ahora denominada 13.ª *Handschar*, Himmler había exhumado muchos de los atavíos y estilos de los regimientos musulmanes del antiguo Ejército austríaco. Los soldados se tocaban con fez —adornado con las runas de la SS—, les dirigían en la oración imanes regimentales y, en muchos casos, estaban a las órdenes de ex oficiales de las disueltas unidades de los Habsburgo. Himmler también se había asegurado los servicios del Gran Muftí de Jerusalén como supervisor de las prácticas religiosas de la división. Este, que en modo alguno se podía comparar —en términos personales o políticos— con el notable Subhas Chandra Bose, había llegado, sin embargo, al mismo tipo de relación con los nazis. Refugiado de la justicia británica, que con toda razón le consideraba responsable de fomentar los excesos antijudíos en Palestina, había sido utilizado por los alemanes para sus propios fines, pero su incompetencia y desconfianza hicieron que les sirviera de muy poco. Tras amotinarse en Francia —rebelión que el Muftí contribuyó reconocidamente a reprimir—, la división se negó resueltamente, al volver a Yugoslavia, a operar fuera de su propia zona, donde se dedicaba principalmente a la matanza y el pillaje de cristianos indefensos. A fines de 1944, Himmler ordenó su disolución. También se vio obligado a licenciar, por las mismas razones, a las otras dos divisiones musulmanas que, a pesar del precedente establecido por la primera, había formado durante 1944. Eran éstas la 21.ª *Skanderberg*, integrada por mahometanos albaneses, y la 23.ª *Kamá*; los efectivos de la última no llegaban a nivel divisionario. El experimento musulmán, por excitante que debió haber sido para Himmler quien, a través de él, pudo fantasear de haber establecido algún contacto con las hordas turcómanas de su héroe Gengis Khan—, había resultado un completo fracaso. El lugar de estas divisiones hubo de ser ocupado por varias del Ejército alemán, de las que, cada día más, Hitler malamente podría prescindir.

La insuficiencia de las divisiones musulmanes no se manifestó, naturalmente, en seguida y, mientras tanto, Himmler —como un puritano que se reprocha un pecado— autorizó, en abril de 1943, el alistamiento de una nueva división eslava. Esta iba a componerse de voluntarios de Ucrania, zona poblada por una raza cuya identidad desafía cualquier definición ajustada. Partes de su territorio radican en Rusia, cuyo gobierno ha insistido siempre en considerar a los ucranianos como rusos, si bien aquéllos reclaman distinta nacionalidad. Otras partes son —o lo fueron antes de 1939— polacas, pero hasta 1918 habían formado la provincia austríaca de Galitzia. Lo que resulta fuera de duda es que muchos ucranianos habían recibido al Ejército alemán como liberador y, pese a los actos indignos y a todos los sufrimientos causados por el invasor, aún se hallaban dispuestos a alistarse bajo sus banderas en fecha tan tardía como la de 1943. Fueron éstos los que

Voluntarios daneses desembarcan de un trimotor en Rusia, junio de 1942.





Arriba: **Soldados holandeses de la SS, 1941.** Abajo: **Un oficial de la SS da la bienvenida a un grupo de enfermeras holandesas que iban a prestar servicio en el frente oriental.**

Himmler reclutó para crear la 14.ª División *Galitzien,* cuyo nombre indicaba que procedía exclusivamente de la antigua provincia de los Habsburgo, y así podía ser consideraba para personificar las tradiciones de un antiguo ejército de habla alemana. La decepción no sorprendió a nadie —probablemente, ni siquiera a Himmler—, y como no había medio de distinguir entre los ucranianos procedentes de Galitzia o de otros lugares, la división se reclutó, práctica y libremente, entre los dos grupos. En acción —a la que fue absurdamente destinada en el Este— sólo entró una vez, fue rodeada y tuvo que romper el cerco a costa de tan graves pérdidas que tuvo que ser retirada del frente.

Si Himmler hubiera aprovechado su oportunidad en 1943, parece probable que podía haber hallado el potencial humano para crear una serie de divisiones eslavas. Pero al esperar a ver cómo actuaba la primera —por sensata que resultara la precaución habida cuenta del desarrollo de los acontecimientos— se negó él mismo el acceso a la zona de recluta ucraniana, invadida en la batalla que registró el aniquilamiento de la 14.ª División. Allí había, sin embargo, grandes reservas de eslavos, muchos de ellos en unidades de seguridad locales, pero la mayoría en campos de prisioneros. Cierto número de unidades reclutadas en las zonas, incluidas dos divisiones de cosacos que habían desertado en bloque, se concentraron en contingentes especiales de la SS, y se crearon otras mediante llamamientos a filas en las poblaciones de los estados satélites del imperio hitleriano, especialmente en Hungría. Tres divisiones titulares húngaras, las 25.ª, 26.ª y 33.ª, fueron organizadas entre finales de 1944 y mayo de 1945. Se formaron regimientos, brigadas y otras unidades de grupos tan dispares como caucasianos, turcómanos, búlgaros, rumanos y servios, todos ellos más que despreciables racialmente si alguien se hubiera molestado en recordar las disposiciones del código de la SS en aquella fase de la guerra.

Pero la más prometedora fuente de reclutamiento en 1943-44, cuando aún persistían algunas briznas de esperanza en un final feliz, se hallaba en la propia Rusia o, más bien, en los campos de prisioneros rusos en Alemania. En el curso de la guerra en el frente oriental, los alemanes habían hecho más de cuatro millones de prisioneros soviéticos y, aunque la mayoría habían muerto ya —por negligencia, malos tratos o deliberadamente—, aún vivían bastantes para formar, si así lo deseaban, un enorme ejército renegado. La perspectiva entusiasmaba a muchos «esclarecidos» nazis que creían haber encontrado en el general Vlasov, cautivo segundo jefe de un grupo de ejércitos y desilusionado del estalinismo, el hombre idóneo para materializarlo. Con ese respaldo, Vlasov se puso en 1943 a convertir a los internados en los campos a esta nueva causa. Obstaculizado por la oposición de los «realistas» —que incluían a Himmler— y careciendo de la aprobación de Hitler, el proyecto lograba lentos progresos. No resulta antinatural que tuviera escaso atractivo para los propios prisioneros, y



Stroop y algunos miembros de su pelotón de exterminio en el gueto, 1943.

menos a medida que el Ejército Rojo se acercaba cada vez más a las fronteras de Alemania. No obstante, dado que presentarse voluntario era a menudo la única alternativa a la muerte por hambre y exceso de trabajo, Vlasov había reunido, a principios de 1945, el núcleo de su ejército anticomunista. A él se agregaron las dos únicas divisiones rusas, 29.ª y 30.ª, que Himmler intentó poner en pie de guerra. Ninguna de ellas era mayor que un regimiento.

La suerte del ejército de Vlasov fue extraordinaria: «la Waffen SS constituyó el único enemigo al que se enfrentó, y su historia es una de las más extraordinarias de toda la guerra». Destacadas sus fuerzas en las cercanías de Praga, en mayo de 1945, Vlasov fue instado por los líderes de la resistencia checa a fin de que llevara a sus soldados a la ciudad, para prevenir su destrucción por la guarnición de la SS Armada. El general se sintió inclinado a acceder, calculando quizá que una manifestación antinazi les ofrecía —a él y a sus hombres— su única esperanza de lograr un billete de vuelta a sus lares en retaguardia. Durante varios días, riñeron un combate de retirada con la guarnición alemana acantonada en la ciudadela y, al acercarse los rusos, llevó a cabo su escapatoria, al frente de sus tropas, a la línea de demarcación norteamericana. Para entonces, sin embargo, los soviets y los aliados occidentales habían acordado ya que ningún soldado enemigo podría pasar de una zona a otra para rendirse, y los hombres de Vlasov se vieron encauzados hacia el Ejército Rojo. El general, sus colaboradores inmediatos y muchos de sus soldados fueron ejecutados. Y la misma suerte corrieron numerosos combatientes orientales que habían caído en manos británicas y que luego volvieron al Este. El episodio más triste de esta serie se refiere a los supervivientes de las divisiones de caballería cosaca de la SS, quienes, con sus familias, se resistieron por la fuerza a la repatriación y obligaron a sus guardianes ingleses a dar muerte a cierto número de ellos antes de poder dominarlos.

La SS no alemana ha despertado más atención que casi ninguna otra parte integrante de las fuerzas armadas de Hitler. Y ello es lógico si se tiene en cuenta su número, que al final de la guerra excedía al de los alemanes nativos bajo el control de Himmler. El valor de su contribución al esfuerzo de guerra de Alemania es, sin embargo, muy dudosa, tanto medida en términos políticos como militares. En el primero de estos términos, la situación de los no alemanes como abanderados de la autonomía, patrocinada por Alemania, para las minorías orientales quedaba desesperadamente comprometida por la experiencia de sus compatriotas de las realidades de dominio teutón, expresión ésta de la renuncia de Hitler y sus colaboradores, que tan sólo contaban en la formulación de la política, a modificar sus planes de gobierno. Los europeos occidentales de la SS, ciudadanos de estados con una larga tradición de independencia, y un acusado sentido de identidad nacional, no representaban a nadie sino a sí mismos y a unos pocos y extravagantes fascistas nativos. Con gran juicio, sus gobiernos eligieron tratar con indulgencia a la mayoría de los que regresaron al frente oriental, reconociendo acertadamente que una pena de prisión civil poco podía hacer para reforzar el castigo que ya habían recibido allí.

Militarmente, la contribución hecha por la SS extranjera es más difícil de evaluar. Los *Volksdeutsche* formaron una parte importante de muchas de las mejores divisiones de la Waffen SS, aunque las pocas unidades de esa única procedencia resultaron de mediocre calidad. Las de la Europa occidental —entre las cuales la *Whiking* constituye el ejemplo más destacado— actuaron consecuentemente bien, pero sus efectivos suponían una contribución menor en la escala de la lucha en el frente oriental, donde siempre combatieron. En casi todos los casos, las fuerzas eslavas no merecieron el tiempo dedicado a ellas, ni el equipo que se les proporcionó.

Su hoja de servicios no puede ciertamente haber aumentado la autoestima de Himmler, lesionada ya por traicionar sus principios al dar existencia a tales tropas. Ni su fracaso quedó compensado por la distinción ganada por la SS europea occidental. En esa fase de la guerra, sin embargo, hacía tiempo que dejó atrás la visión del soleado y sencillo mundo ario que había soñado con Darré, y es dudoso si se preocupaba ya de quiénes o qué integraban la SS. Lo importante era que existían, que crecían en poderío y número y que lo que quedaba de las instituciones y conquistas de Alemania iba cayendo progresivamente bajo su control.

Crepúsculo nórdico

El grueso de las unidades extranjeras de la SS fueron creaciones de los últimos dieciocho meses de guerra y, debido a esto, cobraron vida demasiado tarde para invertir la marea de los acontecimientos, que para entonces rompía tan fuertemente contra Alemania. Sin embargo, aunque los efectivos de las divisiones *élite* de la organización no fueron aumentados —probablemente no podían serlo— durante esos meses finales, el papel que iban a jugar en la batalla para el suelo de la patria creció continuamente en importancia. Sobre todo, ello fue especialmente cierto en la lucha en el Oeste, en la que las divisiones acorazadas de la SS proporcionaron un auxilio fundamental en tres de las batallas principales contra los ejércitos de liberación aliados: Normandía, Arnhem y las Ardenas.

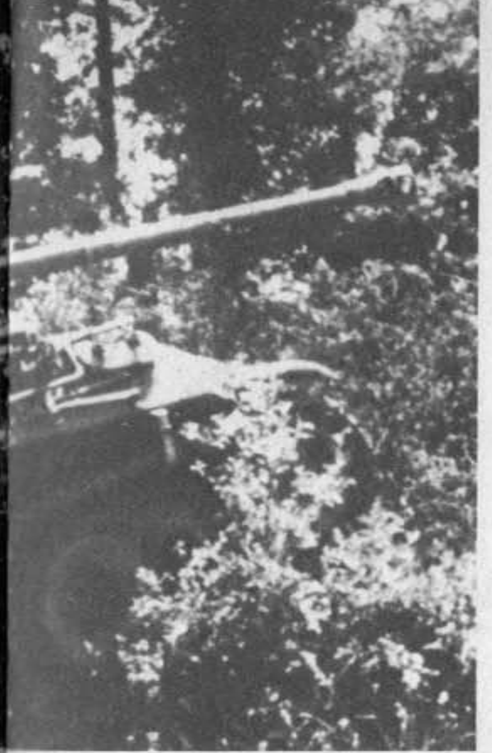
Al mismo tiempo, la Waffen SS continuó asumiendo una parte desproporcionada en la lucha en el frente oriental; varias divisiones —la 9.ª *Hohenstauffen* y la 10.ª *Frundsberg* en particular— intervinieron en tres grandes acciones, una en el Este y dos en el Oeste, entre abril y septiembre de 1944. Ello se debió a dos factores: el primero, a que algunas formaciones de la SS Armada, como la *Wiking* y la *Rotenkopf,* se habían convertido en el soporte de la defensa en ciertos frentes de grupos de ejércitos en Rusia, y se hacían más y más indispensables a medida que empeoraba la calidad de las divisiones ordinarias: el momento a que Hitler había llegado a considerar a los contingentes distinguidos de la Waffen SS como su fuerza especial de operaciones, lista a intervenir siempre y cuando hubiera que resolver urgentemente una situación. Al decrecer la potencia relativa de las fuerzas armadas alemanas, ese tipo de situaciones surgía con especial frecuencia, y las divisiones acorazadas y de granaderos blindados de la organización se hallaban singularmente dotadas para encargarse del asunto. Extremadamente móviles —lo que no era el caso de la mayoría de las unidades ordinarias—, equipadas con más carros que sus correspondientes divisiones del Ejército, integradas por soldados desusadamente duros, fervientes y capaces, y mandadas por una nueva generación de jefes jóvenes pero con experiencia —producto de la *Junkerschule* y de las batallas del frente oriental—, podían trasladarse de un sector de operaciones a otro, al más corto aviso, por el aún no devastado sistema ferroviario e intervenir con poderoso efecto inmediatamente después de su llegada. Y esa llegada no sólo era ahora bien recibida, sino que, frecuentemente, hacían votos por ella los agobiados jefes y soldados del Ejército alemán, cuyo respeto y confianza habían ganado ampliamente las mejores divisiones de la Waffen SS. Verdaderamente, cualquiera que fuese la desconfianza entre Himmler y el Alto Mando, las relaciones entre sus subordinados nunca habían sido mejores que a principios de 1944. En el terreno de operaciones, la SS Armada había abandonado tiempo atrás sus esfuerzos para cultivar una identidad separada y celebraban adoptar —con gran disgusto de Himmler— modos y aspectos tradicionalmente militares; a su vez, el Ejército los aceptaba gustosamente como camaradas, e incluso los más altos jefes se mostraban dispuestos a admitir su capacidad —si no totalmente su superioridad— en la más desesperada clase de operaciones.

Un ejemplo clásico de su habilidad en tareas de rescate lo proporcionan los relatos de la batalla de Tarnopol, en abril de 1944. Desde julio del año anterior, cuando la *Das Reich* y la *Totenkopf* habían encabezado lo que iba a demostrar ser casi la última contraofensiva victoriosa de alguna importancia contra el Ejército Rojo, el frente oriental de Alemania retrocedía inexorablemente. El tiempo invernal había impuesto sus restricciones usuales sobre las operaciones dilatadas, pero, con la llegada de la primavera, en el ala Sur las fuerzas soviéticas se habían lanzado al asalto, sujetando contra los Cárpatos el grupo de ejército de von Manstein y rodeando a uno de estos, el Primero Panzer, en lo que iba a llamar la bolsa de Kamenetts - Podolsk. En dicho ejército figuraban varias unidades de la SS, una de ellas, *Leibstandarte,* la de mayor tamaño, que ha-



Infantes de la SS en un descanso durante las operaciones, septiembre de 1944.



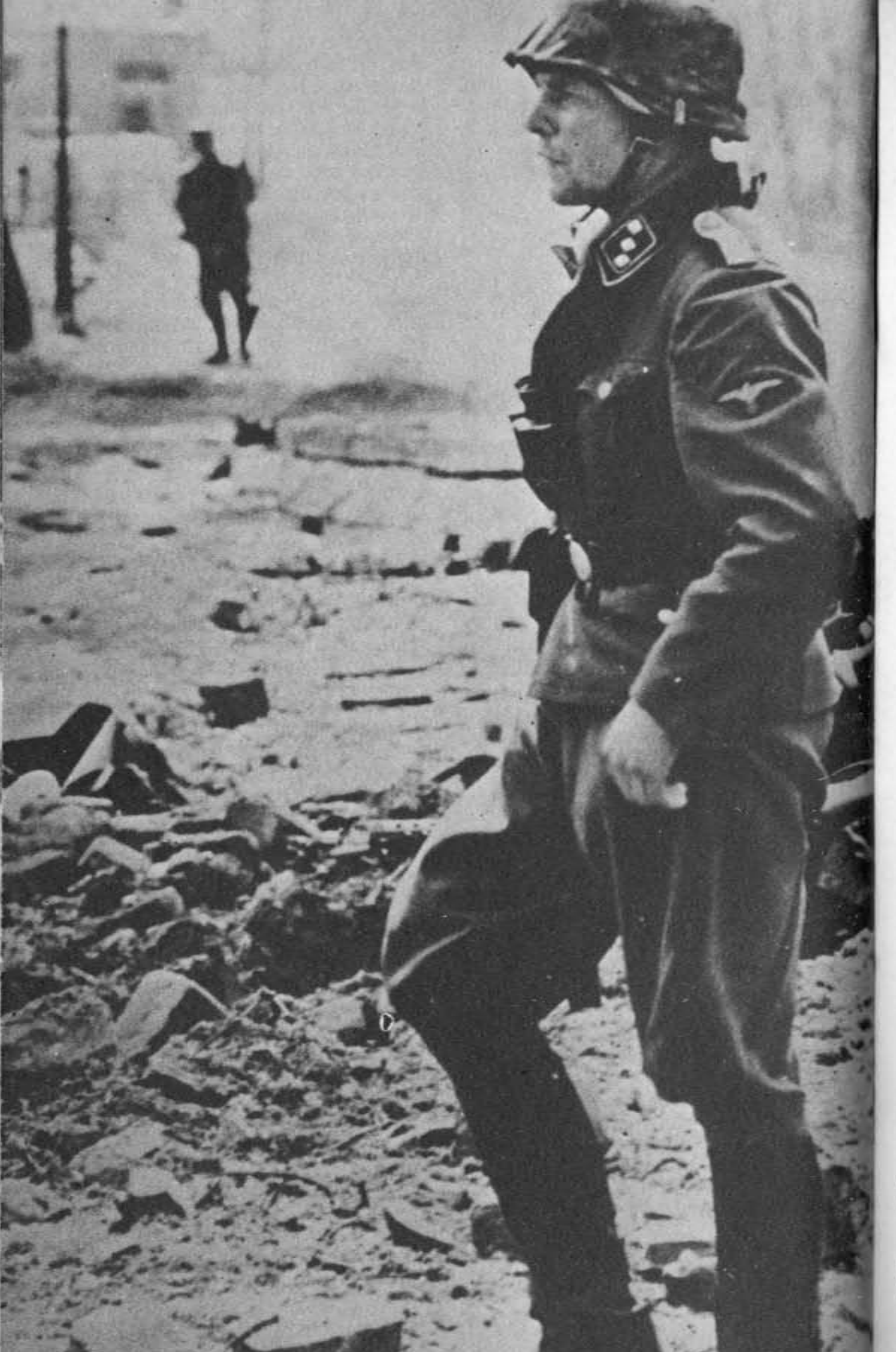


Arriba: **Un carro Panther con granaderos panzer de la SS se lanza al ataque de Tilly, Normandía, el 28 de junio de 1944.** Izquierda: **Tiradores de primera de la SS en Normandía.**

bía regresado recientemente de una misión en Italia, a donde había sido enviada para reforzar el dominio alemán en la península tras los desembarcos aliados en Sicilia. Ella —y, naturalmente, todo el Ejército Acorazado— era un componente demasiado importante de los menguados efectivos blindados de Hitler para dejarla caer en manos rusas; consecuentemente, el Canciller ordenó que el II Cuerpo Panzer de la SS (*Hohenstauffen* y *Frundsberg*) viniera de Francia a sacarla del atolladero. En magnífico despliegue de movilidad táctica, así lo hizo rápidamente, y luego se retiró a la reserva estratégica en Polonia. La *Leibstandarte* fue trasladada a Bélgica para descansar y reequiparse.

Poco antes de la conclusión de esta feliz operación, la veterana *Wiking* había sido también cercada en el Dnieper inferior, junto con otras siete divisiones. En este caso, el contingente acorazado de que disponía von Manstein era mucho más pequeño, y el jefe de la *Wiking* fue informado de que su rescate dependería en gran medida de los esfuerzos que él mismo pudiera hacer para abrirse camino hacia los que iban en su socorro. Después de una quincena de asedio, sus unidades no estaban en las debidas condiciones para montar una salida coordinada, y la columna sufrió el acoso de enjambres de carros soviéticos. Degrelle, jefe de la *Wallonien,* ha dejado un desgarrador relato de sus experiencias: «En esta frenética carrera, volcaban los vehículos arrojando heridos al suelo en tremenda confusión. Una oleada de carros rusos alcanzó a los primeros de aquéllos y cogió más de la mitad del convoy; la oleada avanzó entre los carros, rompiéndolos ante nuestros ojos, uno a uno, como si fueran cajas de fósforos, aplastando a los heridos y a los caballos agonizantes.» Aunque, como entidad, la *Wiking* sobrevivió este desastre, tuvieron que pasar varios meses antes de que se hallara en disposición de combatir.

Mientras tanto, las fuerzas de la Wehrmacht en occidente se preparaban para la batalla, que ningún alemán en Francia o en Bélgica se engañaba a sí mismo pensando que pudiera tardar más de unos pocos meses en trabarse. Cómo se iba a reñir mejor esa batalla seguía, sin embargo, siendo una cuestión de enconado debate entre los generales alemanes responsables: von Rundstedt, comandante en jefe del Oeste, y Rommel, jefe del Grupo de Ejército B, destacado en la costa del canal de la Mancha. Ambos estaban de acuerdo en que sus divisiones acorazadas constituían la esperanza más fundada de rechazar una invasión aliada, pero disentían en cuanto al lugar y el momento en que el despliegue de esas divisiones resultaría más efectivo. Rommel, cansado veterano de una docena de batallas dirimidas bajo los letales ojos de una superior fuerza aérea del enemigo, argumentaba que, con toda certeza, los carros no podían recorrer ninguna distancia durante el día en condiciones de seguridad, y que, por tanto, era vital que, si iban a intervenir decisivamente, deberían situarse tan cerca de las playas como fuera posi-



ble, cualesquiera que fuesen los sacrificios que hubiera que hacer, en consecuencia, respecto al venerable principio militar de la concentración de fuerza. Von Rundstedt, cuyos campos de batalla siempre habían sido dominados desde el aire por la Luftwaffe y que, debido a ello, no se hacía a la idea de cuán demoledoras podían ser unas condiciones adversas en tal sentido, se aferraba a lo convencional. Argumentaba, justificacadamente, que el primer desembarco aliado bien podía resultar una finta, y que comprometer los bindados contra ella le privaría de toda flexibilidad si surgía una segunda y más seria amenaza en cualquier otro lugar de su largo frente costero. Insistía, por tanto, en que los carros debían concentrarse a retaguardia, y que sólo intervendrían cuando los aliados hubieran mostrado claramente su juego, si bien, naturalmente, antes de que tuvieran la posibilidad de echar sus cartas de manera decisiva. Dado que Rommel persistía en señalar que el poderío aéreo de los aliados clavaría a las fuerzas acorazadas al terreno y los mantendría así mucho después de que Von Rundtedt hubiera decidido moverlos, la disputa tuvo que ser sometida al juicio de Hitler. Este se pronunció de modo que no complació a ninguna de las partes, y en términos que, además, aseguraban su decisión final en el comienzo de la dirección de la batalla. Algunas de las divisiones acorazadas, decidió el Canciller, deberían quedar bajo el mando de Rommel, y otras a las órdenes de von Rundstedt. Este iba a mantener a las suyas a retaguardia como era su deseo, pero con la condición de que no las movería sin consultar con el OKW, el estado mayor personal del Führer.

Dos de las tres divisiones que Hitler se había así reservado efectivamente para propio uso pertenecían a la Waffen SS: la *Hitler Jugend*, destacada en Normandía, y la *Leibstandarte*, en Bélgica. Otras dos de las siete restantes eran también de la SS: la 17.ª *Panzergrenadierdivision Götz von Berlichingen*, desplegada al sur del Loira, y la *Das Reich*, que se hallaba en la zona meridional de Burdeos. Estas cuatro divisiones representaban una parte desproporcionada de los efectivos del grupo acorazado del Oeste, ya que todas eran bastante más potentes que sus equivalentes del Ejército: tenían seis, en vez de cuatro, batallones orgánicos de infantería, más artillería y, por término medio, mayor número de carros. Pero la importancia del elemento SS no se debía medir únicamente en términos de comparación con las divisiones panzer de la Wehrmacht, sino en el contexto de la capacidad defensiva alemana considerada en conjunto. Porque como Hitler y, también, los aliados reconocían, las divisiones de infantería alemanas tendrían un valor limitado en la próxima acción. Por numerosas que fueran (unas cincuenta en total), la mayoría se consideraban unidades *bodenstädige*, es decir, equipadas solamente para un papel estático. Además, las destacadas en la costa mediterránea no podían ser utilizadas como refuerzos en una batalla en el Norte, por temor a un desembarco secundario de los aliados en su zona; y, si bien éstos ignoraban tal circunstancia, las fuerzas que custodiaban el área del canal de la Mancha no iban a ser trasladas a Normandía hasta que Hitler se convenciera de que el peligro de una invasión por el Paso de Calais no se materializaría. En pocas palabras, la batalla que se avecinaba tendría que reñirse por aquellas divisiones de infantería que estuviesen más a mano y por otras unidades que pudieran ser transferidas rápidamente a la zona de peligro: lo que equivalía a las panzer. De las nueve disponibles (porque una se iba a quedar en el Sur) las SS proporcionaron cuatro. Poco después del comienzo de la lucha iban a añadir otras dos *(Hohenstauffen* y *Frundsberg)*. Por lo que, en un sentido muy real, Normandía sería una batalla de la SS.

Debido al éxito del plan de engaño que montaron los aliados, las fuerzas acorazadas alemanas intervinieron, por lo general, demasiado tarde el propio Día-D para impedir que las primeras oleadas se aseguraran en las cabezas de playa. Pero en las operaciones llevadas a cabo por aquéllos con el fin de ampliar sus zonas de desembarco y abrirse paso

Un oficial de infantería de la SS entre los restos de la derrota, Francia, 1944.



Gustav von Kahr, primer ministro de Baviera en 1923. Fue un renuente aliado de Hitler.



Otto Skorzeny, salvador de Mussolini y extraordinario comando de la SS.

después a terreno abierto, fueron frecuentemente las divisiones de la SS las que le cerraron el camino. Desde el punto de vista de los generales aliados, así debía ser, ya que su estrategia preveía trabar combate y «rebajar» el poder de las fuerzas acorazadas alemanas en el frente británico mientras los norteamericanos acumulaban fuerzas para su penetración sin trabas en Bretaña. Para los soldados aliados en campaña —principalmente los británicos al Este y al Oeste de Caen—, aquella estrategia, y la oposición que atrajo, iba a suponer una serie de duros, prolongados y a menudo aparentemente infructuosos encuentros sangrientos.

La primera de estas batallas fue la del cruce del río Odon, al Sudeste de Caen, planeada como un ataque convencional de infantería pero apoyada con gran lujo de artillería y carros. Con un buen comienzo el 26 de junio, la división escocesa, que había actuado como punta de lanza, abrió rápidamente un pasillo hasta el río, pero pronto se halló cogida concéntricamente por el I Cuerpo Panzer de la SS (*Leibestaandarte y Das Reich)* al mando de Dietrich. Forzada a detenerse allí mismo, sufrió al cuarto día un contraataque devastador del II Cuerpo de la SS (*Frundsberg* y *Hohenstauffen)* y tuvo que suspender la operación.

Estas dos últimas divisiones, cuya intervención correspondía a lo que era entonces norma clásica de la SS, habían montado su asalto prácticamente sobre la marcha. Tras haber dejado Francia en abril para efectuar su contragolpe en Tarnopol, recibieron órdenes de volver al Oeste el 12 de junio y llegaron a la frontera francesa el 16. Tal y como Rommel había predicho, sin embargo, la vigilancia de las patrullas aéreas aliadas y las destrucciones causadas por los bombardeos en la red ferroviaria gala les forzaron a invertir casi dos semanas en el corto viaje de Alsacia - Lorena a Normandía. Fue un notable tributo a su moral y a su disciplina de marcha el que hubieran llegado tan dispuestas para el combate.

La *Das Reich* también había tenido que hacer un largo y penoso viaje para llegar al campo de batalla, saliendo de Burdeos hacia el Norte por carretera, pero su comportamiento en ruta exige un juicio diferente. Hostigada por los luchadores de la resistencia, no pudo avanzar a la velocidad que habría deseado, y se detuvo en Oradour-sur-Glane, localidad elegida al parecer arbitrariamente por uno de los jefes de regimiento, para ejercer represalias. Los hombres del pueblo fueron rodeados y fusilados, y las mujeres y niños llevados a la iglesia, a la que prendieron fuego. Perecieron todos menos uno de los 642 habitantes de Oradour. Esta atrocidad —que es, con mucho, la más terrible cometida en la Europa occidental por ninguna otra unidad alemana— pasó inadvertida en su época. Inmediatamente después, la *Das Reich* fue absorbida en la lucha en torno al perímetro de la cabeza de puente.



Anton Mussert, jefe del partido nazi holandés.

A las tres semanas de la batalla del Odon, las *Leibstandarte, Hohenstauffen* y *Hitler Jugend* iban a cooperar a embotar lo que, además, sería el intento más concentrado de las fuerzas acorazadas aliadas para romper la bolsa de Caen. Esta operación —que recibió el nombre clave de «Goodwood»— desencadenó el 18 de julio el ataque de tres potentes divisiones acorazadas británicas siguiendo una línea directa por el pasillo entre Caen y las alturas al Este de la ciudad, tratando de abrir brecha en la serranía de Bourgebus y salir a campo abierto. Precedió a la acción el más devastador bombardeo en rosario realizado hasta entonces por las fuerzas aéreas aliadas sobre posiciones terrestres en Normandía: un terremoto de tres horas que dejó a la infantería alemana trémula de impotencia y que averió o destruyó a la mayoría de los carros desplegados por la división acorazada de apoyo. Lanzadas precipitadamente en su estela, las unidades británicas lograron todos sus objetivos primarios conforme al plan previsto; pero, al llegar los primeros carros Sherman —débiles de potencia de fuego y un tanto inflamables— al pie de las cimas de Bourgebus, se incendió un escuadrón tras otro. Defendían férreamente la cresta los SdKfz IV y Panther de la *Leibstandarte*, que habían escapado al bombardeo. Al día siguiente se les unieron elementos de las *Hitler Jugend* y *Hohenstauffen*. Una vez más, Montgomery se vio obligado, a causa principalmente de la resistencia ofrecida por unidades de la Waffen SS, a cancelar una importante operación ofensiva.

Sin embargo, el tiempo se acababa para la totalidad del Ejército alemán en Normandía. Escaso de pertrechos y prácticamente sin refuerzos, excepto retazos de infantería que no podían resistir el peso de los ataques aliados, el grueso alemán sucumbía metódicamente a la estrategia de desgaste de su adversario. Cinco días después del fracaso de «Goodwood», los norteamericanos del flanco opuesto consiguieron perforar la debilitada cresta y abrirse camino hacia el Sur por terreno abierto. A tiempo que una columna ganaba terreno hacia Avranches, en la costa, otra iniciaba un movimiento envolvente en torno al extremo roto del frente alemán en St. Lo. Parecía inminente el cerco. Había llegado el momento, de acuerdo con cualquier cálculo militar racional, de ordenar una retirada de Normandía a posiciones más defendibles al otro lado del Sena.

Pero ése no era el punto de vista de Hitler. Siempre —en Moscú, en Stalingrado, en Sebastopol— había insistido en que sus soldados debían combatir «hasta el último hombre y el último cartucho», y no estaba dispuesto a suavizar ahora tal principio. Sus razones no carecían totalmente de fundamento. Una vez que el ejército occidental abandona-



Quisling medita sobre su futuro, 1944.



General von Lossow, jefe de la división bávara de la Reichswehr, 1923. Hitler creía que sus soldados no dispararían contra él.



Walter Darré, cuyas ideas en «Sangre y Duelo» trató Himmler de personificar en las leyes sobre matrimonio de la SS.

ra sus posiciones, argüía, se expondría a la destrucción en la misma escala en que se había arriesgado el oriental en 1941, porque carecía de medios para cubrir su retirada. En resumen, las fuerzas alemanas resultaban demasiado débiles para retroceder.

Su componente acorazado, decidió el Führer por otra parte, era todavía bastante fuerte para montar un contraataque que aún podía resultar decisivo. La irrupción norteamericana seguía confinada a un estrecho pasillo, dominado por los alemanes en un flanco, y en el otro por el mar. Si se reunían las divisiones panzer y se lanzaban en tromba hacia la costa, en Avranches, podían separar la cabeza de la columna norteamericana de su cola, derrotarla separadamente y volverse para devastar las cabezas de playa.

Por tanto, durante la primera semana de agosto, se hicieron en Normandía occidental los primeros movimientos de un extraño juego de estrategia. Mientras las columnas acorazadas y motorizadas norteamericanas empujaban con fuerza hacia el Este en una curva cada vez más amenazadora, las divisiones acorazadas alemanas *—Leibstandarte, Das Reich, Hohenstauffen, Frundsberg, Götz von Berlichingen* y las 2.ª, 21.ª y 116.ª del Ejército— se movían hacia el Oeste sobre un arco interno. El 7 de agosto, por la mañana, desencadenaron su ataque.

Calificar el resultado de fracaso es erróneo por defecto. El contraataque de Mortain fue un desastre en máxima escala, que llevó directamente a la destrucción del ejército alemán del Oeste. No se puede culpar de él a ninguna de las divisiones participantes, las cuales lucharon con gran tenacidad: las *Leibstandarte* y *Das Reich* consiguieron penetrar el flanco descubierto de los norteamericanos. Ninguna, sin embargo, disponía ya de la potencia precisa para desencadenar un ataque en profundidad. El fracaso fue obra de la locura de Hitler; en el plazo de una semana iba a pagar el precio de ella.

El que se librara de saldar la cuenta se debió a la extraordinaria hazaña de la más joven —en todos los sentidos— de las escogidas divisiones acorazadas de la SS: la *Hitler Jugend*. Dejada para apuntalar a la infantería que se oponía a los británicos, cuando el resto de las fuerzas acorazadas había marchado hacia el Oeste una semana antes, se encontró el 13 de agosto manteniendo la única salida que les quedaba abierta a los alemanes en Normandía. Esta, la brecha Falaise - Argentan, representaba la boca de un saco de cuyos lados tiraban fuertemente en dirección Norte los británicos y canadienses que atacaban desde Caen, y hacia el Sur los norteamericanos, que ahora rebasaban libremente a los inmovilizados panzer en Mortain y corrían hacia el Sena. En el interior del saco, los restos de veinte divisiones de infantería y ocho acorazadas teutonas luchaban por sobrevivir. Durante los seis días siguientes, la *Hitler Jugend* peleó para mantener abierta su ruta de escape. El 20 de agosto, reducida a un mero esqueleto, se vio forzada a ceder en el esfuerzo. Para entonces, sin embargo, los hombres de las divisiones bloqueadas podían aún moverse, aunque casi nada de su equipo, habían logrado volver a la línea del Sena.

Lo habían hecho casi sin informar a Hitler, que seguía exigiendo lo imposible, el nuevo jefe del Grupo de Ejército B —nombrado el 16 de agosto—: el general Model, que en julio había restablecido el frente en Polonia tras una catastrófica batalla— tan grande fue su escala y tan fluida su forma— como la destrucción del Grupo de Ejército Centro, era quizá el único hombre con valor suficiente para haber actuado con independencia. Kluge, sucesor del herido Rommel, ni siquiera se había atrevido a contarle los hechos a Hitler, y Dietrich, su antiguo guardaespaldas, aún su favorito y, como jefe del I Cuerpo Panzer de la SS, testigo presencial del desastre, rehusó hacerlo por él. «Si quiero que me fusilen, ese es el medio de conseguirlo», le había dicho a Kluge. Model había venido, visto, aceptado la derrota tal como era y recogido los restos que quedaban.

Dadas las circunstancias, se había comportado con un valor moral extraordinario, porque agosto de 1944 era un mal mes para que los generales contrariaran a Hitler, incluso por bagatelas. Sólo un mes antes, la «oposición militar», tanto tiempo inactiva, que se puede excusar a los servicios de información aliados por haber dudado de su existencia, había intentado asesinarle. El fallo de la intentona, y el fracaso, aún más inepto, de su golpe de Estado en Berlín, había desatado todo el odio y el desprecio latentes que el Führer sentía por la casta militar, y se había lanzado a una orgía de venganza. La casi insubordinación de Model escapaba al castigo quizá sólo por su descaro.

La traición de los generales pudo haber sido preparada por Himmler, tan perfectamente servía al fomento de sus ambiciones. Porque dio como resultado, a nivel personal, su nombramiento para el puesto clave de jefe del Ejército de Reserva, que incluía también el control sobre la asignación de potencial humano y equipo (en adelante, claro está, la SS iba a carecer de muy poco); en el ámbito general, a que, para los puestos de mando, los oficiales de la Waffen SS tendrían preferencia sobre los del Ejército. Hasta entonces, el más alto empleo alcanzado por un miembro de aquéllas era el de jefe de cuerpo de ejército (aunque Hausser había ejercido el control del Séptimo Ejército durante un breve período); no tardaría en haber jefes de ejército e incluso de grupo de ejércitos pertenecientes a las fuerzas de Himmler, y se formaría un ejército titular de la SS. No importaba que se tratara de mandos en una Wehrmacht que se movía inexorablemente hacia la derrota; para Himmler, las formas contaban mucho más que la realidad.

La creciente dependencia de Hitler respecto a la SS Armada, se reforzaba por la parte que sus divisiones iban a desempeñar en detener la explotación que las fuerzas aliadas hacían de su victoria en Normandía. Esa explotación había llevado a las vanguardias británicas, en los primeros días de septiembre, a distancia percuciente de la frontera alemana, y, tras mucho cavilar, Eisenhower había dado permiso a Montgomery para completar su victoria estableciendo una cabeza de puente a través del Rhin, mediante una operación aerotransportada, en Arnhem. El asalto se organizó perfectamente, pero la infor-



mación aliada no había logrado detectar que las divisiones *Hohenstauffen* y *Frundsberg*, machacadas hasta lo indecible por su larga odisea y subsiguiente huida, fueron enviadas a Arnhem para descansar. Alertadas pocas horas después del desembarco, lo que les quedaba en carros e infantería trabó combate inmediatamente con los aguerridos paracaidistas de la 1.ª División Aerotransportada británica. La clave de la batalla era el puente de la carretera de Arnhem, que había sido conquistado por un batallón de dicha fuerza, el cual tenía órdenes de conservarlo hasta que llegaran del Sur columnas acorazadas británicas. Para detenerlas, y para vencer a los paracaidistas norteamericanos que mantenían abiertos los cruces de los ríos por debajo del Rhin, la *Hohenstauffen* y la *Frundsberg* se habían asegurado su paso a través de él, ya que todos sus carros se hallaban en la ribera Norte. Por tanto, durante cuatro días, rugió la lucha en torno al extremo septentrional del puente hasta que, abrumados por efectivos superiores y el peso del equipo, los restos del batallón se rindieron. Se habían defendido el doble del tiempo que se calculó; pero los carros británicos sólo habían cubierto la mitad de la distancia prevista. «Así fue que tres horas antes de que el primer carro británico cruzara el puente de Nimega, en dirección Norte, el primer carro alemán pasaba por el de Arnhem camino del Sur.» El resultado iba a ser decisivo para el éxito de la operación.

Mientras los británicos no lograban penetrar en Alemania por la ruta Norte, el Tercer Ejército norteamericano del general Patton, que había cerrado el anillo alrededor de las fuerzas alemanas en Normandía, atacaba, también infructuosamente, por el Sur, en el paso de Lorena. Que se le hubiera dado o no la prioridad en la obtención de suministros que Montgomery había conseguido de Eisenhower para la operación de Arnhem sigue siendo motivo de discusión. Pero el argumento de que, con dicha prioridad, habría roto la Muralla del Oeste de un solo golpe debe ser acogido con cautela. Es cierto que el ejército occidental de Alemania había sido aniquilado en la batalla de Normandía y en su huida de Francia; pero de sus restos, el Alto Mando, con talento peculiarmente alemán, había organizado, a primeros de septiembre, una guardia fronteriza de especial cohesión. Ejemplo típico de su habilidad en improvisar «unidades de alarma», como se las llamó, era la que se formó para la defensa de Metz, la 462.ª División, uno de cuyos mejores batallones consistía en la plana mayor y los alumnos de la escuela de comunicaciones de la SS, allí establecida. Ella y la rápidamente remozada *Götz von Berlichigen* defendieron resueltamente las antiguas fortificaciones contra los duros y prolongados asaltos de las muy superiores fuerzas de Patton.

Derrotados en Holanda y estancados en Lorena, los aliados habían perdido en octubre el ímpetu que los había llevado desde Francia a la frontera alemana en un temerario galope durante el mes de septiembre. La lucha del otoño pronto se resolvió en una dura batalla de castigo, que, a la larga, Alemania no podía sostener y de la que los aliados no podían pasar a la ofensiva hasta que hiciera mejor tiempo y organizaran un servicio de abastecimiento más eficaz. Por tanto, a primeros de diciembre, los planes para derrotar a los alemanes en campo abierto habían sido aplazados hasta la primavera.

Sin embargo, Hitler no estaba dispuesto a conformarse con esas fechas. Veía las señales del inminente aniquilamiento con la misma claridad que los oficiales de información aliados, pero aún tenía la voluntad, y buscaba los medios, de desbaratar estos cálculos. A finales de otoño había alistado un gran número de divisiones *Volksgrenadier*, y con éstas y las reequipadas unidades acorazadas pensaba montar un ataque principal de disrupción contra uno u otro de sus enemigos. Una rápida apreciación le convenció de que su fuerza de choque sería absorbida si la destinaba al frente oriental. Juzgaba más vulnerable al Oeste por dos razones, militar una y política la otra. En este último terreno, pensaba que podía conseguir condi-

Sepp Dietrich, Hitler y Himmler presenciaban el desfile de la Leibstandarte. **Berlín, 1938.**



Peiper avanza sobre Malmedy, donde iba a organizar la matanza de prisioneros norteamericanos, diciembre de 1944.

ciones de los aliados si les castigaba con suficiente dureza, dejándole solamente con los rusos para combatir; militarmente, creía poder preparar la clase de golpe que arrebataría a los aliados la voluntad de lucha. Al igual que en 1940, lanzaría el ataque por las Ardenas, con el objetivo geográfico de alcanzar la costa del canal de la Mancha cerca de Amberes y el estratégico de separar a los británicos de los ejércitos norteamericanos.

Sus generales trataron de persuadirle respecto a la objeciones a dicho plan: que sus fines eran en exceso ambiciosos y que su fracaso le costaría su última reserva no comprometida. Hitler se mostró inflexible, utilizando gran parte del mismo argumento que había empleado en la disputa sobre la dirección de la batalla de Normandía: en pocas palabras, que Alemania era ahora demasiado débil para no atacar. Y para asegurarse de que el ataque sería llevado a cabo con resolución, confió el mando de los principales elementos implicados a un jefe de la Waffen SS, su viejo camarada Sepp Dietrich.

Las fuerzas a sus órdenes, el Sexto Ejército Panzer de la SS (la primera unidad de tal porte de la organización), iban a consistir en cinco divisiones de infantería y cuatro acorazadas: *Leibstandarte* y *Hitler Jugend* en la primera oleada, con *Das Reich* y *Hohenstauffen* a continuación. Todas habían sido pródigamente reequipadas con los Panther PzKpfw V en los batallones divisionarios y noventa Tiger bajo control central. A la izquierda del ejército de Dietrich, el Quinto Panzer tenía la misión de guardar su flanco y profundizar y ensanchar la penetración, mas el papel principal y decisivo era suyo: abrirse paso hasta Amberes, a 150 kilómetros de su línea de partida.

Este iba a ser el último gran ataque de la SS; en realidad, del Ejército alemán. Un ataque que, según les habían dicho a los jóvenes soldados de las divisiones de la organización —y así lo habían creído—, sería victorioso para ellos. «Escribo durante una de las trascendentales horas anteriores al ataque», decía una carta de un teniente de la *Hitler Jugend* dirigida a su hermana, «lleno de emoción y ansiedad sobre lo que traerán los próximos días. Algunos piensan en vivir, pero la vida no lo es todo. Basta saber que atacaremos y arrojaremos al enemigo de nuestra madre patria. Por encima de mí resuena el terrorífico ruido de las V-1 y la artillería». La misma mañana, 16 de diciembre su división avanzó para el asalto.

Las divisiones norteamericanas que tenían enfrente, faltas de preparación y con líneas de abastecimientos superestiradas, huyeron precipitadamente presas de pánico por la totalmente inesperada aparición de los Panthers y Tigers, ya que, en las posiciones avanzadas, los estadounidenses carecían generalmente de las armas adecuadas para hacer frente a tales carros. Por tanto, en el sector del Quinto Ejército Panzer, las divisiones 2.ª Panzer y *Lehr* pudieron realizar una rápida penetración. Sin embargo, en el de Dietrich, que era el que importaba, sus puntas de lanza chocaron, tras un prometedor comienzo, con una firme resistencia que continuó hasta endurecerse. Ello se debió en parte a la naturaleza del terreno, que favorecía la defensa y dificultaba los rápidos movimientos de los carros de combate, pero también a la dedicación de las divisiones de infantería de los Estados Unidos que se hallaban en la ruta de la *Leibstandarte* y la *Hitler Jugend*. Su espíritu de lucha se reforzó enormemente después del 17 de diciembre, tras haber corrido la noticia de que la SS estaba dando muerte a sus prisioneros; y, en realidad, esa había sido la suerte de los primeros que cayeron en manos del grupo avanzado de la *Leibstandarte*, porque el jefe del mismo, Peiper ordenó que noventa de ellos fueran ametrallados en un prado cerca de la ciudad de Malmedy. Nunca se han explicado satisfactoriamente sus razones, aunque probablemente tenían algo que ver con las órdenes dadas, antes del avance, de extender «una ola de terror». Indudablemente, esas órdenes no se dieron para ser interpretadas como lo hizo Peiper, y, en cualquier caso, el efecto de sus actos resultó contraproducente.

Los resultados conseguidos por la unidad destacada específicamente para sembrar la alarma y la confusión —la Brigada «Caballo de Troya» del coronel de la SS Otto Skorzeny— fueron, por otra parte, espectaculares. Sus dos mil comandos, muchos de ellos antiguos emigrantes a Norteamérica que hablaban inglés con fluidez, y todos vestidos con uniformes estadounidenses, causaron graves interrupciones en las líneas de comunicación, destruyeron gran cantidad de equipo y pertrechos e hicieron cundir el pánico en lugares tan distantes como el cuartel general de Eisenhower, que fue puesto bajo una vigilancia especial a causa del rumor de que un escogido equipo de asesinos se hallaba en camino para dar muerte al comandante supremo aliado.

Pero ni los retozos de Skorzeny ni los métodos de terror de Peiper podían alterar materialmente la balanza de la ventaja que, aunque en los primeros días de la campaña había parecido inclinarse del lado alemán, cayó acusadamente del

de los aliados hacia el 24 de diciembre. Para entonces, las divisiones acorazadas del Ejército, aunque no las de la SS, habían avanzado cien kilómetros, pero estaban dando las últimas boqueadas. Por Navidad, el tiempo, que había impedido los vuelos, aclaró lo suficiente para que las fuerzas aéreas aliadas, actuando en coordinación con importantes refuerzos terrestres, empezaran a empujar vivamente a los alemanes hacia sus puntos de partida.

Con el fracaso de las ofensivas de las Ardenas, se puede juzgar la prolongada intervención de Hitler en la fase de la estrategia terrestre. Naturalmente, aún retenía el poder de obligar a sus soldados a cumplir su voluntad, lo que significaba que debían combatir hasta el fin; pero había perdido los medios de imponer sus decisiones al enemigo. En los cuatro meses que quedaban de guerra, nunca iba a volver a lanzar un ataque que perturbara seriamente a cualquier alto jefe de uno u otro frente. Esto no quiere decir que, en adelante, sus tropas se limitaran a hacer una defensa enteramente pasiva. Atacarían, pero con objetivos que incluso el propio Hitler reconocía como limitados.

La más importante de estas ofensivas sería nuevamente un asunto de la SS, asunto que congregaría el máximo número de divisiones *élite* alemanas y germánicas jamás reunido para una operación. Tenía por objeto restablecer la situación en Hungría central, de donde Hitler sacaba sus últimos suministros de petróleo natural producida por los pozos del lago Balaton. Amenazada por el ala Sur del Ejército Rojo, que en enero había arrollado a la guarnición SS de Budapest, esta región iba a ser asegurada, según decidió el Führer en febrero, por una enérgica contraofensiva. La *Wiking* y la *Totenkopf* se hallaban ya en la zona; para juntarse a éstas envió el desgastado Sexto Ejército Panzer de la SS (*Leibstandarte, Das Reich, Hohenstauffen, Hitler Jugend*), y otras unidades entre las que figuraba la 16.ª *Reichsführer SS*. Pese a toda su fuerza, poco pudieron hacer, sin embargo, ante la enorme su-



Himmler y el jefe de la Juventud Hitleriana, Axmann, pasan revista a una unidad de voluntarios, 1943.

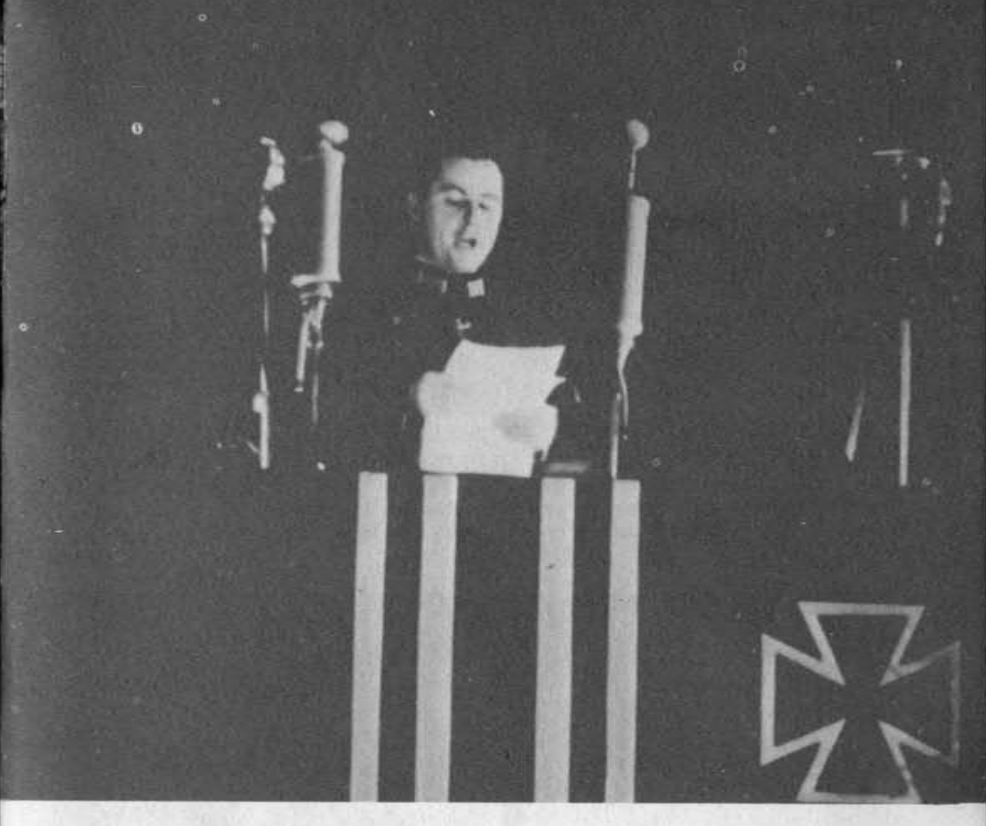
perioridad numérica de los rusos, y, aunque entre la primera y la tercera semana de marzo lograron ganar algún terreno, tuvieron que rendirse cuando el enemigo recuperó el equilibrio y contraatacó.

A principios de abril la derrota miraba cara a cara a Hitler y a sus soldados. Muchos la habrían aceptado en ese momento y lugar, con tal que se les pudiera garantizar la cautividad en manos británicas y norteamericanas; pero Hitler estaba decidido a llegar hasta el fin. Muy pocos deseaban unirse a él. Ciertamente, no Himmler, a quien el Führer no concedió ninguna gracia —ni él se hizo ningún bien— nombrándole jefe del Grupo de Ejército del Vístula, a finales de enero. Aunque el Reichsführer hubiera estado toda su vida fascinado por lo militar, no tenía —y pronto lo descubrió— ninguna disposición para el mando. Peor aún, llegó a la conclusión de que la guerra estaba perdida y, cediendo a las insinuaciones de los que se habían autonombrado asesores suyos en política exterior, comenzó a establecer comunicación con los aliados. Estos no lo tomaron —ni lo habrían tomado— en consideración, pero, de todos modos, llegó demasiado tarde. A mediados de abril se habían derrumbado los frentes del Este y del Oeste, Alemania estaba a punto de ser cortada en dos y el propio Berlín se hallaba amenazado de asedio.

En estos últimos momentos, Hitler anunció los planes para la operación que «infligiría la mayor y más sangrienta derrota de su historia» a los rusos. La iban a montar los tres ejércitos más próximos a Berlín, y Steiner desempeñaría el papel principal. Este era el Steiner que había mandado un batallón en el primitivo *Leibstandarte;* capitán gene-

Abajo: **Himmler, Hitler y Sepp Dietrich, 1939.** Derecha: **Mussert, Himmler, Schwarz y Wolff.**





Izquierda: **Alfred Rosenberg, ministro para los Territorios Ocupados del Este, cuyas teorías raciales se emplearon en el adoctrinamiento de la SS.** Arriba: **Degrelle, líder fascista belga, predica el evangelio del nazismo, Bruselas, 1943.**

ral ahora, su mando había incluido recientemente las divisiones *Frundsberg*, *Polizei*, *Nordland*, *Nederland* y *Wallonien*, pero desde entonces la mayoría de ellas se dispersaron. Sin embargo, recibió órdenes de intensificar el ataque, y Hitler pasó gran parte de sus últimos y delirantes días en el refugio de la Cancillería del Reich, debajo del lugar donde habían chocado las botas de los hombres del *Leibstandarte* para saludar las idas y venidas de una docena de años antes, siguiendo el imaginario progreso de su ejército en esqueleto.

Se acepta, en términos generales, que el reconocimiento por parte de Hitler del fracaso del ataque de Steiner y su descubrimiento de la doblez de Himmler, lo que ocurrió alrededor de los días 22 y 23 de abril, señalan el momento en que decidió acabar con todo. La Waffen SS y sus jefes le habían fallado. Ahora no había nadie en quien pudiera confiar, como dijo a sus compañeros de refugio, y se hallaba determinado a morir. Mientras un puñado de voluntarios extranjeros de la *Nordland*, la *Charlemagne* y de la 15.ª letona luchaban con los rusos en las ruinas sobre su cabeza, completó sus preparativos para suicidarse. Ya había destituido a Himmler de todos sus cargos y ordenado el arresto de Goering, que con demasiado afán había invocado las disposiciones en virtud de las cuales se le debía nombrar sucesor del Führer. Hizo entonces su testamento, redactó su finiquito político, se casó y se despidió. Su cadáver y el de su esposa, que también se había quitado la vida, fueron llevados al arrasado jardín de la Cancillería por oficiales de su escolta de la SS, e incinerados.

Soldados como otros

Ocho días después de que Hitler fuera llevado a una improvisada tumba por sus anderos de la SS, los delegados supervivientes del Alto Mando alemán firmaron con los aliados los términos para la rendición incondicional. Quince días más tarde, Himmler, prisionero de los británicos, mordía una cápsula de veneno y moría. Los seguidores de su clase rectora le habían seguido en la huida: unos, con más éxito, a la seguridad en tierras neutrales; otros, a diluirse en la oscuridad y a encontrar una nueva identidad en la propia Alemania; la mayoría, a ser cogidos como él dentro del tirante cordón de los puestos de control aliados. Los soldados de aquellas unidades de la Waffen SS que aún conservaban su cohesión habían marchado, por expreso requerimiento del Alto Mando alemán, hacia las líneas de los vencedores para entregarse.

Fue un mal fin para un ejército que, como Himmler había asegurado tiempo atrás a su confidente, Kersten, moriría —al igual que los godos en Vesuvius— alrededor de su jefe antes que abatir sus estandartes. Pero dado que él había fracasado señaladamente en acreditarse como un caudillo gótico, el final no resultaba sorprendente. Ni lo es, en vista de la abyecta conducta del Reichsführer en la derrota y de su sórdida muerte por propia mano en cautividad, que «en la Alemania de hoy no existe leyenda de la SS de seria entidad». Pero entonces hay pocas leyendas históricas en la Alema-

Tropas de seguridad de la SS de una unidad de montaña se dirigen a emprender una operación contra los partisanos en las tierras altas yugoslavas, febrero de 1944.







Arriba izquierda: **Un cañón autopropulsado de la SS en una posición defensiva en la carretera Zhitomiv-Kiev, diciembre de 1942.** Arriba: **Un oficial de la SS revisa a miembros flamencos de la Juventud Hitleriana, abril de 1944.** Abajo: **Una columna acorazada de la SS entra en acción en Budapest, 1945.**



nia actual y ninguna del pasado nazi, que se alza como una barrera de opresivo silencio entre los jóvenes y los que no son tanto. Las preguntas no se hacen; las respuestas no se dan.

Es fuera de Alemania donde persiste la leyenda nazi, y más intensamente en las tierras de los vencedores que en las de los vencidos. Y seguramente hay una leyenda de la SS, y una leyenda de múltiples facetas. Las partes de ella que tratan del sadismo sistemático y de la muerte industrializada ejercen la clase de fascinación culpable de la que el sano rechazo y los pornógrafos han aprendido a beneficiarse. Las que sustentan los serios intentos de explicar la actuación del régimen nazi en términos de «un estado SS dentro de otro estado» suministran material para un importante debate entre los historiadores de la Europa contemporánea. Pero paralela a éstas hay otra faceta de la leyenda, la que tiene un atractivo más amplio y no totalmente desagradable: es la de los jenízaros de la Waffen SS, fieles hasta la muerte y más fieros en el combate que ningunos otros soldados que lucharon en los campos de batalla occidentales. Es una leyenda empañada por una marca de atrocidades conocidas, pero en la que la dureza y la crueldad de los individuos parecen transcender por dedicación colectiva, camaradería y valor de grado singular. ¿Qué verdad hay en esta leyenda? ¿Fueron la Waffen SS un nuevo ejército de jenízaros? ¿Fueron también, como la acusación señaló en Nuremberg, criminales de uniforme? ¿O se trató, según dijo Paul Hausser en el estrado de testigos, de soldados como otros?

Por una serie de razones, evidentemente, no fueron lo último. Algunas son obvias. Otras han quedado casi inadvertidas, quizá porque el significado de la forma que Hitler dio al Ejército alemán, cuando inauguró su nueva expansión en 1935, ha escapado en su mayor parte al examen de los observadores. Esa forma, deliberadamente escogida por el Führer, era la de un ejército verdaderamente nacional, algo que Alemania jamás había poseído anteriormente. El ejército del Káiser fue una amalgama de los ejércitos de los estados alemanes, los cuales, aunque unificados en 1871, nunca dejaron por entero —como los esta-



Destrucción del gueto de Varsovia. El agente del SD que aparece a la derecha, en primer término, ha sido identificado y arrestado recientemente.

dos a los que previamente habían debido lealtad— de conservar las marcas de sus dispares orígenes. El Ejército bávaro permaneció, de hecho, como una organización separada hasta 1918; e, incluso bajo la República de Weimar, la división bávara de la Reichswehr podía señalar una línea independiente en los asuntos nacionales. Y el estatuto semiautónomo de los regimientos individuales del Imperio era un factor que Berlín tenía siempre que tener en cuenta en sus relaciones con el Ejército. Ningún cadete podía recibir su despacho hasta ser aceptado por los oficiales del regimiento en el que deseaba servir; a su vez, éstos mantenían un fuerte y recíproco lazo «asociativo» con antiguos compañeros y jefes ascendidos al empleo de general. Algunos regimientos, el 3.º de Guardias de a Pie, por ejemplo, estaban particularmente bien representados en el Estado Mayor General, pero todos poseían una identidad distinta que, para bien o para mal, determinaba sus lugares en la jerarquía militar. Bien se puede argüir que este sistema resultaba pernicioso, dado que la elección para un regimiento y la adjudicación del puesto de éste en el «orden de favores» del Ejército eran ambos función de la categoría social, y, como tal, dictada por un cuerpo de oficiales dirigidos por esnobistas. Mas, tanto militar como políticamente, el efecto del sistema no carecía totalmente de mérito. Políticamente, aseguraba que la organización del Ejército reflejara —y, por ello, mantuviera contacto— el sistema social del país; militarmente, estimulaba un elevado espíritu de competencia entre los regimientos, tanto en la paz como —lo que era más importante— en la guerra. Pero, sobre todo, se lograba un ejército muy independiente, gobernado por su propio código, altamente complejo y misterioso, y lleno de celo por preservar su variedad y tradiciones. Se sobreentiende que se trataba de un ejército sumamente leal, pero su lealtad tenía un límite fijo, determinado por los dictadores de la autoconservación. Así, permaneció inflexiblemente leal al Káiser: hasta el momento en que la insistencia del soberano en retener el trono forzó a sus generales a elegir entre el emperador y la disolución del Ejército. En esa crisis, se inclinaron por poner a éste por delante de su juramento a la bandera, aunque, como sucedió, habían dejado las cosas para demasiado tarde. Pero su elección constituye un indicio de su actitud fundamental.

Voluntarios letones de la SS hechos prisioneros por los británicos, junio de 1945.



La reducción del Ejército, según los términos del Tratado de Versalles, a un máximo de cien mil hombres imponía, naturalmente, el desguace de su organización tradicional; pero Seeckt, constructor de la nueva Reichswehr y arquetipo del oficial imperial, tomó las oportunas medidas para que, cuando se levantaran estas restricciones de tamaño, pudiera surgir desde el principio en su forma original. Así, cada uno de los nuevos regimientos fue considerado como «portador de la tradición» de varios de los antiguos, cuya descendencia volvería a la vida —tal se pensaba— en el futuro una vez más. Mientras tanto, buscaban restringir su admisión de oficiales a los tipos sociales que resultarían aceptables para los regimientos principales. El 9.º de la Reichswehr, por ejemplo, «*Graf Neun*» conservaba las tradiciones de los Guardias de a Pie, y reclutaba una gran proporción de sus oficiales entre familias tradicionalmente militares de la nobleza prusiana.

Ahora, el «sistema Seeckt» era anatema para Hitler, en parte porque aborrecía y despreciaba al antiguo cuerpo de oficiales; en parte también porque sentía un razonable temor a cuán indigerible podía resultar en un estado nazi un gran ejército rehecho de acuerdo con esa imagen. Cuando decidió que había llegado el momenoo de arriesgarse a ampliar la Reichswehr, no tendría, por tanto, trato con la idea de «portador de la tradición». El nuevo Ejército alemán iba a ser una organización tan uniforme y monolítica como pudiera; una unidad habría de tener exactamente la misma relación con otras como todo el resto, y sus oficiales, lejos de escogerse unos a otros, no abrigarían duda alguna de que debían su despacho, así como su lealtad, al Führer sólo.

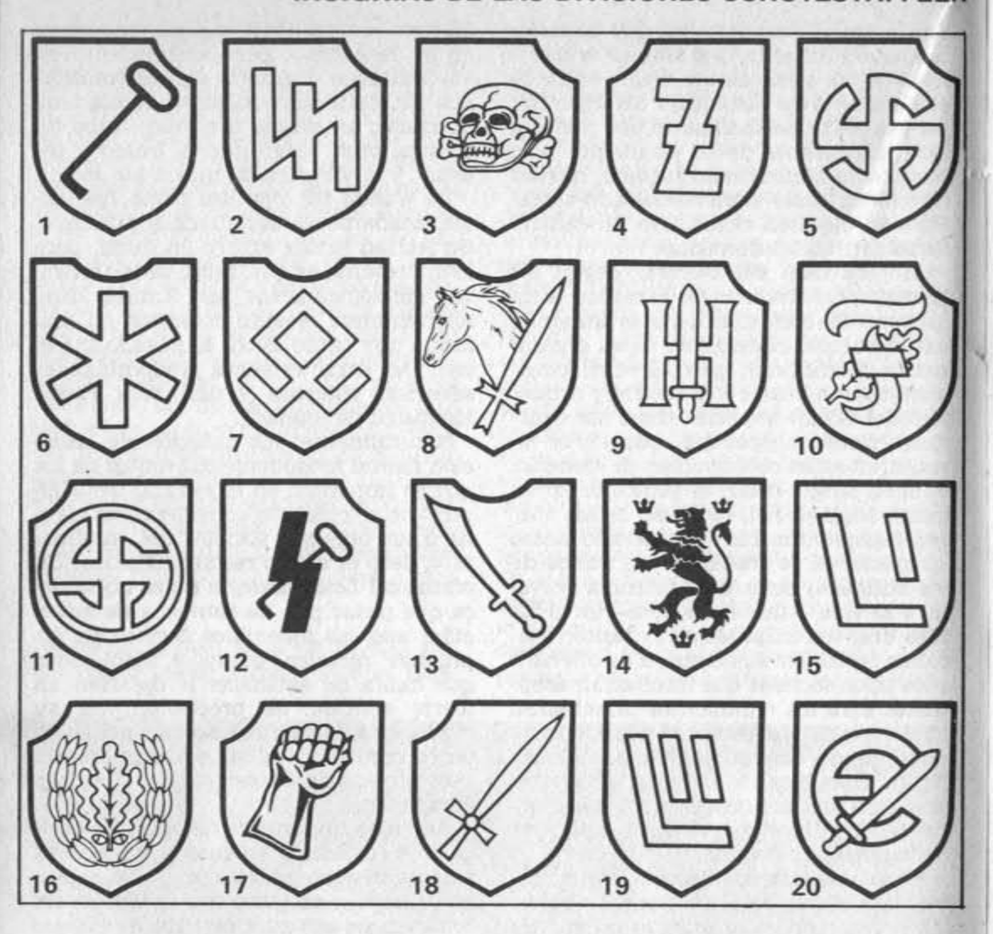
Pero lo que consiguió crear fue algo a mitad de camino, un ejército tan eficaz en el combate como lo había sido el del Káiser —en realidad, incluso más tenaz en el desastre—, pero ambivalente en sus lealtades e incierto de sus tradiciones. En cierto sentido, Röhm había tenido razón; un estado nazi necesitaba un ejército nazi, «algo nuevo, fresco y sin usar», y la Wehrmacht nunca fue eso.

La Waffen SS, por otra parte, fue inequívocadamente nazi desde el principio. Su lealtad jamás estuvo en duda; pero lo interesante es que, sobre unos cimientos ideológicamente tan firmes, Himmler hubiera elegido construir en una forma que tanto debía al pasado imperial. Dos características predominaban: selección rigurosa y una muy fuerte identidad de unidad.

Naturalmente, los criterios de selección fueron totalmente diferentes de los que se imponían en el ejército del Káiser —no se prestaba consideración alguna a los orígenes sociales del candidato—, pero el efecto resultó idéntico. Un oficial del *Leibstandarte* quizá no tuviera que pasar por los procesos de selección; mas las inflexibles normas de las pruebas raciales, físicas e ideológicas que había de satisfacer le dejarían un fuerte sentido de preeleción: en su modo, un refuerzo incluso más poderoso de la confianza en su posición que lo que produciría el ser elegido por sus compañeros.

Aún más importante fue quizá la decisión de conferir a las unidades nombres intensamente evocadores, ya que esto contribuyó a asegurar que la Waffen SS tendrían un superior espíritu de cuerpo y un atractivo popular más fuerte que las monótonas unidades del Ejército. *¡Leibstandarte, Totenkopf, Hohenstaufen!* Estos eran nombres que resonaban con la emoción de la batalla y evocaban ecos del pasado, de los Guardias de Corps de los Reyes de Baviera, de los Húsares de la Muerte de Federico el Grande, de los regimientos de coroneles propietarios que habían ganado honores en una docena de guerras europeas. No es extraño que los ávidos jóvenes alemanes se hubieran disputado la selección y, una vez alistados, sintieran el más fiero orgullo por la reputación de las divisiones que llevaban tan espléndidos títulos a la batalla. Así, fueron ellos, portadores de una tradición enteramente nueva, los que heredaron con mayor plenitud el legado emocional del pasa-

INSIGNIAS DE LAS DIVISIONES SCHUTZSTAFFELN





1 **I SS Panzer Division 'Leibstandarte'**
2 **II SS Panzer Division 'Das Reich'**
3 **III SS Panzer Division 'Totenkopf'**
4 **IV SS Pz Gren Division 'Polizei Division'**
5 **V SS Panzer Division 'Wilking'**
6 **VI SS Mountain Division 'Nord'**
7 **VII SS Vol Mnt Division 'Prinz Eugen'**
8 **VIII SS Cavalry Division 'Florian Geyer'**
9 **IX SS Panzer Division 'Hohenstaufen'**
10 **X SS Panzer Division 'Frundsberg'**
11 **XI SS Frw Pz Gren Division 'Nordland'**
12 **XII SS Panzer Division 'Hitlerjugend'**
13 **XIII SS Mountain Division 'Handschar'**
14 **XIV SS Waffen Gren Division 'Galizische No I'**
15 **XV SS Waffen Gren Division 'Latvian No I'**
16 **XVI SS Pz Gren Division 'Reichsführer SS'**
17 **XVII SS Pz Gren Division 'Gotz von Berlichingen'**
18 **XVIII SS Vol Pz Gren Division 'Horst Wessel'**
19 **XIX SS Waffen Gren Division 'Latvian No II'**
20 **XX SS Waffen Gren Division 'Estonian No I'**

21 **XXI Waffen Geb Div der SS 'Skanderbeg'**
22 **XXII SS Frw Kav Division 'Maria Theresa'**
23 **XXIII SS Vol Pz Gren Division 'Nederland'**
24 **XXIV SS Waffen Mountain Div 'Karstjäer'**
25 **XXV SS Waffen Gren Division 'Hungarian No II'**
26 **XXVI SS Waffen Gren Division 'Hungarian No III'**
27 **XXVIII SS Vol Gren Division 'Flemish No I'**
28 **XXVIII SS Vol Pz Gren Division 'Wallonie'**
29 **XXIX SS Waffen Gren Division 'Italian No I'**
30 **XXX SS Waffen Gren Division 'Russian No II'**
31 **XXXI SS Frw Gren Division**
32 **XXXII SS Frw Gren Division 'Böhmen-Mähren'**
33 **XXXIII SS Vol Gren Division 'January 30'**
34 **XXXIV SS Waffen Gren Division 'Charlemagne'**
35 **XXXV SS Gren Division 'Landstorm Nederland'**
36 **XXXVI SS Pol Gren Division 'Polizei Division II'**
37 **XXXVII SS Waffen Gren Division 'Dirlewanger'**
38 **XXXVIII SS Vol Cavalry Division 'Lützow'**
39 **XXXIX SS Pz Gren Division 'Nibelungen'**

do; y su comportamiento en el combate demuestra cuán poderoso agarre retenían estas emociones históricas en la mente militar alemana, como verdaderamente lo conservan aún. La moderna Bundeswehr, un ejército «nuevo, fresco y sin usar» si es que ha habido alguno, lanza anhelantes miradas al pasado, a las tradiciones del Ejército Imperial, con cuyos regimienoos ansía constantemente identificar los suyos.

La decisión de Himmler de invocar el pasado en el servicio del presente implicaba el riesgo —aunque tuviera pleno éxito en la práctica— de estimular la misma clase de actitudes institucionales que en la crisis de noviembre de 1918 había llevado al Ejército a derrocar al Káiser. Estas actitudes —o, más bien, la pauta de conducta a la que se elevaron— se denominan generalmente con el nombre de pretorianismo, alusión al hábito de la Guardia Pretoriana de Roma de hacer y deshacer Césares. El pretorianismo es un fenómeno al que se expone cualquier estado que mantenga un ejército permanente; pero, más que otros, el estado dictatorial, que basa su dominio en la fuerza. Más riesgo corren aquellos regímenes en los que todo el poder está investido en individuos solos o en grupos de individuos, quienes, como consecuencia, se ven forzados a mantener, entre ellos y los gobernadores, una barrera física de hombres armados y escogidos. El dilema esencial de la situación resultante se conoce desde hace tiempo; y en realidad se ha epitomizado en una de las más famosas sentencias latinas: *«Quis custodiet ipsos custodes?»* ¿Quién guardará a los guardias? No el gobernante, ya que, paradójicamente, es su rehén. No una guardia interior de nuevo, pues ésta heredera rá automáticamente los poderes de vida y muerte de la primera. El problema es, por supuesto, insoluble.

Hitler nunca lo resolvió porque jamás lo enfrentó; tuvo la suerte de poder diferir un conflicto con el Ejército hasta después de haber empezado la guerra, pero antes de que la Waffen SS, en la cual el estado pretoriano se hallaba claramente latente, hubiera alcanzado la fuerza, y sus jefes la confianza, de afrontarle directamente. Después de esto, el Ejército y la Waffen SS iban a estar tan intensa y continuamente ocupados fuera y dentro de las fronteras del Reich que Hitler podía operar desde el centro sin temor al ataque de fuerza alguna superior a la que su escolta personal de policía pudiese derrotar. Parece, y lo fue, una posición extraordinariamente precaria para que la tolerara un dictador; pero, no obstante, lo cierto es que el principal impedimento a los planes de los conspiradores de julio fue la ausencia casi total de tropas, tanto en las cercanías de la Guarida del Lobo, en Rastenburg, como en Berlín. El éxito de su golpe dependía, por tanto, de su capacidad para movilizar la plana mayor de una escuela de aplicación de blindados —a tres horas de coche de la ciudad— y, mientras tanto, de bloquear el tráfico de comunicaciones entre el cuartel general del Führer y la capital mediante el engaño y el «bluff». Al restablecerse las trasmisiones antes de que pudieran llegar las tropas, el golpe fracasó. Sin embargo, los conspiradores fueron vencidos por la fuerza más pequeña que se pueda imaginar: un solo batallón de guardias de seguridad cuyo jefe permaneció leal a Hitler.

Para disgusto de Himmler, el batallón pertenecía al Ejército, no a la Waffen SS. ¡En qué deudas de gratitud no hubiera incurrido si hubiera tenido la previsión de dejar un batallón de la *Leibstandarte* de guarnición permanente en Berlín! Pero la ciudad estaba aún más vacía de fuerzas de la SS que de tropas del Ejército el 20 de julio de 1944, resultado de la decisión de Hitler —y de Himmler— de que su papel en tiempo de guerra debía ser ganar distinciones en el frente a fin de adaptarse a un cometido

Policías «auxiliares» nazis hacen instrucción en Berlín, 1934.



Degrelle, jefe de la división Wallonien, en la retirada por Pomerania, febrero de 1945. Luce la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro.

de época de paz como guardianes del régimen.

Incluso al final, cuando la lealtad de Himmler al Führer comenzó al cabo a desgastarse, parece no haber considerado utilizar la Waffen SS como una ficha en el juego que estaba jugando, debido principalmente a que se sentía un tanto confuso para decidir si iba a oponerse o no a Hitler; pero también, como habría reconocido si hubiera pensado en ello, porque sus divisiones estaban demasiado comprometidas en el frente para ser retiradas. Por tanoo, de principio al fin, la Waffen SS jamás se acercó a una condición de guardia pretoriana, ni fue considera así ni por Hitler ni por Himmler.

Pero si no es eso, ¿fueron los de la SS mucho mejores soldados que los de la Wehrmacht? ¿Merecieron que se pensara en ellos como de un nuevo ejército de jenízaros?

No hay una respuesta sencilla a tal pregunta. Es, indudablemente, cierto que algunas de las divisiones de la SS actuaron soberbia y constantemente bien; pero no puede decirse lo mismo de todas. Las unidades de menor categoría, como las escasamente privilegiadas en la adjudicación de hombres y equipo —las divisiones de caballería, la *Polizei* y las de alemanes raciales—, tuvieron un historial errático, incluso aunque, como consecuencia de su dudosa calidad, nunca se les encomendaran tareas de naturaleza muy exigente. La *Polizei*, por ejemplo, empezó la guerra como un contingente sin disfraz, mal equipado y de edad madura, se ocupó siempre de realizar tareas un tanto secundarias y, aun después de haber sido convertida a la especialidad de granaderos blindados, jamás fue elegida para intervenir como fuerza de choque en un frente importante.

Las divisiones extranjeras de la SS, con excepción de la *Wiking* y la *Nordland*, eran todas demasiado pequeñas o estaban escasamente motivadas para suponer algo en acontecimientos de la escala en que se enconoraron implicadas. Ninguna de las unidades europeas occidentales de la SS alcanzaron nunca unos efectivos mucho mayores de los regimentales y, cualquiera que fuese la desesperación con que lucharan —incluso hasta el fin—, los regimientos eran la calderilla de la estrategia en una guerra decidida entre grupos de ejércitos. La mayor parte de la SS del Este de Europa fue puro desecho si se exceptúa a las divisiones letonas y estonias, que combatieron en defensa de sus propias patrias. El resto no pasó de ser despreciable o patético, y nada añadió al esfuerzo de guerra alemán: en realidad, por su consumo de municiones, que podían haber sido mejor utilizadas por fuerzas convencionales, probablemente lo obstaculizó.

Pero las unidades de *élite* —*Leibstandarte, Reich, Totenkopf, Hohenstauffen, Frundsberg, Hitler Jugend*— fueron, sin discusión, divisiones de la máxima calidad, grandemente estimadas por los generales que tuvieron la fortuna de tenerlas bajo su mando, y justamente temidas por sus enemigos. Si fueron mejores que las unidades con las que estrictamente se deben igualar —las mejores divisiones panzer del Ejército— es imponderable. En verdad, más que comparar las dos categorías, probablemente sea más válido considerarlas como partes de un todo: la vanguardia acorazada de la Wehrmacht. De esa vanguardia, las divisiones distinguidas de la Waffen SS constituyeron, alrededor de 1943, una importante proporción —casi una cuarta parte—, y su actuación y aspecto se habían convertido, en esa etapa de la guerra, en algo más o menos indestinguible del resto. Ello dio a Himmler motivo de inquietud, pues, en agosto de 1941, se quejó de que, en una división de la SS, los empleos de la Wehrmacht se usaban exclusivamente, tanto fuera como dentro del servicio. Tanto en una como en otra circunstancia, y en toda la correspondencia que pasara por el correo de campaña, los jefes de la SS deberán usar únicamente los empleos de la organización. (La SS había heredado sus anteriores nombres de graduaciones de la SA.) Otra alta jerarquía de aquéllas informaba que Steiner, jefe de la *Wilking*, «se estaba modelando mentalmente», en 1942, «sobre el molde de la Wehrmacht»; si esto es cierto de un hombre tan completamente SS, es pro-



Hitler, Himmler y Henlein, líder de los alemanes sudetes.

bable que también lo sea de muchos otros. Sin embargo, hacia el final de la guerra, parece probable que las divisiones más destacadas de la Waffen SS superaran en calidad a las unidades acorazadas del Ejército, pero solamente porque gozaban de preferencia en cuanto a conseguir refuerzos y al suministro de equipo.

Un aspecto en el que resulta importante buscar diferencias entre la SS Armada y el Ejército es el de las atrocidades. La SS, en las que se incluían específicamente la Waffen, fueron, a diferencia de la Wehrmacht, acusadas de organización criminal en Nuremberg, y tanto en el curso del proceso como después del mismo, los generales alemanes, y otros representantes del Ejército alemán, se han esforzado constantemente en hacer ver que todas las atrocidades cometidas en campaña fueron obra de los hombres de Himmler. Generalmente, no han adjudicado la responsabilidad a la propia Waffen SS, sino a esa masa heterogénea de tropas de seguridad, de policía, antiguerrilla y de voluntarios locales que se hallaban bajo el mando de los más altos jefes de la SS y de las fuerzas policíacas de Himmler, quienes gozaban de autoridad en las zonas de retaguardia de los sectores de operaciones del Este. Pero cuando se han identificado a verdaderos soldados, los defensores de la reputación del Ejército no se han mostrado nunca remisos en insistir en que debía tratarse de miembros de la Waffen SS. ¿Qué hay de realidad en esta condena?

Dado que la escala y la confusión de la lucha en el Este desafía una exacta disección, parece improbable que podamos, en un futuro próximo, repartir justamente la culpa entre una y otra categoría de soldados alemanes. Aparentemente, sin embargo, se atribuyen a la Wehrmacht más incidentes merecedores de censura de los que los generales quisieran admitir. Por supuesto que ellos no desearían aceptar ninguno, pero les sería imposible negar que la Orden sobre Comisarios (que prescribía la ejecución inmediata de todos los comisarios políticos hechos prisioneros) se refería por igual al Ejército y a la SS y ambos la llevaron a cabo, aunque en su cumplimiento la segunda no mostró nada de la repugnancia que indudablemente evidenciaron algunas unidades del primero. También resultaría difícil negar, ya que tanto las tropas del Ejército como las de la SS se emplearon en operaciones contra los partisanos, que por la menos cierta proporción de las familias y vecinos de éstos, indudable y deliberadamente eliminados en el curso de las operaciones, lo fueron por el Ejército. Y nada fácil sería refutar que las muertes de algunos, probablemente de muchos de los millones de soldados rusos que perecieron en cautividad, se debieron al descuido o a la crueldad de sus captores, y que, a veces, algunas unidades de la Wehrmacht fusilaron inmediatamente a sus prisioneros.

Dicho esto, no se puede, sin embargo, argumentar que el Ejército alemán se comportó en el Oeste con marcada correción, mientras que unidades de por lo menos cuatro divisiones de la Waffen SS —*Totenkopf, Das Reich, Leibstandarte* y *Hitler Jugend*— cometieron atrocidades en aquel escenario, las tres primeras en escala importante, en Le Paradis, Oradour y Malmedy, respectivamente. La reprobable acción de la *Hitler Jugend* se recuerda menos bien aunque su jefe, Kurt Meyer, fue condenado a muerte por crímenes de guerra. El tribunal dictaminó que unidades de su división, actuando aparentemente con su aprobación, habían dado muerte a 64 prisioneros británicos y canadienses, muchos de ellos heridos, durante la batalla de Normandía. Meyer, el general más joven de las fuerzas armadas alemanas, que, por su rapidez en el combate, era conocido como «panzermeyer» o «Schnellmeyer», había servido siempre hasta entonces en el frente oriental, donde, presumiblemente, tales prácticas estaban a la orden del día.

Pero además de atrocidades incidentales cometidas por unidades de combate de la Waffen SS, cualquier estimación de su carácter criminal debe tener en cuenta la presencia entre sus efectivos de contingentes que tenían ese carácter por naturaleza y función. Los más conocidos de éstos son las brigadas Dirlewanger y Kaminski. Dirlewanger, veterano nazi con un dudoso pasado incluso para los menos remilgados de los «viejos luchadores del partido», fue designado



Izquierda: **Entrega de una bandera a la Milicia de la SS, Danzig, 1939. Esta unidad formó después parte de la División** Totenkopf. Arriba: **En Holanda, los supervivientes de la lucha muestran señales de fatiga.**

en 1940 por su protector, Berger, jefe de la oficina de reclutamiento de Himmler, para asumir el mando de una unidad de cazadores furtivos convictos. Se pensaba que hombres de ese jaez cumplirían más útilmente sus sentencias cazando partisanos que machacando piedra; una vez terminado su período de instrucción, fueron enviados al frente oriental para luchar en la guerra de guerrillas de la retaguardia. Su conducta cuando prestaban servicio de guarnición en Cracovia despertó un interés tan desfavorable que la unidad fue trasladada a una zona menos poblada; allí, el éxito de sus métodos en las operaciones contra los partisanos condujo al alistamiento de un segundo batallón, que fue puesto a las órdenes de Dirlewanger. En 1944, estas fuerzas y otra unidad irregular de la SS, la brigada Kaminski de renegados ucranianos, se pusieron bajo el mando de Obergruppenführer von dem Bach-Zelewski para colaborar en el aplastamiento de la sublevación de Varsovia; su atroz comportamiento en la ciudad indignó tanto a los observadores —incluso a algunos que eran miembros de la SS— que su criterio prevaleció sobre el de Hitler para que tales unidades fueran retiradas de la lucha. No fue ésta la primera vez en que fuerzas de la SS cometieron atrocidades en la ciudad: la limpieza del gueto de Varsovia, en 1943, se llevó a cabo bajo la dirección del Brigadeführer Stroop, por dos batallones de reclutas de la SS que recibían instrucción en las cercanías, con brutalidad inimaginable. Los judíos poseían unos pocos cientos de revólveres para defenderse de lanzallamas y cañones de campaña. A pesar de ello, Stroop reunió y mandó encuadernar magníficamente un relato fotográfico de la *Grossaktion*, que regaló a Himmler. «El arrogante cerdo inmundo de la SS», iba a estallar el general Jodl en Nuremberg. «Pensar que se escribió un jactancioso informe de 75 páginas sobre una pequeña expedición de asesinatos, cuando una campaña principal reñida por soldados contra un ejército bien armado sólo ocupa unas pocas líneas.»

Los defensores de la Waffen SS han argüido siempre que los crímenes cometidos por las brigadas de Dirlewanger y Kaminski no se reflejan en su honorabilidad porque las dos nunca pertenecieron propiamente a la organización. Ciertamente, las unidades del segundo parecen ser más bien parte de las huestes de voluntarios del Este de Europa reclutados bajo la égida de la SS que de su rama militar; pero tanto esta brigada

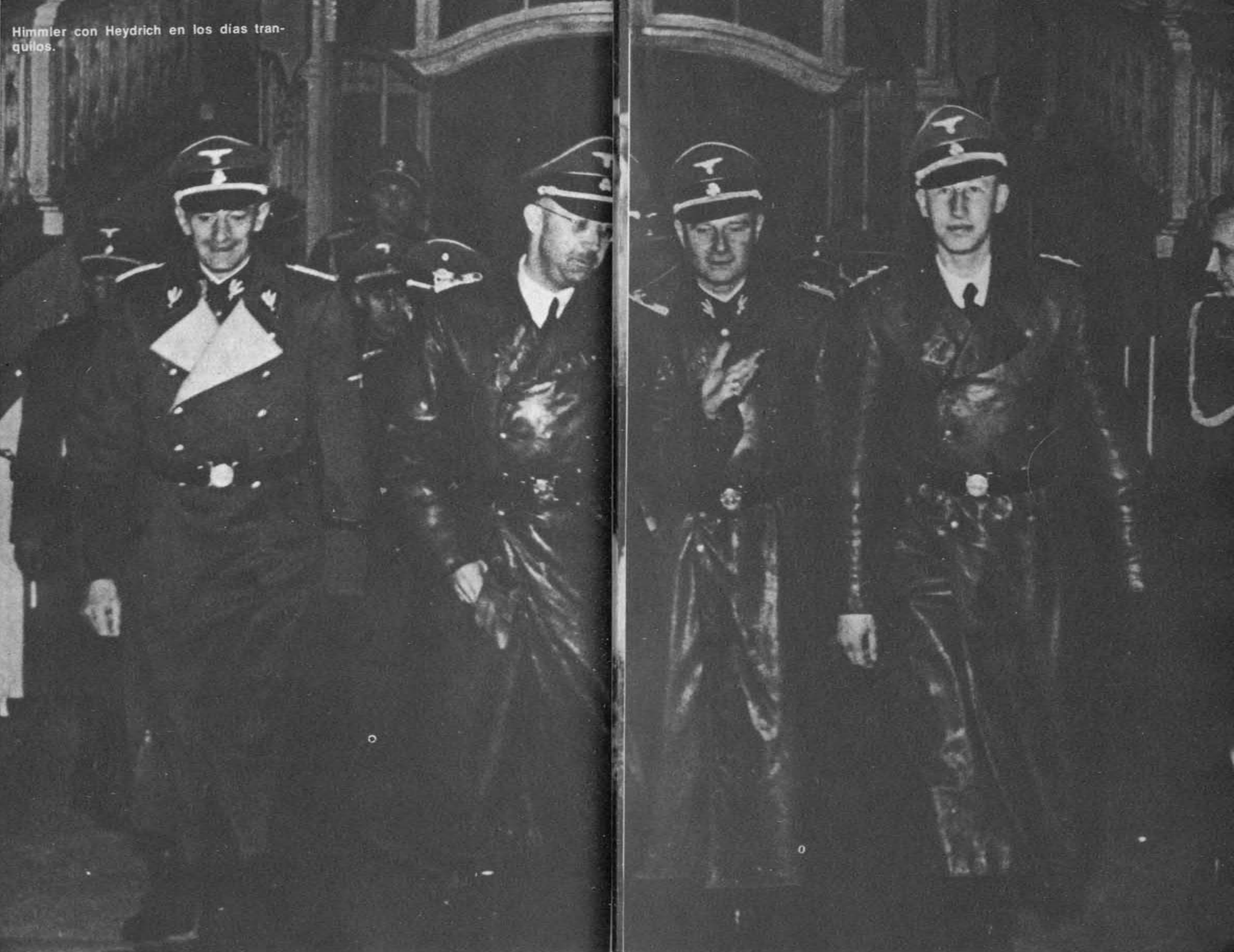


como la de Dirlewanger vieron reforzados sus efectivos, y la última alcanzó finalmente la categoría nominal de división (36.ª de granaderos blindados). No obstante, es quizá más justo otorgar a la Waffen SS el beneficio de la duda en estos casos.

Más significativo, al tratar de calcular su complicidad en la actividad criminal, es hacer un cómputo de la proporción en sus filas del personal de los campos de concentración y de la policía de seguridad. Como ahora sabemos, la administración interna de los campos fue, en gran medida, cedida por la SS a presos elegidos; sin embargo, los hombres de la *Totenkopfverbände* estuvieron íntimamente implicados en el régimen brutal y degradante de tales instalaciones, particularmente en los primeros días, y fueron ellos quienes formarían la dotación de la primitiva división *Totenkopf.* Otros regimientos de la misma se emplearon en tareas de represión, que a menudo incluían la deportación y el exterminio, antes de ser incorporadas a la Waffen SS para prestar servicio en primera línea. Y, durante toda la guerra, hubo constantes idas y venidas entre los campos de concenoración y las ramas marciales de la SS a casi todos los niveles. Por tanto, las clases de tropa de las divisiones de campaña de la organización debieron estar bien al tanto de las actividades del sistema de campos de concentración, y no se tienen pruebas de que presentaran objeciones a servir, hombro con hombro, al lado de individuos de ese modo trasladados.

Por todo ello, sería difícil eximir a la Waffen SS de los cargos presentados contra ella en Nuremberg, siempre bien entendido que no se juzga que el veredicto emitido constituya prueba de la culpabilidad de miembros individuales, muchos de los cuales pueden, sin duda alguna, afirmar honradamente que no participaron en atrocidades de ningún tipo y que del sistema de campos de concentración y exterminio sólo sabían de una manera vaga y general. Algunos quizá ni siquiera eso conocían.

Von dem Bach-Zelewski posa para una foto de propaganda con heridos capturados durante el alzamiento de Varsovia, septiembre de 1944.



Himmler con Heydrich en los dias tranquilos.



Hitler y sus generales, 1936.



El cadáver de Himmler después del suicidio del jefe de la SS, prisionero de los británicos, 21 de mayo de 1945.

Sin embargo, el regusto de dureza, va imborrablemente unido a la Waffen SS. Por estrechamente restringida que sea la lista de «verdaderas» divisiones de la SS, y cualquiera que resulte la atenuación que se encuentre para los excesos —aun cuando los cometieran—, los soldados de Himmler no eran como otros soldados. Y no fue que prestaran un juramento distinto o vistieran diferente uniforme, sino, más bien, que habían optado por otra filosofía de la guerra. Las raíces de esa filosofía son múltiples. Algunas se derivan del credo del superhombre, propuesto por el más frío de todos los pensadores alemanes: Friedrich Nietzsche. Otras se alimentaron del mito y de la leyenda, de esa época que tanto abunda en la literatura alemana, y de relatos de hechos de los héroes de la historia de Alemania, Frundsberg y Götz entre ellos. La camaradería y sus responsabilidades constituyeron un importante componente de la filosofía de la SS, como lo fue el ideal de la propia juventud, derivados ambos de las perspectivas del movimiento juvenil alemán en los años inmediatos al comienzo y al fin de la Gran Guerra. Quizá lo más formativo de todo fue la tradición nihilística del *Freikorps*, cuyos fantasmas riñeron su última batalla en las ruinas de la Cancillería berlinesa, en los días de abril de 1945.

Divisiones de la Waffen SS

El sistema de denominación de las divisiones variaba según su composición racial. Las integradas por voluntarios alemanes recibían el nombre de «División... SS»; las de alemanes raciales o germánicos. «División... de Voluntarios SS»; las de europeos del Este, «División... de la Waffen SS». En todos los casos, el número (asignado en 1942) figuraba en primer lugar y el nombre al final; en caso necesario, se añade una descripción nacional.

Nombre	*Formación*	*Composición*	*Efectivos*	*Suerte*
1.ª SS Panzerdivision Leibstandarte Adolf Hitler	1933	Alemana	Sucesivamente, regimiento, brigada y división	Capituló en 1945
2.ª SS Panzerdivision Das Reich	1939	Alemana	Divisionarios	Capituló en 1945
3.ª SS Panzerdivision Totenkopf	1940	Alemana	Divisionarios	Capituló en 1945
4.ª SS Polizei-Panzergrenadierdivision	1940	Alemana	Divisionarios	Capituló en 1945
5.ª SS Panzerdivision-Wiking	fin 1940	Alemana/ europea occidental	Divisionarios	Capituló en 1945
6.ª SS Gebirgsdivision Nord	fin 1940	Alemana	De brigada; después, divisionarios	Capituló en 1945
7.ª SS Freiwilligen-Gebirgsdivision Prinz Eugen	1942	Alemana racial de Yugoslavia	Divisionarios	Capituló en 1945
8.ª SS Kavalleriedivisión Florian Geyer	1942	Alemana/racial alemana	Divisionarios	Capituló en 1945
9.ª SS Panzerdivision Hohenstauffer	1943	Alemana	Divisionarios	Capituló en 1945
10.º SS Panzerdivision Frundsberg	1943	Alemana	Divisionarios	Capituló en 1945
11.ª SS Freiwilligen-Panzergrenadierdivision Nordland	fin 1942	Alemana/ europea occidental	Divisionarios	Capituló en 1945
12.ª SS Panzerdivisión Hitler Jugend	1943	Alemana	Divisionarios	Capituló en 1945
13.ª Waffen-Gebirgsdivision (kroatische n.º 1)	1943	Yugoslava musulmana	Divisionarios	Disuelta en 1944
14.ª Waffen-Grenadier-division der SS (galitzische n.º 1)	1943	Ucraniana	Divisionarios	Capituló en 1945
15.ª Waffen-Grenadier-division der SS (lettische n.º 1)	1943	Letona/ alemana	Divisionarios	Capituló en 1945
16.ª SS Panzergrenadier-division Reichsführer SS	1943	Alemana/racial alemana	Divisionarios	Capituló en 1945
17.ª SS Panzergrenadier-division Götz von Berlichingen	1943	Alemana/racial alemana	Divisionarios	Capituló en 1945
18.ª SS Freiwilligen-Panzergrenadierdivision Horst Wessel	1944	Alemana/racial alemana	Divisionarios	Capituló en 1945
19.ª Waffen Grenadier-division der SS (lettische n.º 2)	1944	Letona	Divisionarios	Capituló en 1945
20.ª Waffen Grenadier-division der SS (estnische n.º 1)	1944	Estonia	Divisionarios	Capituló en 1945
21.ª Waffen Gebirgsdivision der SS Skanderberg (albanische n.º 1)	1944	Albanesa musulmana	No acabó de formarse	Disuelta en 1945
22.ª SS Freiwilligen-Kavalleriedivision Maria Theresia	1944	Alemana/ raciales/ alemana	Divisionarios	Capituló en 1945
23.ª Waffen Gebirgsdivision der SS Kama (kroatische n.º 2)	1944	Yugoslava musulmana	No acabó de formarse	Disuelta en 1944
(2) 23.ª SS Freiwilligen-Panzerdivision Neederland	1945	Holandesa	Regimentales	Capituló en 1945
24.ª Waffen Gebirgskiarst jägerdivision der SS	1944	Italiana/ alemana racial	Desconocidos	Disuelta en 1945
25.ª Waffen Grenadier-division der SS Hunyadi (ungarische n.º 1)	1944	Húngara	Desconocidos	Desaparecida

Divisiones de la Waffen SS

26.ª Waffen Grenadier-division der SS (ungarischen n.º 2)	1944	Húngara	Desconocidos	Desaparecida
27.ª SS Freiwilligen-Grenadierdivision Langemarck	1945	Belga flamenca	Regimentales	Capituló en 1945
28.ª SS Freiwilligen-Grenadierdivision Wallonien	1945	Belga-valona	Regimentales	Capituló en 1945
29.ª Waffen Grenadier-division der SS (russiche n.º 1)	1944	Rusa	Regimentales	Transferida al ejército de Vlasov, 1944
(2) 29.ª Waffen Grenadier-division der SS (italische n.º 1)	1945	Italiana	Regimentales	Desaparecida en 1945
30.ª Waffen Grenadier-division der SS (russiche n.º 2)	1944	Rusa	Regimentales	Transferida al ejército de Vlasov, 1944
31.ª SS Freiwilligen-Panzerdivision Böhmen-Mähren	1945	Alemana racial/ alemana	Regimentales	Capituló en 1945
32.ª SS Panzergrenadier-division 30 Januar	1945	Alemana	Regimentales	Capituló en 1945
33.ª Waffen Kavallerie-division der SS (ungarische n.º 3)	1945	Húngara	Regimentales	Aniquilada en 1945
(2) 33.ª Waffen Grenadier-division der SS Charlemagne (franzosische n.º 1)	1945	Francesa	Regimentales	Aniquilada en Berlín, 1945
34.ª SS Freiwilligen-Grenadierdivision Landstorm Nederland	1945	Holandesa	Regimentales	Disuelta en 1945
35.ª SS Polizei-Grenadierdivision	1945	Policía alemana	Regimentales	Disuelta en 1945
36.ª Waffen Grenadier-division der SS	1945	Originalmente Brigada Dirlewanger	De brigada	Capituló en 1945
37.ª SS Freiwilligen-Kavalleriedivision Lützow	1945	Alemana racial	Regimentales	Capituló en 1945
38.ª SS Panzergrenadier-division Nibelungen	1945	Cadetes de la SS	Regimentales	Capituló en 1945

1. Las 23.ª (2), 27.ª, 28.ª y 33.ª (2) fueron en principio «Legiones» y pertenecían a la SS o al Ejército.
2. La mayor parte de las unidades con número superior a 20 tenían mediana calidad o efectivos reducidos.
3. Las discrepancias entre esta lista y la relativa a insignias (de la pág. 138) se deben a la numeración correlativa de esta última, en contraste con la diferenciación que en la primera se hace de las unidades con número repetido.

Bibliografía

The SS: Alibi of a Nation Gerald Reitlinger (Heinemann, Londres. Viking Press, Nueva York)
The Final Solution Gerald Reitlinger (Heinemann, Londres. AS Barnes, Cranbury, NJ)
The House Built on Sand Gerald Reitlinger (Weidenfeld and Nicholson, Londres. Viking Press, Nueva York)
Young Germany Walter Laqueur (Weidenfeld and Nicholson, Londres. Basic Books, Nueva York)
Inside Hitler's Headquarters Walter Warlimont (Weidenfeld and Nicholson, Londres. Praeger, Nueva York)
Barbarossa Alan Clark (Hutchinson, Londres. New American Library, Nueva York)
Panzer Battles FW von Mellenthin (Cassell, Londres. University of Oklahoma Press, Oklahoma)
Parades and Politics at Vichy Robert Paxton (Princeton University Press, NJ)
Die Panzergrenadiere F M von Senger and Etterlin (Lehmanns Verlag, Munich. Adler's Foreign Books, Nueva York)
Panzer Leader General Heinz Guderian (Michael Joseph, Londres. Ballatine Books, Nueva York)
To Lose a Battle Alistaire Horne (Macmillan, Londres. Little, Boston)
Hitler, a Study in Tyranny Alan Bullock (Oldham, Londres. Harper and Row, Nueva York)
The Ardennes Hugh M Cole (US Army Official History, Washington)
Politics of the Prussian Army Gordon Craig (Oxford University Press, Londres and Nueva York)
Reichswehr and Politics F L Carsten (Oxford University Press, Londres and Nueva York)
The Nemesis of Power Sir John Wheeler-Bennet (Macmillan, Londres. Viking Press, Nueva York)
German Army and the Nazi Party R J O'Neill (Corgi, Londres. Heineman, Nueva York)
The Rise and Fall of the Third Reich W L Shirer (Pan Books, Londres. Fawcett World Library, Greenwich, Connecticut)
War in France and Flanders L F Ellis (HMSO Londres)
Waffen SS George S Stein (Oxford University Press, Londres. Cornell University Press, Nueva York)

HISTORIA DEL SIGLO DE LA VIOLENCIA

BATALLAS Rojo

Pearl Harbour, por A. J. Barker.
La batalla de Inglaterra, por Edward Bishop.
Kursk, por Geoffrey Jukes.
Golfo de Leyte, por Donald Macintyre.
Stalingrado, por Geoffrey Jukes.
Midway, por A. J. Barker.
Dia-D, por R. W. Thompson.
Tarawa, por Henry I. Shaw.
La Defensa de Moscú, por Geoffry Jukes.
La Batalla de la Bolsa del Ruhr, por Charles Whiting.

ARMAS Azul

Armas Secretas Alemanas, por Brian Ford.
Gestapo SS, por Roger Manvell.
Comando, por Peter Young.
Luftwaffe, por Alfred Price.
Armas Suicidas, por A. J. Barker.
Lanchas Rápidas, por Bryan Cooper.
La Flota de Alta Mar de Hitler ,por Richard Humble.
Paracaidistas en acción, por Charles Macdonald.
T-34, Blindado ruso, por Douglas Orgill.
Armas Secretas Aliadas, por Brian Ford.
Me-109, un caza incomparable, por Martin Gaidin.
La Legión Cóndor, por Peter Elstob.
El Caza Cohete, por William Green.
Warffen SS, los soldados del asfalto, por John Keegan.
División Panzer, "el puño acorazado", por Kenneth Macksey.

PERSONAJES Morado

Patton, por Charles Whiting.
Otto Skorzeny, por Charles Whiting.
Hitler, por Alan Wykes.
Tito, por Phyllis Auty.

CAMPAÑAS Verde

Afrika Korps, por Kenneth Macksey.
Bombardeo de Europa, por Noble Frankland.
Incursiones Fuerzas de Choque del Desierto, por Arthur Swinson.
Barbarroja, Invasión de Rusia, por John Keegan.
Operación Torch, Invasión anglo-americana del Norte de Africa, por Vicent Jones.

POLITICOS Negro

Conspiración contra Hitler, por R. Manwell.

OTRAS OBRAS DE LA MISMA EDITORIAL

ENCICLOPEDIA EN COLOR

Cazas 1919-1939, por Kenneth Munson.

Bombardeos 1919-1939, por Kenneth Munson.

Cazas 1939-1945, por Kenneth Munson.

Bombardeos 1939-1945, por Kenneth Munson.

Cazas en servicio. Desde 1960, por Kenneth Munson.

Bombardeos en servicio. Desde 1960, por Kenneth Munson.

Uniformes militares de la guerra civil española, por Bueno J. M.

Uniformes militares de todo el mundo, por Kannik P.

Acorazados, por Martín López J.

FUERA DE COLECCION

Guerra en Irlanda, por Vicente Talón.

Los rusos en el Mediterráneo, por Vicente Talón.

La Aviación Legionaria. España 1936-39, por Vigna.

Buques de guerra española 1885-1971, por Aguilera y Elías.

El 5.° Regimiento de Milicias Populares, por Comin Colomer.

Subversión y Reversión en la España Actual, por Carlos I. Yuste.

SAN MARTIN
HISTORIA DEL SIGLO DE LA VIOLENCIA

armas
libro n.º 15

«La actitud básica de un miembro de la SS ha de ser la de un combatiente por la lucha en sí; debe ser incuestionablemente obediente y hacerse duro en las emociones; debe sentir desprecio por todos los ''inferiores raciales'' y por los que no pertenecen a la clase; debe mantener los más fuertes lazos de camaradería con los incluidos en dicha clase, sobre todo con sus compañeros, y debe pensar que nada es imposible.»

